Dulce PLAN B



Nora Valley

DULCE
PLAN B

NORA VALLEY

La Casa del Lago Ediciones

Nora Valley es el seudónimo de esta autora madrileña que escribe historias para lectoras que buscan un refugio emocional...y pasar un buen rato.

Tras comenzar su carrera entre decorados de televisión, cambió los focos por las aulas y hoy es maestra de primaria. La escritura siempre fue su lugar seguro.

Como Nora Valley, da vida a esas novelas románticas que te hacen suspirar, reír y replantearte la vida en una sola tarde. Historias con aroma a café, protagonistas reales, escenarios que se sienten como un hogar y emociones que laten en cada página.

Mientras prepara la publicación de nuevas historias como Semillas de limón (disponible en primavera de 2026), ya puedes disfrutar de El verano de las luciérnagas, una novela luminosa sobre reencuentros, citas, decisiones valientes y ese amor, que a veces, regresa cuando menos te lo esperas poniéndolo todo patas arriba.

Puedes seguir todas las novedades en Instagram:

@noravalley_escritora

© Nora Valley, 2025.
Todos los derechos reservados.
Este libro es una obra de ficción. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.
Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, su almacenamiento en un sistema de recuperación, o su transmisión por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, grabación u otros, sin el permiso previo y por escrito de la autora.
No está permitida su venta, cesión o distribución sin autorización expresa, ni su uso con fines comerciales sin consentimiento.
Autora: Nora Valley
Título: Dulce Plan B
Edición: Nora Valley, 2025
Diseño de portada: Nora Valley
ISBN: 9798264042966
Este libro ha sido autopublicado a través de Amazon KDP.

A mis tías.
Mujeres valientes, sabias y fuertes,
a las que quiero más de lo que soy capaz
de expresar con palabras.
Gracias por enseñarme el poder de ser mujer.

CAPÍTULO 1

Odio a Amanda Muela. La odio con todas mis fuerzas. Es mala, envidiosa, capaz de la peor de las traiciones y de la más falsa de las sonrisas. Y es mi jefa. Bueno, era mi jefa. Todavía no sé muy bien cómo, pero me ha despedido.

En mitad del plató, en riguroso directo.

Ha bajado de su despacho dejando que sus tacones resonaran por todo el edificio y levantando la curiosidad de todos a su paso. Amanda Muela solo hace acto de presencia durante los directos cuando ocurre algo muy grave o sabe que va a recibir multitud de halagos. En el último año, solo la habíamos visto allí para anunciar su boda con el director del programa y para presentar el nuevo decorado. Su tercera aparición la reservó para mi despido. No uno cualquiera, sino uno a voz en grito y en directo.

Para mi desgracia, hacía tanto que Amanda no seguía una escaleta que no se percató de que la publicidad duraba tan solo un minuto; por eso, cuando cruzó la puerta insonorizada del plató gritando mi nombre, no tuve tiempo de salir de detrás de la pared móvil donde los atrecistas teníamos nuestra base de operaciones, así que pidió al jefe de sonido que me llamara usando los altavoces. Ante su negativa, ella misma agarró el micrófono:

—Julia Carrero, ¿dónde estás? Quiero verte ahora mismo en el combo de realización. —Su voz era como el rechinar de uñas sobre una pizarra. La detestaba antes, pero después de lo que estaba a punto de suceder, iba a aborrecerla todavía más y durante mucho tiempo. Quizá para siempre.

Salí trastabillando entre los cables y los trípodes de las cámaras. Notaba las miradas lastimeras de mis compañeros de equipo sobre mi cogote. Todos conocían su mal carácter y sus explosiones de

alegría y, más aún, las de rabia e ira que solían caer sobre algún recién llegado.

El llamamiento que había hecho solo podía deberse a una de las segundas.

Estaba perdida. Me iba a tocar escuchar una bronca estúpida sobre haber utilizado algún objeto de Ikea, algo inadmisible según las regias normas de toda decoradora nacida en La Moraleja. O, al menos, de una llamada Amanda Muela. Yo estaba repasando los últimos *sketches* que habíamos grabado, mientras sorteaba los mil y un obstáculos de un plató a oscuras a punto de volver al directo. Cuando por fin la vislumbré con su chaquetón de pelo bien cruzado sobre su rotunda cintura, me pareció que iba a devorarme allí mismo. Me acerqué con prudencia, con una sonrisa tímida; no quería ofenderla, y en ese punto, cualquier cosa podía jugar en mi contra.

—¿Qué necesitas, Amanda? —dije a modo de saludo.

—Toma —respondió, lanzándome un periódico del día anterior. Por suerte, tuve los reflejos necesarios para cogerlo antes de que se estampara en mi cara de atrecista sumisa y sonriente.

—¿Quieres que lo archive para alguna cosa en concreto?

—¡Silencio! Entramos en tres, dos, uno... —gritó el regidor. Sus ojos redondos se toparon con los míos y pude ver una súplica desesperada en ellos: «Julia, no la líes. Dile que sí a todo y que se marche». Y eso pensaba hacer, pero no fue posible.

—¡Que si lo archiva, dice! —exclamó, mirando a su alrededor con una sorna exagerada hasta para ella—. ¡Menuda sinvergüenza eres! Ese periódico casi me cuesta el puesto en la cadena.

—¡Silencio, estamos en directo! —repitió el regidor.

—Lo siento, Fernando —susurré sin saber muy bien cómo encajar las palabras de mi jefa—. Amanda, ¿qué ha pasado?

—Ayer sacaste en *prime time* un periódico de la competencia, y hoy me han llamado al orden. ¿Dónde se ha visto que se haga publicidad a otro grupo editorial? He tenido que disculparme un millón de veces. ¡Qué humillación!

—Ayer no hubo ninguna petición de atrezo así. No se pidió ningún periódico, y si se hubiera pedido, habríamos usado el ficticio de siempre.

—¿Me estás dejando por mentirosa?

Vi a Fernando acercarse a nosotras como una pantera acechando a su presa. Pero mi jefa no pudo verle porque la indignación le nublaba los sentidos; por eso, cuando le puso la mano sobre el hombro para advertirle que su voz se estaba colando en el directo, Amanda se sobresaltó y uno de sus tacones kilométricos se quebró, provocando que su metro setenta de mal genio se precipitara sobre mí. No pude hacer nada para esquivarla, me había pillado desprevenida, toda mi atención estaba puesta en repasar la escaleta del día anterior. No había ni rastro del periódico. Pero dio igual, porque cuando Amanda cayó sobre mí, pasó lo peor y el periódico se convirtió en la menor de mis preocupaciones. Nuestros cuerpos abrazados por accidente golpearon uno de los paños que simulaban un gran ventanal de madera y atravesamos el decorado dejando un gran agujero y dando minutos y minutos de *zapping* gratuitos. No hubo canal de televisión en el que no se hablara de nosotras. En cuestión de horas, el vídeo de dos mujeres irrumpiendo en directo en una entrevista era viral. Y la frase de mi jefa al levantarse, el *meme* más enviado en los grupos de WhatsApp de compañeros de trabajo: «¡Estás despedida! ¡Despedida! ¡Despedida!».

Solo jugó a mi favor que Dani, el cámara, seguía colgado por mí desde los dos besos que nos dimos en la fiesta de fin de temporada y estuvo lo suficientemente rápido como para cambiar de plano y evitar que mi cara se hiciera famosa en todo internet. Aun así, mi despido supuso el fin de mi carrera profesional y, por qué no admitirlo, también el comienzo de mi reclusión social voluntaria. Después de aquello, me convertí en el hazmerreír de toda la profesión. Cuando cogí el metro para volver a casa tenía más de doscientos mensajes de amigos, compañeros y excompañeros. Ni rastro de algo de compasión familiar.

CAPÍTULO 2

Lo de Darío era de traca. Había visto mi tragedia en directo. Lo sé porque me envió una foto. En la imagen solo se veían sus pies perfectos sobre la mesita del salón y la cara de circunstancia de Isabela Font, la presentadora del programa, mientras mi jefa y yo salíamos de cuadro. Me mandó la fotografía y un emoticono que simulaba reírse a lágrima viva. Nada más.

Lo único que compartíamos Darío y yo en ese momento eran las lágrimas, solo que las mías eran de bochorno, enfado y desamparo. ¿Qué iba a hacer con mi vida de ahora en adelante? Estaba claro que esta vez no me iban a llover las ofertas para trabajar en otro programa. Sobre todo, si como me había contado por audio mi amiga Paula, la orgullosa de Amanda Muela había ido contando que metí la pata con el dichoso periódico. Cosa que era imposible. Aunque ahora eso ya daba igual.

Mi vida profesional, social y amorosa se había hundido. Porque por muy guapo, inteligente e interesante que fuera Darío, también era el ser más egoísta y falto de empatía que había conocido, y aquel emoticono fue el detonante para dejarlo. Bueno, dejarlo sería posible si hubiéramos tenido algo serio. Pero no era el caso. Hasta ahora nuestra relación podría haberse definido como un gran error por mi parte. Me había pasado los últimos tres meses esperando cada fin de semana su mensaje desesperadamente y fantaseaba con pasear por el Retiro cogidos de la mano e ir al cine a ver películas románticas. Sin embargo, me temo que para él era una amiga más. Supongo que deberíamos haber revisado el significado de «amistad».

De momento lo había bloqueado. No podría llamarme ni mandarme mensajes. Y venir hasta mi casa era demasiado esfuerzo para él, así que estaba a salvo. Mi plan de hacerle *ghosting* estaba

en marcha; a él y a todo el mundo que me conocía, excepto a Paula y a mis padres, que seguían ajenos al revuelo que se había formado alrededor de mi aparición estelar rompiendo un ventanal más falso que mi jefa en el horario de máxima audiencia. Exjefa.

Mis padres vivían en su propio mundo; uno muy caro, muy tranquilo y muy solitario. Mi padre, arquitecto de profesión, se había hecho un nombre entre futbolistas y tenistas de alto nivel, pero se había aburrido de firmar proyectos minimalistas con piscinas *infinity* y se había retirado. Amante de una vida sencilla, con alma de pueblo, se había movido como pez en el agua en cenas lujosas y reuniones con grandes empresarios, hasta que la falta de oxígeno le llevó a abrazar de nuevo una vida más austera, más acorde con sus orígenes. Ahora daba algunas ponencias y seminarios y solo se comprometía con proyectos que le apasionaran.

Mi madre, en cambio, vivía a caballo entre París y Madrid. Como secretaria personal de la embajadora de Francia en España, viajaba por trabajo casi todas las semanas y eso la había convertido en una mujer cosmopolita, de gustos refinados y un par de zapatos Laboutin para cada día de la semana. Por supuesto, desaprobaba mi elección laboral. «Trabajar en televisión moviendo muebles y colgando cortinas y cuadros. ¿Para eso has estudiado una carrera?», solía decirme.

¿Cómo podían llevar casados treinta tantos años dos personas tan distintas? Muy fácil, porque cada uno hacía su vida. No desde el principio, claro. Cuando se casaron estaban más que enamorados y su ambición profesional los unió durante el primer tramo del camino. Supongo que cuando yo nací seguían compartiendo sueños, pero no sé cómo cada vez nos habituamos más a ser una familia de dos universos y yo orbitaba de uno a otro, feliz de ser la protagonista en ambos. Y ellos, simplemente, coexistían respetuosos, tranquilos, amándose en la distancia de un piso de trescientos metros cuadrados. O eso quiero pensar.

La inexistente llamada de mi madre para compadecerse de mí me hacía pensar que ninguno se había enterado del ridículo que su hija había hecho. Ni veían mi programa ni fingían hacerlo. Y supongo que ningún conocido se atrevió a compartirlo con ellos. Eso me daba

un descanso y me entristecía a partes iguales. No nos veíamos mucho, los domingos para comer juntos en su casa y alguna vez que mi padre se acercaba paseando hasta mi apartamento con la excusa de ir a comprar algún libro al centro. Sería fácil llevar a cabo mi plan para las próximas semanas, o quizá más. Quién sabe.

CAPÍTULO 3

Por primera vez en años no tenía prisa por ir a trabajar.

Estaba despedida.

Eso significaba que no existía ninguna razón para vestirme, ni maquillarme, ni salir de casa. No aguantaría el bochorno de encontrarme a alguien en el barrio. Pese a lo que pueda parecer, Malasaña es como un pequeño pueblo, solo que, en lugar de señoras sentadas a tomar el fresco, hay aspirantes a cantantes y dramaturgos en las puertas de las cafeterías pasando revista a los transeúntes. Con un solo vistazo son capaces de saber si eres solo un visitante.

A esas horas de la mañana el camarero del Pez Gordo ya debía haberse enterado del incidente de plató y habría diseminado la noticia entre el gremio, es decir, que todo tendero, camarero o bohemio que haya puesto un pie en el Dos de Mayo ya estaría al tanto de mi despido. Genial.

Tenía que pensar rápido. No me podía quedar allí y tampoco tenía muchas opciones. Pero, sobre todo, no quería ver a nadie. Solo deseaba taparme con el edredón y desaparecer, no soportaba la vibración continua de mi móvil recordándome lo que había pasado.

Estaba claro: edredón y poca cobertura, poquísima. Solo conocía un lugar así: Montejo de Eresma, el pueblo de mi padre; un pueblecito de mil habitantes en la Sierra Norte de Madrid. Cuando tenía exteriores en la sierra solía quedarme en la casa de la familia, una antigua cuadra que mi padre rehabilitó nada más casarse con mi madre. Entonces no podían viajar por Europa ni pasar las Navidades en el Caribe, así que el pueblo les servía de refugio. En mis primeros años de infancia recordaba pasar allí los fines de semana de primavera y el mes de agosto. Jugaba a explorar el bosque con mis primos, buscando renacuajos en el arroyo y luciérnagas en los

matorrales, aunque nunca hubo suerte con las segundas. Cruzábamos las calles adoquinadas con nuestras bicis y yo me colaba siempre que podía en el obrador de mi tía Consuelo. Todavía conservo en la memoria el olor de los suizos recién hechos, el sabor de la masa cruda en el fondo de la espuerta donde mi tía los amasaba.

Sí, estaba decidido, me iba a escapar al pueblo. Haría una parada en el centro comercial que había en la carretera, para evitar encontrarme con alguien conocido, y una vez allí les diría a mis padres que tenía exteriores nocturnos y que dormiría durante el día. Seguro que mi padre llamaba a la tía y, si no estaba al corriente de mi despido, no me molestaría. Eso me daba un margen de un par de días para pensar cómo les iba a contar lo que había pasado y decidir qué podía hacer con mi vida.

Me levanté de la cama, abrí el armario y, sin darle muchas vueltas, guardé jerséis, sudaderas y un vaquero en mi maleta de mano, ropa interior, un par de libros y el cargador. Me duché intentando no hacer ruido, no quería despertar a Fede, mi compañero de piso. Era estudiante de Bellas Artes, estaba haciendo un máster y, a menudo, sus clases de la tarde acababan derivando en reuniones nocturnas en el salón de casa. No era la primera mañana que debía sortear a sus compañeros todavía en plena juerga o que me lavaba los dientes sobre vasos con restos de mojito. A mí no me importaba, trabajaba doce horas al día, de hecho no estaba casi nunca en el apartamento, lo que me convertía en una gran compañera de piso. Tampoco es que necesitara alquilar la habitación, el piso era de mis padres, pero así me aseguraba un ingreso extra y que alguien bajara la basura regularmente.

Mi rutina era bastante básica. Cuando llegaba a casa me daba un baño, cenaba y veía una película; alguna noche salía a ver a mis amigos, y lo más importante: dormía como un tronco. Daba igual el ruido que hubiera, las seis y cuarto de la mañana llegaban demasiado rápido como para andar desperdiciando el tiempo de sueño, así que si Fede quería hacer fiestas, adelante. Eso sí, yo no recogía nada. Ni un plato.

Por el desastre que había en la cocina aquella mañana, intuí que hubo cena y copas la noche anterior. Es curioso; a pesar del desasosiego que sentí al llegar a casa después de ser despedida en directo, caí rendida en la cama y no me enteré del ruido.

Mi padre me decía que vivo por encima de mis posibilidades de energía. No podía entender cómo trabajaba sesenta horas semanales, salía con amigas y viajaba. Y solo había un truco: vivir cansada y restarle tiempo al sueño. Pero ¿para qué era, si no, la juventud?

CAPÍTULO 4

Recorrí la calle del Pez arrastrando mi pequeña maleta, no eran ni las ocho de un martes de enero, apenas había gente en el barrio. La cosa cambiaba en verano, cuando cualquier día era apropiado para salir hasta el amanecer. Era en esa época cuando dos clases de gente opuestas confluíamos por esas callejuelas: los que madrugábamos para coger el metro e ir a trabajar y los que apuraban el último trago de la lata de cerveza que habían comprado al cerrar el garito de moda. Por supuesto, el ánimo de los primeros nada tenía que ver con el de los segundos, lo que me había puesto en la tesitura de rechazar unas cuantas proposiciones de lo más variopintas de camino a plató.

Pasé por delante de la plaza de Carlos Cambronero, mi rincón favorito del barrio, y pude atisbar la luz del La Mucca encendida; habría matado por un trozo de bizcocho de naranja, pero esta vez no podría ser. Quería llegar lo antes posible al pueblo; si me entretenía me vería enfrascada en el atasco matutino de la carretera de la sierra y, lo que era peor, corría el riesgo de tener que contar en persona lo que había ocurrido a algún conocido. ¡Maldita Amanda y maldita ventana ficticia!

Llegué al aparcamiento de la plaza de la Luna y allí estaba mi pequeño Mini Cooper de color verde menta. No era un cochazo, pero era mi gran lujo. Al fin y al cabo, tener coche en Madrid centro era un capricho. De hecho, estaba semanas enteras en su plaza esperando a salir, normalmente a algún exterior. Era entonces cuando tenía que escuchar mil y una bromas sobre mi «cochecito de juguete» por parte de mis compañeros de plató. Pues hasta eso lo iba a echar de menos. El machismo campa a sus aires en este universo de cartón piedra construido por el equipo de arte y que los atrecistas dotamos de vida; pero con el tiempo te acostumbras.

Adoraba mi trabajo. Adoraba el olor a serrín de los decorados, el suelo de madera con cables serpenteando, el flexo que alumbraba al equipo entero de luces en el rincón más recóndito del *set*; no tanto las bromas, en su mayoría inapropiadas, de los eléctricos y auxiliares de cámara, pero eso es harina de otro costal. Y es que ocurría un fenómeno llamativo en la profesión: en las aulas de Comunicación Audiovisual las mujeres ganábamos en número; sin embargo, un plató era lo menos representativo de esta superioridad. De sesenta personas que éramos en el equipo, había tan solo quince mujeres. Eso creaba una situación de desequilibrio absoluto. Por eso era necesario hacer piña, ayudarnos las unas a las otras.

Cuando pisé un plató por primera vez, tenía veintidós años, tuve que lidiar con viejos lobos de mar que habían crecido con una cámara al hombro y habían perdido los modales por el camino. Fue difícil, me sentí vulnerable y expuesta cada vez que cruzaba las puertas del plató con el candor de mi edad. Pero aprendí. Aprendí a lidiar con ello, marcando límites y sonriendo siempre. La diplomacia no es algo que abunde entre focos y cables, y yo tenía un máster en ella. Por eso, no entendía la actitud de Amanda Muela. ¿Por qué tanta ojeriza hacia la única mujer de su equipo?

Mientras pensaba todo esto, su acólito me llamaba al móvil. No quería cogerle el teléfono. Pero ¿y si era mi oportunidad de volver? ¿Y si Amanda no era tan cruel y había mandado a Roberto a pedirme disculpas? Evidentemente, ella no se rebajaría a hacerlo en persona.

—¿Roberto?

—Hola, corazón. Te llamo yo porque Amanda está demasiado disgustada, pobrecita —dijo con esa vocecilla que empleaba cuando tenía que pedirnos hacer horas extra sin previo aviso; como aquella vez que tuve que irme con los dos carpinteros a enmoquetar y organizar una recepción en una mansión de Mirasierra para un amigo de la *pobrecita* de mi jefa.

—Sí, ya —respondí con cautela. Estaba empezando a ver por dónde iban los tiros, no era una llamada reconciliadora, me iba a pedir algo—. ¿Qué necesitas, Roberto? —pregunté con la esperanza de parecer amable y no resentida.

—Nada, una tontería, Julia. Te has llevado las llaves del almacén de atrezo, supongo que con las prisas y la vergüenza... —añadió como un gatito que ronronea antes de darte un zarpazo. Y en ese momento oí la voz de Amanda cuchicheando algo.

—¿Vergüenza, yo? —mentí.

—Ya sabes, por la metedura de pata del periódico. Todos están hablando de ello, es de primero de atrecista. —Me pareció estar escuchando a mi jefa. Sin duda, estaba al otro lado del auricular. Estaba claro que no iba a recuperar mi trabajo, así que tampoco les iba a dar el gusto de reconocer mi penoso estado.

—Ah, creía que lo decías por el momento en que los ochenta kilos de Amanda se precipitaron sobre mí llevándose por delante la dichosa ventana de metacrilato. Por suerte el cámara no me sacó en primer plano en horario de máxima audiencia —apunté con ironía—. Cada vez que pienso en tu pobre jefa despatarrada, me da una pena... —comenté haciendo lo posible para que mi voz sonara cantarina y despreocupada. Me imaginaba sus caras y sentía cierto placer malicioso, pero ¿a quién quería engañar? Estaba hundida, mi profesión había sido el centro de mi universo durante los últimos cinco años. Así que mis amigos, mis *hobbies*, si es que tenía alguno, los sitios que frecuentaba..., todo giraba en torno a mi trabajo. Y lo había perdido.

—Para algo te ha servido ligarte a medio equipo. — El golpe bajo de Roberto me sacó de mis lamentaciones y me puso en guardia de nuevo. Por ahí sí que no iba a pasar, nadie me iba a avergonzar por mi vida amorosa. Eso me hizo pensar en Darío y en el *ghosting* que planeaba hacerle, y tuve una revelación: no volvería a trabajar en televisión. Al igual que iba a hacer con el amor o, mejor dicho, enganche que sentía por Darío, iba a cortar por lo sano con un trabajo que me absorbía y que sonaba mucho más glamuroso de lo que era en realidad.

—No te preocupes. Ahora mismo os mando las llaves por mensajería urgente. Un beso grande para todos, especialmente para el equipo —dije mientras colgaba el teléfono.

Pues parece que tenía dos cosas más que hacer: enviar las malditas llaves que todavía tintineaban en mi llavero y digerir mi nueva situación: desempleada y con la firme intención de abandonar mi trabajo en televisión.

CAPÍTULO 5

—¿Y ahora qué? —Oía la voz de Paula retumbando en el interior de mi coche—. ¿Te vas a esconder como un avestruz?

—Pues sí, es justamente lo que voy a hacer.

—¿Hasta cuándo? ¿Un mes, dos?

—O siete, si hace falta —añadí con resolución. Aún no me atrevía a decirle la verdad.

—Has perdido la cabeza, Julia. No vas a aguantar en el pueblo ni dos días.

—Bueno, eso lo veremos —contesté como si se tratara de una apuesta. Paula era mi amiga desde la universidad, hablábamos a diario, aunque nuestros trabajos nos impedían vernos todo lo que queríamos. Al final, nuestra relación se había reducido a viernes noche y sábado. Pero estábamos muy unidas.

—A ver, escúchame. En un par de días te van a estar llamando de cualquier productora. Lo sabes igual que yo y vas a empezar en otro proyecto y adiós muy buenas, Amanda «Muelas».

—¡Mira qué chispa, si hasta haces pareados! Pero de verdad que no. Además, estoy a punto de hacer la compra para los próximos siete meses y no quiero que me pille más tráfico, te voy a tener que dejar.

—Venga, Julia, no dramatices. La tele es así, lo que ocurre por la mañana es pasado al mediodía. Ya nadie se acuerda ni de la cara de terror Isabel Font —añadió y se le escapó una risilla malvada.

—Encima no te rías, Paula —dije mientras notaba como el enfado me iba subiendo hasta las mejillas.

—¡Tenías que haberla visto, parecía que se le iban a salir los ojos de las órbitas! Y tu jefa por ahí con las pieles revolcada por el suelo. —No pudo terminar de regodearse en la escenita porque el cabreo se apoderó de mí.

—Voy a dejar la tele —espeté.

—¿Qué? —preguntó mi amiga, incrédula.

—Que voy a dejar la tele, has oído bien. Y a Darío.

—¿Pero Darío no te había dado plantón hace dos semanas? —Odiaba que Paula se acordase siempre de todo.

—Bueno, no sé si llamarlo plantón. No pudo venir a cenar.

—Sin avisarte, Julia.

—El caso es que he decidido terminar con él, fuera lo que fuera lo que teníamos —dije con una voz que iba perdiendo su aplomo en cada sílaba. Me sentía ridícula hablando de mi pseudorrelación amorosa con ella. Paula tenía novio desde hacía tres años y estaban tan enamorados que daban un poco de asco.

—¿Y cómo se lo has dicho?

—No se lo he dicho todavía. No le pienso volver a coger el teléfono ni a contestar ningún mensaje.

—¿Y qué tal? ¿Está insistiendo mucho? —preguntó Paula; tenía la habilidad de dejarme en evidencia.

—No me ha llamado aún —admití, dándome cuenta de lo penoso que sonaba—. Pero Darío no es lo importante, Paula —dije intentando encauzar la conversación de nuevo—. Voy a dejar la tele.

—Perdóname, Julia, pero es que no me lo creo. Mañana me estarás llamando para contarme los muebles de época que vas a alquilar para tu próximo proyecto.

—¡Que no, Paula! He tomado una decisión.

—Vale, lo que tú digas. Mándame un mensaje cuando llegues al pueblo, para saber que has llegado bien. Te quiero, tonta. El viernes celebramos tu nuevo trabajo.

¡Cómo la odiaba! Colgué con la sensación de que Paula pensaba que me conocía más que yo misma. Sabía mis debilidades y era capaz de chincharme y hacerme dudar de mis propias decisiones. Nos conocíamos tanto que a veces era un fastidio, como ahora. Sin embargo, si de una cosa estaba segura era de que mi vida necesitaba un cambio.

¿Por qué, si no, un incidente absurdo me hacía sentir tan avergonzada? Ningún trabajo, por mucho que me gustara, debería hacerme sentir así. ¿Y si me había equivocado en mis prioridades? Si

el trabajo iba mal, ¿todo iba mal? ¿Era posible que mi vida fuese tan triste como para que el trabajo lo fuera todo? Parece que sí.

CAPÍTULO 6

Bajé del coche cargada con dos bolsas repletas de comida precocinada y todo tipo de caprichos que entre semana no solía permitirme. Si lo pensaba bien, salvo que cenara fuera con Paula u otros amigos, las bandejas que me correspondían en la nevera no contenían más que algún zumo, un par de ensaladas y yogures. No me complicaba ni lo más mínimo. Es más, podría decir que el acto de comer se había convertido en algo automático, un acto de pura supervivencia, o bien, algo que hacer en compañía de amigos. Una forma de visitar los restaurantes más *trendy* pero con la gastronomía en segundo plano. Si mi tía Consuelo viera mi nevera, me echaría un buen rapapolvo.

Después de forcejear con la cerradura un par de minutos que me resultaron interminables, el frío húmedo que esperaba como recibimiento de la casa de pueblo dio paso a un ambiente caldeado y agradable y, para mi sorpresa, las manillas de los plomos estaban subidas, aunque en casa no había nadie. Supongo que mi padre habría olvidado apagarlos la última vez que vino.

Encendí la luz de la estancia principal, un salón abierto a la pequeña cocina, y dejé sobre la mesa tocinera las bolsas. Amaba aquella mesa. Había sido un regalo de bodas que alguien le hizo a mi abuela María. Estaba machacada. Le pesaban cada uno de los setenta años que tenía. Rayada, sucia, coja, pero mi padre se empeñó en rescatarla y hacer que presidiera la cocina. Era un recuerdo de su infancia, donde tantas y tantas veces había acompañado a su madre mientras espulgaba las lentejas o cortaba las habas verdes que tanto le gustaban. Por un momento temí que el peso de las bolsas la venciera. Por más que mi padre había intentado encolar la mesa, nunca quedaba suficientemente estable.

Y en esas bolsas había mucha comida basura que ordenar y congelar.

Fue entonces cuando descubrí que mi padre estaba en casa. Había táperes de comida casera, fruta, verdura y una prueba inequívoca de su presencia: tónicas. Más tónicas de las que alguien podría tomar en un mes.

Era un imprevisto con el que no contaba. Tenía que replantearme mi forma de proceder en los próximos días o mi padre sospecharía que algo no iba bien. Quizá debería contar la verdad, pero no estaba preparada para escuchar las retahílas de «telodijes» de mi madre.

Organicé la comida y abrí una tónica de jengibre y cardamomo mientras recorría la casa en busca de alguna pista sobre las razones que habían llevado a mi padre a estar allí entre semana. Por lo que pude ver, llevaba varios días en la casa, porque su ropa estaba colocada en el armario milimétricamente, como todo lo que hacía mi padre. Dos camisas blancas, dos azul marino, dos chinos y dos jerséis grises. Su uniforme. Era difícil encontrarlo vestido de otra forma. Era tan pragmático en su día a día que se había ido deshaciendo de todo lo superfluo, incluso de los colores y estampados. Así era con todo y eso chocaba de frente con el exceso que mi madre exhibía en casi todos los ámbitos de su vida.

Supuse que estaría ayudando a mis tíos con algo del obrador o incluso con algo personal. Mi padre era el mayor de tres hermanos y quien fuera que tuviera un problema siempre estaba dispuesto a ayudar. Le daba igual hacer turnos para quedarse en el hospital si habían operado a alguien, o ir a buscarlos al aeropuerto. Siempre estaba.

Decidí llamarlo y que me contara qué ocurría; por teléfono era más sencillo disimular.

—Papá, ¿dónde estás?

—En el pueblo, hija. He venido a ver que todo estaba en orden.

—¿Y todos esos táperes? —pregunté.

—¿Qué táperes? —De repente León Carrero temió ser descubierto. ¿Estaba su hija en Montejo de Eresma? ¿Habría hablado con su madre?

—Pues todos los que tienes de la tía Consuelo en la nevera. ¡Cómo te mima! —respondí con tono despreocupado y cariñoso.

—Sí, sí. Ya la conoces. ¿Estás en el pueblo? ¿Has hablado con mamá?

—La verdad es que no, papá. Pensaba que estaba en París. Tenía que haberla llamado, pero me han avisado en el último momento de los exteriores —dije intentando sonar convincente.

—Claro, no te preocupes, Julia. No pasa nada, es tu casa. ¿Solo te quedas esta noche? —preguntó sin querer sonar inquisitivo, aunque necesitaba saber a qué situación se enfrentaba y cuánto sabía su hija.

—Depende de cómo vaya la grabación —dije sin querer ser más concreta, e intenté desviar la conversación—. Y tú, ¿cuándo has llegado al pueblo?

—Llegué ayer —mintió León con una tranquilidad que a él mismo le asustó.

—Pues qué suerte, la casa está muy calentita. Tenía miedo de que hiciera mucho frío. Cuando era pequeña, recuerdo que hasta que no llevábamos un par de días no se estaba a gusto —comenté intentando disimular el contratiempo que me suponía que mi padre estuviera allí.

—Ayer por la mañana temprano —corrigió León. Si su hija iba a quedarse unos días, debía andarse con más cuidado o descubriría el pastel. Igual que en la arquitectura, ciertos detalles mal planteados podían hacer que un edificio se derrumbara.

—¡Qué bien, papá! Te quedas unos días, ¿no? —pregunté.

—Sí...

—¿Y eso?

—Pues tu tío... Ya sabes cómo es, necesitaba ayuda con el obrador.

—¿Al final se han decidido a reformarlo?

—Eso es. —No había sido lo más inteligente por parte de León. Aunque nadie negaría que el negocio necesitaba un buen repaso.

—Ya era hora. No sé cómo aguanta la tía Consuelo con ese obrador tan anticuado. Por no hablar de la tienda.

—Bueno, estamos en ello. Todavía estoy dibujando —añadió mi padre sin querer desvelar muchos detalles—. Pero no hablemos más por teléfono. Me acerco a desayunar contigo, ¿vale? —me propuso con su habitual entusiasmo; a pesar de ser un hombre serio, era muy sentimental y siempre se mostraba muy contento de verme. Quizá debía contarle la verdad, aprovechando que mi madre no estaba. Por cierto, al final no me había dicho si estaba en París.

Colgué el teléfono y me terminé la tónica. Noté la acidez del jengibre rascar mi paladar y pensé lo poco que le pegaba a mi padre comprar esas tónicas de sabores. Me senté en el sofá e intenté recordar cuántas tardes había pasado con mi padre y mis tíos en aquel comedor. Y cuánto tiempo hacía que no pasábamos un fin de semana los tres juntos: mi padre, mi madre y yo. Cuando todo esto se hubiera calmado; cuando fuera capaz de coger las riendas de mi vida y redirigirla, entonces les propondría venir a pasar unos días al pueblo.

CAPÍTULO 7

Me sentí tentada de abrir mis redes sociales, quería saber hasta qué punto había trascendido el incidente de plató. Sin embargo, tenía miedo de descubrir algo que me hiciera más daño. También quería revisar el perfil de Darío, lo hacía habitualmente, buscaba alguna pista sobre cuál sería su próximo movimiento, anhelaba que reparase en alguna de mis publicaciones y eso le hiciera llamarme. Por desgracia, sus llamadas se espaciaban en el tiempo de un modo que yo no comprendía. Pasábamos un fin de semana entero juntos y, entonces, dos semanas en blanco. Dos semanas en las que él continuaba con su vida y yo vivía esperando una invitación, una llamada; últimamente, un mísero audio.

Era un hombre apuesto, de los que hacían que cualquier mujer girase la cabeza al cruzarse con él. De gesto impenetrable, con ojos rasgados y de un azul casi transparente. Era diez años más mayor que yo, lo que le situaba más cerca de los cuarenta que de los treinta. Inteligente y culto. Pero se sabía poseedor de ese magnetismo tan suyo y lo utilizaba a su favor. Era capaz de dejarme esperando una hora y no dar ni una explicación. Simplemente, llegaba con su metro ochenta de pura masculinidad y te alzaba en brazos exhibiendo sin pudor su sonrisa enorme de dientes ligeramente separados que le daban un aire de niño grande.

Siempre recordaré una exposición en la que, sin previo aviso, me cogió en volandas y me hizo girar en medio de una sala llena de telas bordadas que simulaban los ríos Tigris y Éufrates. Era traductor para la Casa Árabe en España y hacía de enlace con los artistas que exponían en su galería. Era un apasionado del arte. Hablaba inglés, francés y árabe a la perfección.

En los momentos excepcionales en los que Darío se quitaba su coraza y la dejaba a los pies de la cama, hablaba de su juventud.

Una noche en la que cenamos sentados en los escalones del pequeño porche de su casa, dos botellas de lambrusco barato me permitieron comprender de dónde venían su arrogancia y su actitud altanera.

Cuando cumplió los dieciocho años, su padre le mandó a vivir a Nantes y fue allí donde se enamoró de una mujer de orígenes bereberes con la que viajó por el continente africano con pocas pertenencias y mucha ilusión. Pero que le rompió el corazón y le provocó una herida incurable. Y ahí empezó otro viaje, uno en el que solo había una persona importante, él mismo. Por eso se movía con el viento, a donde este le quisiera llevar, sin importarle la compañía ni el equipaje.

En su vida, yo era compañía y equipaje. Compañía cuando estaba dispuesta a pasarlo bien sin hacer preguntas, y equipaje cuando sus ausencias me pesaban y le llamaba y sentía la necesidad de que me diera una explicación. Esto me convertía en un lastre, y entonces decidía huir de mí hasta nuevo aviso. Esa incertidumbre me partía el alma y me atrapaba en su red de hombre atormentado con la misma intensidad. Sin embargo, eso estaba a punto de acabarse.

Muchas cosas iban mal en mi vida y ni me había dado cuenta. Entre ellas, esa relación malsana basada en el desequilibrio y que yo me empeñaba en conservar a pesar del dolor que me causaba. ¿Merecían tanto la pena los momentos juntos? Desde el último plantón había empezado a pensar que no.

Bloqueé el móvil y lo guardé en el cajón de la entrada. En realidad era un acto simbólico; aunque hubiera querido, no había cobertura suficiente para navegar en internet, pero relegarlo al fondo de un cajón me hacía sentir fuerte, incluso orgullosa de mí misma. Era capaz de olvidar a Darío; de lo que no estaba tan segura era de abandonar mi trabajo. ¿Qué más sabía yo hacer además de montar decorados y «llevar cosas a primera»?

Dos golpes en la puerta me sacaron de mi ensimismamiento. Mi padre era prudente en todo; hasta en su propia casa tenía la precaución de llamar. Me acerqué a la puerta deseando darle un abrazo, su olor a jabón empolvado conseguía transportarme a un

lugar seguro, a ese lugar común que nos pertenecía solo a los dos y al que, sin darme cuenta, necesitaba volver. Sin embargo, al abrir el portalón no encontré los ojos de mi padre, sino a una mujer menuda con cara de aguililla. Llevaba entre sus manos una fuente de barro tapada con un paño de cocina.

—Hola —musité desconcertada. No era ninguna vecina de Montejo, al menos que yo recordara.

—¿No está Leo? —preguntó elevando su barbilla afilada hacia mí mientras dos ojillos verdes me escrutaban con avidez.

—¿León? —corregí—. No, no está. ¿Quién lo busca? —¿De verdad había hecho esa pregunta? En Malasaña nunca habría pronunciado algo así. Solo era una muestra más de cómo el pueblo me afectaba, de repente hablaba como mi tío Olmo. Es curioso cómo el entorno moldea nuestros comportamientos, incluso nuestras relaciones y vivencias.

—Soy Adelina. ¿Y tú? —dijo, todavía con el gesto desconfiado.

—Soy su hija.

—Ah, la que trabaja en la tele, ¿no? —dijo, y de repente su voz sonó entusiasmada. Su gesto había cambiado por completo, sus dientecillos asomaron a su boca enjuta, reluciendo como perlitas de rocío. Era una mujer guapa, a pesar de la multitud de arrugas que enmarcaban su cara. Me extrañó que mi padre le hubiera hablado sobre mí y mi profesión a aquella señora, a quien todavía no sabía encajar en el entorno de mis padres—. Tu tía me ha hablado un montón de ti. ¡Ojo lo que se acuerda de su sobrina!

—Sí, siempre he sido su sobrina preferida. —Me reí para mí misma. Eso tenía más sentido. Mi tía Consuelo. Yo era su única sobrina, pues mi tío Beltrán tenía tres hijos menores que yo. Ellos fueron mis conejillos de indias durante cada verano que pasé en el pueblo; jugaba a ser profesora, cocinera, coreógrafa..., y los pobres siempre estaban dispuestos a seguir mis órdenes. Me entristecía no verlos más, había ido relegando las relaciones familiares a un segundísimo plano y hasta me había distanciado de mi tía Consuelo, mi madrina, una de las mujeres a las que más quería y admiraba, y para la que no encontraba el espacio que se merecía en mi vida. Definitivamente, debía cambiar los tiempos y prioridades de las

personas a las que quería de verdad. Empezaba a sospechar que este tiempo en el pueblo iba a trastocar más cosas de las que podía imaginar.

—¿Le das esto a tu padre? Son rosquillas de limón y aguardiente.

—¡Qué ricas! —exclamé con sinceridad cuando Adelina destapó la fuente. El olor anisado del aguardiente llegó hasta mí y se coló hasta mis papilas gustativas. Tenía mucha hambre y ni me había dado cuenta.

—Son sus preferidas —añadió con orgullo—. Déjale alguna.

Me reí no sin cierta reticencia; a mi padre no le gustaba el dulce. Pocas veces tomaba el postre. Decía que habían sido demasiados años en el molino de mis abuelos subiendo y bajando sacos de harina de trigo, ahora solo con el olor de la masa tenía suficiente.

—Gracias, yo se las daré. Por cierto, ¿de qué conoces a mi padre?

—Leo y yo somos amigos de la infancia.

Otra vez Leo. Sentí el impulso irrefrenable de corregirla, pero no quería sonar maleducada. Era León.

—¿Ah, sí? ¿Y has vivido siempre en el pueblo?

—Uy, qué va. Mis padres emigraron a Alemania y he vivido siempre allí, pero al enviudar de mi Blaz, volví a Montejo con mi hermana. Ella es soltera —apuntó bajando un poco el tono, como si hubiese dicho algo muy íntimo. No pude saber más sobre Adelina porque en ese momento llegó mi padre y eso desvió a la mujer de la historia muy a su pesar, pues era evidente que me la pensaba contar, quisiera yo o no. Pero la presencia de mi padre le hizo estirar su cuerpecillo y sacar pecho como un pavo real, se atusó su pelo rubio platino y señaló la fuente de dulces que yo sujetaba.

—Son para ti, Leo. Las he hecho yo misma. Con la receta de mi difunta tía Leandra. Eran famosas en toda la sierra.

—Muchas gracias, Adelina. Pero ahora déjame que dé un abrazo a mi hija —dijo sonriéndome mientras se abría paso entre la mujer y la pilistra que adornaba la entrada de la casa. Me rodeó con sus brazos y dio un paso hacia dentro de la casa, dejando claro a la vecina que su visita había llegado a su fin.

—Claro, claro. A mí se me echa el tiempo encima, tengo un montón de cosas que hacer —se excusó—. Tienes una hija guapísima y de lo más simpática. No se puede decir que no se parezca a su padre —añadió la señora, con una sonrisa tímida y pocas ganas de marcharse.

—Lo sé —dijo mi padre.

—¡Gracias por las rosquillas! Un placer conocerte, Adelina —exclamé intentando sonar un poco más amable que mi padre.

—¡Menuda pesada es la alemana! —refunfuñó mi padre al cerrar la puerta y quedarnos los dos solos—. Venga, entra y cuéntame cómo estás.

Puede que fuera la proposición que más me había asustado en mucho tiempo.

CAPÍTULO 8

Por suerte para mí, el entusiasmo de mi tía Consuelo por verme no nos permitió charlar mucho a mi padre y a mí. Lo que yo no sabía en aquel momento es que ambos sentíamos el mismo miedo a contar la verdad de nuestro encuentro en el pueblo. Es más, él le había pedido a mi tía que viniese a casa y me distrajera.

Y así fue. Mi tía, con su habitual energía y su forma de ir al grano, llevó la conversación a lo que realmente le interesaba: los famosos que había conocido en estos seis meses en los que no nos habíamos visto.

Las siguientes dos horas las pasé contando anécdotas de Isabel Font, del galán de turno o del escritor cascarrabias que vino a presentar su novela y al que la presentadora puso a freír unas croquetas en directo mientras este despotricaba contra los nuevos programas de televisión.

De repente sentí que parte de lo que me hacía especial residía en ese resquicio del espectáculo al que yo asistía sin darle mucha importancia, pero que estaba vetado a otros. La curiosidad de mi tía por cosas que para mí resultaban nimias me hizo sentirme importante. Pero eso iba a cambiar si dejaba este trabajo, si seguía con mi plan de esconderme en Montejo como una repudiada televisiva. ¿Era lo que quería de verdad? Ahora dudaba de todo, excepto de una cosa, mi tía estaba al tanto de mi despido. Era más que evidente que veía el programa, sabía cada invitado que había pasado por allí y todas y cada una de las secciones, y además me conocía muy bien, quizá incluso mejor que mi propia madre. Al fin y al cabo, había pasado muchos fines de semana con ella en el obrador mientras mi madre estaba fuera por viajes de trabajo.

¿Debía contárselo? Puede que fuera el momento de abrirme, quizá hasta me podían aconsejar. No hizo falta, con su habitual

resolución, mi tía se puso en pie, se estiró el jersey y dijo:

—Son las doce y no hemos desayunado. Se nos va a juntar con el asado que está preparando el tío para celebrar que estás aquí.

—Esta noche vas a trabajar con otra alegría, ya verás —dijo mi padre.

—No hay nada que unas chuletillas de cabrito no arreglen —apostilló mi tía mirándome con sus grandes ojos y deteniéndose un segundo en mi padre, que bajó la mirada involuntariamente. Mucho me temía que mis tíos sabían todo o, mejor dicho, se imaginaban todo. Sin embargo, sabía que mi secreto estaría a salvo; tenía que encontrar dónde pasar la noche o mi padre sospecharía que algo iba mal. Normalmente, en un exterior noche trabajaba de siete de la tarde a siete de la mañana, ¿dónde iba a quedarme para que no me descubriera?

—Vamos, no te hagas el remolón. Prepara café y saca las tortas de chicharrones que he traído —le ordenó mi tía a mi padre.

—¡Tortas de chicharrones! ¿Cuántas te habré sisado de pequeña durante las vacaciones? —reí divertida. Sin duda era uno de mis dulces favoritos.

—Más de las que un negocio puede aguantar, bonita —me respondió mi tía intentando que no se le escapara una sonrisa.

Nos comimos las dos tortas sobre el propio papel de estraza en el que venían envueltas, dando pequeños pellizcos que llenaron la mesa de la abuela de migas y cañamones, y dejaron un bodegón precioso que quise retratar con mi móvil para sorpresa de mi padre.

—¿Y esto lo subirás a Instagram? ¿Qué te parece, hermana? Migas y los posos de café en tres tazas desportilladas.

—Tú y yo ya no entendemos, León. Estamos viejos. En cambio, Julia está más a la moda que todos los del pueblo juntos, por eso es la mejor en su trabajo. —Mi tía lo sabía todo. No había duda. Si no, ¿a qué venían todos esos halagos sobre mi profesión? Me alegré de haber dejado el teléfono en el cajón, al menos tenía una excusa para darme la vuelta y evitar que vieran mi cara de circunstancia.

—Y que no venga nadie a decir lo contrario —dijo mi padre—. Venga, hija, tráeme el móvil, que voy a sacar una foto yo también, se va

a llamar: Naturaleza muerta sobre mesa tocinera —comentó jocosamente.

Me subí a la silla a sacar una foto cenital de la escena, causando multitud de bromas ante el numerito. Al menos habíamos cambiado de registro. Las indirectas alentadoras de mi tía estaban empezando a incomodarme; al final iba a lograr que mi padre se enterase. Debo decir que la foto quedó muy resultona. La guardé en una carpeta nueva de la galería y titulé la imagen: Día 1.

No lo pude evitar y, antes de bloquearlo, eché un vistazo a las notificaciones. Ahí estaba, un mensaje de Darío.

«¿Por qué no me contestas?»

Y varios de Paula.

«¿Has llegado ya? ¿Estás ya en el pueblo? ¿No me habrás bloqueado?»

Durante la comida en casa de mis tíos no pude dejar de pensar en Darío, en cuánto me gustaba y lo ingenua que estaba siendo al repetirme que nuestra historia, o mejor dicho, mi historia con Darío se iba a acabar tan fácilmente. En ese momento habría dado todo por pasar una noche en su casa, una de esas noches en las que abrazaba tan fuerte que apenas podía moverme unos milímetros y nuestros cuerpos amanecían enroscados como dos serpientes. Qué pena que con el día se deshacían los nudos que lo ataban a mí y él volvía a volar libre, con menos peso en el alma y más feliz, y yo más enganchada a él y más turbada por si no había otras noches.

—Julia, ¿dónde está tu cabecita? —preguntó mi tío Olmo sacándome de mis pensamientos.

—¡Ya la conoces, cariño! —intervino mi tía—. Siempre anda liada con nuevos proyectos.

Mi tío me guiñó un ojo. Signo inequívoco de que estaba al tanto de mi despido.

—Sí, más o menos —dije yo sin atreverme a mirar a mi padre, pues estaba segura de que se henchía de orgullo al oír a su familia halagarme.

—Bueno, y de novios, ¿cómo vas? —preguntó torpemente mi tío, lo que hizo que mi tía le diera un codazo sin disimulo alguno.

—Pichí pichá —acerté a decir como si tuviera doce años de nuevo. Y en cierto modo así era como me sentía en aquella mesa camilla del comedor de mis tíos. Y sin poder remediarlo, dos lagrimones surcaron mis mejillas.

—Pero, Julia —dijo mi padre levantándose a limpiarme la cara con su servilleta—, ¿estás bien?

—Sí, papá. Soy una tonta —repuse y no pude parar de llorar. Durante todo el tiempo en que sollozaba avergonzada, mis tíos se levantaron a recoger los últimos cacharros que quedaban en la mesa y preparar el café. Mi padre se limitó a acariciarme el pelo y maldecir con dientes apretados a quien estuviera haciéndome tal daño. Lo que no sabía era que no eran solo lágrimas de desamor, sino de bochorno, incertidumbre y rabia. Finalmente me tranquilicé y mis tíos dieron por finalizado el tiempo de lamentos.

—A ver, ¿cómo se llama ese imbécil que no quiere a nuestra niña? —preguntó mi tío, llevándose otro codazo de mi tía y una mirada fulminante de mi padre.

—Darío —contesté yo sin pensarlo.

—Pues dile a ese Darío que si te vuelve a hacer daño, se las va a tener que ver con los Carrero, y tu tío Beltrán ahora hace kempo. —Y no pudimos más que estallar en una carcajada al imaginarnos la rotunda silueta del hermano menor de la familia vistiendo un kimono.

Tomamos el postre movidos por la necesidad de pasar página en lo referente a mis desamores. Mi padre no dejó de contar anécdotas de la infancia, sobre todo de las bromas que le hacían al pobre tío Beltrán, y nos reímos tanto que se saltaron algunas lágrimas más, aunque esta vez de nostalgia y alegría. Las natillas de mi tía con su galleta maría seguían siendo un antídoto para el alma; con su ralladura de limón y su canela. De repente añoré las comidas que me había perdido por estar trabajando y deseé que mi madre estuviera allí para que todo fuera perfecto, aunque ella no tome postre porque su nutricionista no se lo permite.

Antes de irme, mi tía me dio un beso y me susurró: «Si al final no sale lo de los exteriores, la llave sigue estando en la maceta y la

habitación de los trastos está lista. Tu tío ya te ha encendido la calefacción para que duermas calentita».

Era todo talento esta tía mía. Sin saberlo, había evitado una llamada lastimera a Darío. Desde hacía un buen rato solo pensaba en pasar la noche con él, era lo que me pedía mi corazón ignorante; pero una mujer de inteligencia aguda y modales rudos había evitado que cayera en la misma espiral de siempre. Así era mi tía.

CAPÍTULO 9

—Papá, me voy —dije desde la puerta—. Me llevo unas rosquillas para mis compañeros, ¿no te importa?

—Como si te llevas la fuente, hija. Adelina no se entera de que a mí lo que me gusta es el jamón de jabugo —gritó desde el sillón.

—Te veo mañana, no te acuestes muy tarde.

— Y tú no pases mucho frío, hija.

Salí de la casa con las llaves de mi coche en la mano y la fuente de rosquillas. Tenía que aparcar en otro sitio para que mi padre no lo viera y volver con mucho cuidado hasta la casa de mis tíos. No fue difícil, en invierno Montejo era un pueblo desierto, sobre todo a partir de las seis de la tarde.

Cuando llegué a casa de mis tíos llamé al timbre un par de veces, pero nadie abrió, así que tuve que quitarme los guantes y escarbar en la tierra de dos macetas hasta dar con la llave. Al abrir la puerta, encontré la lamparita de la entrada encendida y una nota en el espejo.

Julia, hemos ido a clase de teatro. Te he dejado la cena en el horno. No nos esperes, luego vamos a casa de Luisa a repasar el texto y picar algo con los compañeros.

¿Desde cuándo iban mis tíos a clase de teatro? Es más, ¿desde cuándo había teatro en Montejo? Resulta que mis tíos tenían más aficiones que yo y, por lo visto, también más vida social.

No pude resistirme y me acerqué hasta la cocina. Sin duda era uno de mis lugares preferidos en el mundo, aunque durante los últimos años lo había olvidado. En aquella cocina se había parado el tiempo. Al menos en una parte de ella. Mi tía había conservado los fogones abiertos que su madre empleaba para cocinar y calentar la estancia. En el corazón de la cocina, un puñado de leña y varios tréveles rendían homenaje a las largas noches que su familia había

pasado calentándose al amor del fuego. Seguía colocando las cuatro banquetas de madera de encina que su padre había construido cuando en la casa no había dinero ni para sillas. De pequeña, mi tía nos contaba cómo se arremolinaban en torno al guiso de patatas con liebre de su madre y ninguno quitaba ojo al puchero, no fuera a ser que alguno se adelantara con la cuchara.

En la otra esquina, una mesa pequeña recordaba la soledad a la que mis tíos se enfrentaban cada día: la de no haber tenido hijos. A pesar de ser solo dos, mi tía atesoraba conservas, legumbres, carnes en salazón, galletas..., en una despensa enorme que mantenía perfectamente colocada y que era un síntoma más de la herida que el hambre de la guerra había hecho con su generación. Abrí el horno y encontré una cazuela de pollo con tomate y media barra de pan de maíz y cebolla, mi preferido.

No eran ni las siete, pero el olor ácido del tomate y el brillo untuoso de la salsa me hicieron coger un trocito de pan y probarlo. Sabía dulce y ácido; la cebolla a fuego lento, el pimiento verde casi dulce, la grasa del pollo enharinado antes de cocinarse en el aceite de oliva chisporroteante y los ajos machacados me trasladaron a mi infancia. Podía ver a mi tía Consuelo cocinando con su mandil de cuadros azulón, veinte años más joven, en aquella misma cocina, mientras yo dibujaba en la mesita.

Rebañé la cazuela y me colé en la despensa, estaba segura de que mi tío Olmo seguía teniendo bombones escondidos entre las latas de aceitunas. No había mejor postre que escamotear un bombón de la reserva secreta.

Con el estómago lleno, decidí subir a la habitación de los trastos, como la llamaban mis tíos. Reconocí el olor a jabón casero. Seguro que mi tía seguía guardando el aceite usado para hacer jabón, luego lo rallaba y lo usaba en la lavadora, y ese olor a limpio era inconfundible. Sin perfumes florales ni artificios. Me senté en la cama y abrí las cortinas para ver la silueta de la sierra de fondo. Y me dormí, sin más, sin pensamientos catastrofistas sobre mi futuro ni recuerdos sesgados de la felicidad pasajera con Darío.

CAPÍTULO 10

Sonó el timbre. Una, dos y tres veces. Un timbrazo largo e insistente que me despertó de un sueño profundo y pesado, tanto que no sabía ni dónde estaba. Cuando por fin me situé, bajé con prisas las escaleras y al mirar por la mirilla solo podía repetirme: «que no sea mi padre, que no sea mi padre». No era él. Era una chica de unos dieciocho años.

—¿Julia? —me espetó sorprendida mientras se restregaba los ojos llorosos y se extendía el rímel por mejillas y frente.

–Sí. ¿Nos conocemos? —pregunté avergonzada, pues era evidente que ella sí me conocía a mí.

—Soy Ruth, la sobrina de Consuelo. ¿No te acuerdas de mí, en serio? —me inquirió con la seguridad que da la juventud.

—¡Ruth! No me lo puedo creer. Claro que te recuerdo. Pero eras una canija. ¿Cuántos años tienes? —Había olvidado por completo la existencia de Ruth, la otra sobrina de mi tía, y por un momento sentí que mi lugar en la familia como sobrina única se veía amenazado.

—Diecisiete —balbuceó y rompió a llorar.

—¿Qué ha pasado? ¿Quieres pasar? —le pregunté sin saber muy bien qué hacer.

—Quiero ver a mi tía. ¿Puedo pasar? —De repente, en ese gesto de súplica reconocí a la niña de pelo indomable a la que yo jugaba a peinar y maquillar cuando no levantaba ni un metro del suelo.

—Consuelo no está. Y el tío Olmo tampoco.

—Ya... —dijo dando un paso hacia atrás como para marcharse.

—Pero puedes entrar. ¿Necesitas algo?

—Estoy helada, la verdad.

—Venga, entra. El tío Olmo debe tener la calefacción a treinta grados, ya sabes lo exagerado que es, y creo que la chimenea está encendida.

Dejé que pasara, y sin necesidad de encender ninguna luz se coló hasta el salón y se sentó delante de la chimenea, en la alfombra, con las piernas al estilo indio y estirando las manos para calentarse.

—¿Quieres tomar algo? —Vaya pregunta. No sabía muy bien cómo romper el hielo. Estaba claro que le ocurría algo, pero no sabía cómo actuar, hacía más de diez años que no la veía. Cuando sus padres se separaron, ella se marchó con su madre a Toledo; al menos eso creía recordar.

—Vale.

—¿Qué te hago? ¿Un té? ¿Un Cola Cao?

—¡Qué fe tienes! ¡Un té en casa de los tíos! —exclamó esbozando una sonrisa por primera vez desde que había llamado a la puerta—. Los tíos solo toman café y hecho en olla.

—Tienes razón, lo demás es para blanditos —añadí yo imitando la voz del tío Olmo—. Entonces, ¿qué te hago?

—Un vaso de leche caliente. Pero yo me lo preparo, sé dónde tienen todo. ¡Hasta las cosas que no quieren que encuentre el otro!

—¿Te refieres a los bombones que hay entre las conservas?

—Bueno, esos también. Me refería al paquete de cigarrillos de la tía Consuelo.

—¿Qué? ¿La tía fuma? —No podía creérmelo.

—Solo cuando se enfada con el tío. ¿Nunca has notado el olor mentolado?

—No —respondí atónita. Ruth se había levantado y, cuando quise seguirla, ya estaba poniendo un cazo en el fuego con leche. Me encantaba la leche fresca que compraba mi tía. Se la traía el lechero en su Renault 4 blanco. Iba repartiendo las bolsas de leche por las casas y los cartones de huevos de sus gallinas, pitaba al entrar en la calle y las vecinas salían monedero en mano a comprar lo que necesitaran; algunas habían llegado a un acuerdo con él, y si no estaban en casa cuando pasaba por el pueblo, les dejaba lo encargado y arreglaban cuentas a final de mes. Cuando me quise dar cuenta, Ruth andaba cacharreando entre las especias de mi tía.

Su pelo moreno y rizado se movía al son de sus pasos, entraba y salía de la despensa removiendo de vez en cuando el cazo de leche

con una cuchara de palo. Y sin previo aviso, la cocina se llenó de un olor intenso a nata quemada y especias morunas. No era capaz de identificarlas.

—¿Qué es? —pregunté.

—Es un intento de *golden milk*. ¿Lo has probado?

—La verdad es que no, aunque lo he visto un montón de veces en los menús de los restaurantes de mi barrio. ¿Qué lleva?

—Lleva canela en polvo, cúrcuma, pimienta molida y miel. La receta original necesita canela en rama y molida, clavo, cardamomo verde, jengibre fresco, pimienta negra en grano, cúrcuma molida, miel y leche de coco. Esto es un sucedáneo, pero para entrar en calor me sirve.

—¿De dónde venías? Estabas helada —pregunté sin querer parecer entrometida, pero estaba claro que le había pasado algo. También quería saber por qué se sabía los ingredientes de memoria, pero eso lo dejé para más tarde.

—He discutido con mi padre y he salido a despejarme. He ido a ver a Andrés, pero tampoco estaba. Supongo que hoy tienen teatro.

—¿Y hace mucho rato desde que saliste a despejarte? —Empezaba a intuir que se había marchado de la casa sin decir a dónde iba, y si el reloj de la cocina iba bien, eran casi las once de un jueves. Seguro que su padre estaba preocupado.

—Lo normal —me respondió con la vaguedad de un adolescente que no quiere contar la verdad—. ¿Te han dicho mis tíos si luego irían a casa de Andrés?

—Me han dicho que iban a casa de Luisa, a picar algo y repasar el texto. No creo que tarden mucho en volver —añadí mientras Ruth servía dos tazas de leche amarilla que olía deliciosamente.

—Toma, pruébalo. Seguro que están con Andrés, se habrá inventado la noche del Trivial o la de «ayuda a tu vecino». Solo se le ocurren tonterías.

—Parece que no te cae muy bien ese Andrés.

—Lo que no es normal es lo que le ha dado a todo el mundo por él. Hasta el tío Olmo parece abducido.

—¿Y quién es ese Andrés?

—El maestro del pueblo. Ha venido este curso y de repente parece el alcalde de Montejo.

—Pues menudo pesado —dije queriendo sonar juvenil, pero no resultó muy bien, a juzgar por la mirada que me echó Ruth mientras sorbía su *golden milk* apoyada sobre la encimera. Yo no recuerdo que a los diecisiete años pareciera una modelo de Zara con el pelo de un anuncio Pantene. Era realmente guapa, aunque hasta ahora no había reparado en ello. Esa rabia con la que hablaba de ese maestro hacía que sus ojos negros brillaran como dos luciérnagas; era la primera persona que conocía a la que el enfado le sentaba bien. Era una belleza salvaje, indómita, como su cabello largo y espeso.

Cuando terminamos de tomarnos la leche, Ruth fregó las dos tazas y con una desenvoltura nada propia de su edad me hizo seguirla hasta el salón de nuevo. Me senté a su lado en el sillón mientras encendía la televisión.

—¿No quieres que llame a alguien?

—No.

—¿A tu padre o a la tía Consuelo?

—No.

—¿A tu madre? —pregunté como última opción. No me parecía bien estar con una menor de edad a la que estarían buscando, sin avisar a alguien.

—Mi madre está muerta, Julia.

CAPÍTULO 11

Abracé a Ruth con fuerza, para cobijarla y consolarla y también porque me avergonzaba profundamente mi falta de tacto. ¿Cómo podía haber metido tanto la pata? Ruth se desembarazó de mi abrazo enseguida, era evidente que no estaba cómoda. Pero no se me ocurría otra forma de acercarme a ella después de aquellas palabras.

«Mi madre está muerta».

Había un reproche implícito en ellas y fui consciente desde el primer momento. Parecía preguntarse cómo no me había enterado, por qué no lo sabía. No lo sabía porque había vivido en mi mundo de trampantojos, no solo televisivos, también emocionales, y me había preocupado solo por mí, por mis cosas y por mi vida, por vacía que estuviera.

—Tuvo cáncer, no duró ni seis meses —me dijo, y sentí su confesión como un jarro de agua fría. Lo había dicho para hacerme sentir peor todavía, Ruth era capaz de ser muy cruel. Sentía que ella había dominado la situación desde el momento en que apareció ante la puerta congelada y con el maquillaje arruinado por las lágrimas. De repente, era yo la adolescente apocada, y ella, una adulta con bastante mala baba. De hecho, había algo en ella que me recordaba a Amanda Muela.

—No hace falta que digas nada, ya estoy harta de que todos me miréis así. A ver si os enteráis ya, no necesito vuestra compasión. Estoy bien.

—Ruth, perdóname —dije.

—¿Lo ves? Ahí está. Odio que sintáis lástima por mí —exclamó llena de rabia. Estaba convencida de que su discurso no iba dirigido a mí; sin embargo, era yo quien estaba allí frente al magnetismo de su enfado y, de verdad, no sabía qué hacer ni qué decir. No había

visto a aquella niña desde hacía unos doce años, y ahí estaba, escuchándola hablar de su madre muerta y de cómo se sentía.

—¿Tienes el teléfono de Andrés? —me preguntó sin mirarme y saliendo del salón con la chaqueta en la mano.

—No, Ruth.

—¿No te habrá dicho Consuelo que no me lo des? —Ya no era la tía Consuelo.

—No, no, de verdad. Si ni siquiera había oído hablar de él hasta que tú has llegado —me justifiqué sorprendida por su pregunta.

—Bueno, me voy a casa —dijo con bastante desdén mientras se abrochaba lo que debía ser un abrigo para la nieve pero no era más que una minúscula chupa de cuero que apenas le tapaba el ombligo. Ya no recordaba que a los diecisiete años no hay temperaturas bajo cero ni frío polar que te impida ir guapa.

—Déjame que te acompañe —le pedí.

—¿Para qué? No te fías de que vaya a casa, ¿qué te crees, que me voy a subir al monte a llorar por...?

Ruth no pudo terminar su frase porque el sonido de la llave en la cerradura se lo impidió. Mi tía había recibido el mensaje que yo le había enviado a escondidas. Ruth no se percató de mi llamada de auxilio a un adulto de verdad, porque estaba absorta cacharreando en la cocina como una bruja que prepara una poción maléfica para estar preciosa siempre, incluso enfurecida.

Mi tía volvió a hacer su magia y, sin que la temblase el pulso, fingió sorprenderse al ver a Ruth en su casa.

—¿Qué haces aquí, cariño? —preguntó abrazándola en un gesto natural que no sorprendió a la joven.

Mientras la abrazaba me hizo un gesto para que me retirase, ya se quedaba ella al cargo de la situación. Subí a la habitación de los trastos con cierto malestar, en primer lugar, por cómo se habían desarrollado los hechos con Ruth, pero sobre todo por la inquina con la que se había dirigido a mí. ¿Cuándo iba a tener la mano izquierda de mi tía para actuar en situaciones así? Estaba segura de que mi tía Consuelo habría reaccionado de una forma mucho más elegante, más inteligente que yo, y no solo esta noche, también en incidentes como el ocurrido con Amanda Muela.

Con esa sensación de no haber sabido hacer las cosas bien, subí a la habitación. Necesitaba un abrazo, pero mi tía ya tenía suficiente con una niña agarrada a sus faldas. Entonces me di cuenta de que hacía casi una semana que no hablaba con mi madre, y aunque era cierto que en ella no iba a encontrar esa comprensión que necesitaba, sentí la necesidad de escribirle.

Mamá, ¿qué tal por París? Yo estoy en el pueblo, tengo exteriores toda la semana... ¡con este frío! ¿Te apetece que hagamos algo el finde juntas? He pensado quedarme aquí para descansar. Te echo de menos.

Al instante su estado cambió y vi que estaba escribiendo.

Julia, el fin de semana tengo un compromiso en la embajada italiana, va a ser muy difícil que pueda escaparme al pueblo. ¿Por qué no te acercas a cenar el domingo a casa?

Vale, lo pienso y te digo algo. No he hablado con papá, pero supongo que el viernes volverá a la casa de Madrid.

¿No has hablado con él?

Sí, he pasado el día con él, pero no me ha contado cuándo piensa volver.

Bueno, no le agobies, está claro que necesitaba estas vacaciones. Aunque ya sabes que yo no me iría al pueblo ni loca, y menos en enero.

¿Vacaciones? Pero si está trabajando a tope para la reforma de los tíos.

Es verdad. Jajaja. Qué cabeza tengo...

Pero lo hace con gusto, ya sabes como es. Si sus hermanos le piden algo...

Lo deja todo. En fin, Tuli, que hablamos el domingo, es muy tarde y mañana madrugo.

Un beso, mamá.

Al menos me había llamado Tuli, como cuando era pequeña. Tenía tan poca empatía que se atrevía a llamar «vacaciones» a los días que estaba pasando mi padre en el pueblo para ayudar a mis tíos. En fin, por más que lo pensara, mi madre no iba a cambiar su forma de ser. Tan recia, tan poco sentimental y tan despegada. ¡Cómo envidiaba a mi amiga Paula, su madre la llamaba a diario! Y

aunque ella se quejara, en el fondo no podía vivir sin esos ratitos de charla, aunque yo alucinara cuando la oía conversaciones sobre qué había comido o si se secaba o no la ropa. Mi madre nunca me llamaría para hablar de esas pequeñeces; también es verdad que ella tenía a Loles, que cocinaba y limpiaba en casa desde que yo recordaba. Aun así, añoraba a mi madre y su peculiar forma de quererme.

CAPÍTULO 12

Me desperté a las siete y crucé las dos calles que separaban la casa de mis tíos de la nuestra; con un poco de suerte mi padre seguiría dormido. Había madrugado tanto para no desayunar con mi tía Consuelo; quería olvidarme de mi despido. Así que cuando metí la llave en la cerradura y vi que había luz en la cocina, solo pensaba en cómo evitar hablar sobre mi trabajo con mi padre.

—¡Ya he llegado! —dije desde la puerta; quizá podía escabullirme a la habitación sin dar muchas explicaciones.

—Hija, acompáñame y desayunamos juntos antes de que te acuestes.

—Claro —contesté con desgana. ¿Qué podía hacer? Mi padre era mi debilidad, no podía negarme.

—Mira, te he guardado las últimas rosquillas. Para ser sinceros, Adelina tiene bastante mano con la repostería, y eso que yo no soy muy de dulces, ya me conoces...

—Huelen de maravilla y están más ricas todavía — añadí cogiendo una, a pesar de que la noche anterior me había comido casi todas a escondidas en la habitación de los trastos.

—¡Cuidado no te vayas a quemar! Las he metido unos minutos al horno, por recomendación de la propia Adelina, que otra cosa no, pero pelma es un rato.

Me reí, no era habitual que mi padre se prodigara en criticar a otras personas. Normalmente siempre andaba atareado con sus clases y sus lecturas y no tenía tiempo de analizar la vida de los demás, y eso que mis tíos le hacían partícipe de cada contratiempo, disgusto o novedad de sus familias. Era una especie de mediador familiar, todos le podían contar sus preocupaciones y estar tranquilos de que mi padre no contaría nada a nadie. Aunque supiera todos los secretos y vergüenzas familiares.

—¿Por qué te cae tan mal? —le pregunté con curiosidad.

—No me cae mal, pero a la décima bandeja de crepes, medias lunas, *strudel* o lo que sea que me haya traído, ya empiezo a cansarme un poco.

—¿Diez veces ha venido en los dos días que llevas aquí? —Pues sí que era amable. Sospechosamente amable.

—Bueno, igual he exagerado un poco —corrigió mi padre. En realidad había traído una docena de dulces típicos alemanes en los quince días que en realidad León llevaba en el pueblo. Si no estaba más atento, acabaría delatándose él mismo.

—¿Y de qué la conoces? Es amiga de la tía, ¿no?

—La conocía de pequeño, de jugar en la calle con la pandilla. Luego se marchó a Alemania con sus padres y ya no había sabido nada de ella hasta hace un año que volvió con su hermana. Y están renovando la casa de Clotilde, la estanquera, ¿la recuerdas?

—Sí. ¿Ha fallecido? —pregunté con pena, parecía que me había perdido muchas cosas últimamente.

—No, qué va. Cloti está más fuerte que tú y que yo juntos, pero vio la oportunidad de vender el caserón donde vivía con Paco y se ha comprado un apartamento de los que yo reformé.

—¿Los apartamentos turísticos? Si eran enanos. ¿Ahí viven ahora Paco y ella? —Me costaba imaginarme al matrimonio en un piso tan pequeño. Eran dos bigardos de metro ochenta por lo menos, que no dejaban de fumar nunca.

—No, hombre. Se separaron, fue todo un revuelo en el pueblo. ¿No lo sabías?

—No. —Un signo más de la desconexión de los últimos años.

—Sí, hombre. Clotilde se enamoró de un chileno que vino de jornalero un verano. Paco se enteró y se fue de la casa, creo que ahora vive en Patones con su hermano.

—Pero ¿cuántos años tienen? ¿Setenta?

—Más o menos. Paco era de la quinta del primo Sebastián, que este año cumple setenta y dos, así que sí.

—¡Separarte a los setenta! No lo entiendo. Si a esas alturas ya tenían que estar pensando en viajar con el IMSERSO —dije risueña,

aunque me arrepentí enseguida, pues a mi padre no pareció divertirle el comentario.

—Bueno, hija, los setenta no son el final. Hay vida más allá del IMSERSO.

—No quería que te dieras por aludido, tú estás hecho un chaval —añadí con la intención de distender un poco la situación que se había enrarecido por completo.

—No me doy por aludido, no tengo setenta —respondió mi padre muy digno. Tampoco estaría muy lejos, pensé para mí. Debía tener unos sesenta y tres años, calculé. Siempre me confundía con las fechas.

—Bueno, entonces conocías a Adelina desde pequeños; pero no me has contado por qué viene tanto por aquí.

—Pues no sé decirte. Creo que no estamos acostumbrados a la hospitalidad alemana, supongo. —Mi padre no quería reconocer que la mujer estaba más interesada en él de lo que le gustaría y que sus dulces no respondían a un acto de amabilidad entre vecinos, sino a un encaprichamiento.

—¿Y no será que quieren que les ayudes con la renovación del caserón?

—Pues ahora que lo dices, seguramente es eso. —Mi padre vio el cielo abierto—. Venga, termínate la rosquilla y recojo aquí —dijo poniéndose de pie y esperándome a que apurase la taza de café que me había servido mientras hablábamos—. Estarás cansadísima. Lo que no sé es cómo puedes dormir después de un café tan cargado —observó mi padre al ver los posos que habían quedado en mi taza.

Yo tampoco lo sabía; no había pensado bien mi estrategia y ahora tenía que echarme a dormir hasta el mediodía. Puede que fuera lo que menos me apeteciera en el mundo: tiempo a solas con mis pensamientos destructivos. Ya me sabía la historia: del despido a Darío, de Darío a Ruth, y de nuevo al despido y a Amanda. Cómo la odiaba.

—Bueno, yo tengo que ir a visitar al tío Beltrán a Madrid, no volveré hasta el mediodía.

—Genial —dije, quizá demasiado contenta por tener la casa para mí sola y no tener que recluirme en la habitación y fingir que dormía

—. Yo me encargo de la comida —dije.

—¿Qué vamos a comer? ¿Pizza congelada y ensaladilla de cangrejo?

—¿Qué les pasa a las pizzas congeladas? —pregunté ofendida. El odio universal a las ensaladillas de cangrejo se escapaba a mi entendimiento.

—Nada, nada. ¿Sobre las tres te parece buena hora para comer?

—Claro. Dales un beso a los tíos. Hace mil años que no los veo.

—Sí, y la tía me pregunta siempre por ti. Ya sabes que es una incondicional de los cotilleos. —Solo esperaba que no fuese mi tía Macarena quien me descubriera.

CAPÍTULO 13

La mañana transcurría tranquila. Había decidido no hacer nada, al menos nada de provecho. Ataviada con mi chándal y disfrutando del peso de la manta de lana que tejió mi abuela María, había encendido la tele y me limitaba a cambiar de canal sin prestar mucha atención a lo que veía. En la casa del pueblo la conexión era malísima y había muchos canales que no se veían, incluido el que emitía mi programa, lo que era una gran ventaja.

Me había propuesto no volver a mirar el móvil, aunque me estaba costando un esfuerzo titánico. Quería llamar a Darío y que tuviera uno de esos días en los que todo iba bien y me abrazaba y me contaba dónde íbamos a viajar cuando llegara el verano; aunque supiera que eso nunca iba a suceder. Quería que Darío me quisiera como yo le quería a él. Sin embargo, era consciente de que con él las cosas no eran tan sencillas.

Llevaba un par de horas perdida entre programas de cocina y mis pensamientos sobre Darío, cuando sonó el timbre de casa. Esperaba que no fuese Adelina de nuevo, no tenía ganas de hablar con nadie, aunque nunca diría que no a un *strudel* de manzana recién hecho. Seguramente sería mi tía. Pero no.

Al abrir, vi un maremágnum de camiones y *flight cases* apiladas sobre la calzada y la cara de satisfacción de Amanda Muela a menos de medio metro de mí. No me lo podía creer. ¿Qué estaba haciendo aquí?

—Julia, ¿te encuentras bien? —me preguntó con una sonrisilla malévola que me hizo ser consciente del contraste entre el vestido entallado de mujer fatal que mi exjefa lucía y mi chándal raído. Mis calcetines de lana por encima de los pantalones y mi coleta deshecha no ayudaban nada.

Estuve a punto de cerrarle la puerta en las narices. ¿Cómo se atrevía a venir hasta mi casa? A mi escondite, al único lugar donde me sentía a salvo. Hice acopio de toda la diplomacia que me quedaba y sonriendo le respondí:

—Muy bien. ¿Y tú?

—Mejor que quiero —me espetó.

—¿Qué estás haciendo aquí? —pregunté señalando los camiones y el despliegue de gente descargando equipos audiovisuales.

—Roberto, tráeme eso —gritó, y en solo unos segundos su ayudante estaba en el quicio de mi puerta con una carpeta y un termo metálico bajo el brazo.

—¿No te has enterado? Vamos a grabar aquí el capítulo piloto de una serie. Pero no te preocupes, solo serán unos de días. Grabamos los exteriores, los planos recursos y te dejamos en paz. No queremos perturbarte... más —añadió—. Té, Roberto —exigió sin mirar a la cara a su pobre perrito faldero que hacía malabarismos para no manchar la carpeta y servir el té verde humeante en una taza de plástico con las iniciales A. M. grabadas en dorado. Todo en ella era ostentación.

—¿Con el equipo de la productora? —quise saber; no podía imaginarme tener que cruzarme con mis compañeros por el pueblo.

—Julia, la vida sigue fuera de este pueblucho —me contestó buscando la mirada cómplice de Roberto—. Tus excompañeros siguen trabajando con normalidad. Por cierto, Roberto, la carpeta —dijo alargando la mano.

—Aquí tienes, Amanda.

—Tus papeles del finiquito. No puedes tener queja. Servicio puerta a puerta.

—Gracias —exclamé apretando los dientes y arrancando la carpeta de las manos de la imbécil de mi jefa.

—Toma, está todo correcto —dijo Roberto dándome un boli—. Lo he revisado yo mismo —añadió con suficiencia; lo que no esperaba era que Amanda fuera a bajarle los humos allí mismo.

—Entonces, yo que tú lo revisaría. Roberto es un burro con las cuentas, no es capaz de cuadrar ni un presupuesto de atrezo. —

Nunca perdía la oportunidad de ridiculizar a alguien o dejar de manifiesto su posición de superioridad.

Roberto bajó la mirada y se guardó el boli en el bolsillo de su chaqueta. Amanda lo había vuelto a poner en su sitio. No entendía por qué le seguía afectando así el menosprecio de su jefa, era algo que hacía habitualmente y con lo que debía lidiar si quería llegar a ser jefe de departamento. Pero a veces le resultaba muy difícil.

—Vamos a estar en la Casa de la Cultura hasta las siete. Tráelos firmados antes de esa hora, cariño. —Me repateaban aquellos apelativos cariñosos que sonaban como puñales.

—Gracias —musité y cerré la puerta con más brío del que hubiera querido, pero a estas alturas me resultaba muy difícil controlar mis emociones, especialmente las que se referían a Amanda. Me asomé a la ventana con cuidado para no ser vista, el ajetreo del exterior me atraía como un imán. Escuché la vibración insistente de mi móvil en el mueble de la entrada. Era Paula. Me había mandado un audio y hecho unas veinte llamadas.

¡Julia, te he llamado trescientas veces! Me ha llamado Róber. Amanda ha manipulado todo para cambiar la localización de la nueva serie, en la que va a trabajar mi amiga Elena. ¿Te acuerdas de que nos lo contó el sábado pasado? Pues van a Montejo. Me ha dicho Roberto que te va a llevar el finiquito en persona. Quería que le diera tu dirección. Pero ni loca, ya me conoces. Al enemigo, ni agua. Aunque no creo que tengan muchos problemas para dar con tu escondrijo... Llámame, anda. Te quiero un montón, tonti.

Pues tenía razón. No había tenido ningún problema en encontrarme. ¿A quién habrían preguntado? No iba a tardar en enterarme.

Me senté de nuevo en el sofá y abrí la carpeta. El finiquito no era gran cosa, pero me serviría para tener cierta tranquilidad. Siempre había sido ahorradora y procuraba tener una cantidad de dinero suficiente para cubrir mis gastos durante unos meses. Por supuesto, tenía derecho al paro. Tendría que volver a hacer las gestiones necesarias, para mí eran algo normal, pues cada vez que el programa terminaba una temporada, nos despedían. Pedía el paro y normalmente, cuando recibía el primer pago, ya me había

incorporado a otra producción o comenzábamos a preparar la siguiente temporada y me volvían a llamar para trabajar. Mis vacaciones consistían en ese mes de paro, casi siempre a destiempo, pero ya me había acostumbrado y no me importaba.

Las fechas coincidían, mis datos estaban bien. Sin embargo, leer «despido procedente» me cabreó de una forma que me sorprendió a mí misma. ¿Cómo se atrevían?

No tuve tiempo de revisar nada más, volvió a sonar el timbre. Me asomé con cautela a la mirilla, pues no quería ningún sobresalto más. Era Ruth.

—¡Hola! ¡Qué fuerte, Julia, han venido de la tele preguntando por ti a la carpintería de mi padre! —dijo sin un rastro del disgusto de ayer.

—Vaya, lo siento.

—¿Por qué? Resulta que van a grabar una serie. ¿Y sabes quién es el protagonista? Mateo Barrios —dijo poniendo los ojos en blanco como si fuese a desmayarse.

—¿Sí? No estaba al tanto, la verdad. Es muy majo —dije sin darle más importancia.

—¿Lo conoces? —preguntó con entusiasmo.

—Bueno, he trabajado con él. Pero hace un montón de años, no era más que un crío.

Al ver cómo le cambiaba la cara supe que se estaba sintiendo ofendida. Últimamente me resultaba muy fácil molestar a los demás sin quererlo. Sus ojos se iluminaron y movió su impresionante melena con un respingo. ¿Cómo podía estar tan guapa cuando se enfadaba?

—Por cierto, ¿qué haces que no estás en clase? — pregunté para desviar su atención de todo lo que estaba ocurriendo fuera.

—Julia, tengo casi dieciocho años.

—¿Y? —No quería sonar condescendiente, pero es que no entendía que no estuviera estudiando.

—Que he dejado el instituto. Estoy ayudando en el taller de mi padre.

—¿En la carpintería?

—Sí, ¿qué pasa?

—No me malinterpretes, Ruth. Me parece un trabajo apasionante, pero no sé si te veo tallando madera.

—Tallando madera no, pero ayudando con los pedidos y las cuentas sí. Cojo el teléfono, doy ideas... — Aquello me sonó a que no hacía gran cosa. ¿Cuántas personas llamarían a una carpintería al día?

—Si yo fuera tú, aprendería el oficio. ¿Cuántos talleres de carpintería hay en la sierra? Es un trabajo precioso, Ruth.

—¿Y tú qué sabes de carpintería? —me espetó incrédula.

—¡Pues mucho! En la cadena tenemos un taller de carpintores.

—¿Carpintores? —preguntó extrañada la joven.

—Sí, así los llamamos en la tele. ¿Sabes por qué?

—Déjame adivinar. —Sus ojos centelleaban cuanto más irónica se ponía—. Porque son carpinteros y pintores.

—Exacto.

—Parece que los de la tele no sois tan especiales — me dijo con una inquina que la convertía en una especie de ninfa hipnotizante.

—No sé por qué dices eso.

—¿No lo sabes? Vienes con tus aires de ciudad, con tu coche pijo...

—¿Con mi coche pijo? —la interrumpí atónita.

—Hombre, ¿cómo llamarías tú a tener un coche verde menta? — No podía creer lo que estaba oyendo—. Todo el rato «porque en la tele, porque yo trabajo en la tele...»

—¡Trabajaba! —dije movida por la rabia. Ruth tenía razón; si me deshacía de lo único que me hacía sentir especial, ¿qué me quedaba?

—¿Cómo? ¿Ya no trabajas en el programa de Isabel Font? — quiso saber apartándose de la cara un manojo de bucles y anudándoselo con ahínco en lo alto de la cabeza con una goma.

—No he dicho nada —dije dándome cuenta de que había metido la pata.

—Me estás mintiendo —añadió acercándose más a mí—. A ti te ha pasado algo en el trabajo.

—Que no, Ruth.

—Se te nota a la legua que estás mintiendo. Y me parece fatal, yo me sinceré ayer contigo y tú no confías en mí.

—No es eso —musité. ¿Cómo era posible que una niña pudiera manipularme de esa forma?

—Venga, cuéntalo, ya verás cómo te sientes mucho mejor —dijo empleando un tono zalamero.

—¿Cuántas veces te lo han dicho a ti? —le pregunté con cierto sarcasmo. Era evidente que era una adolescente difícil.

—Desde que mi madre murió, muchas veces.

Ruth tenía el don de dar bofetadas sin manos. Era la segunda vez que me hacía sentir como una auténtica imbécil. Ruth era capaz de hacer que la conversación virase hacia donde ella deseaba, y se aprovechaba de ello. Su cara refulgía satisfecha.

—No me refería a eso —añadí por el gusto de oírme decirlo, pues sabía que Ruth también era consciente de ello y que simplemente lo había usado a su favor para sonsacarme más de lo que yo estaba dispuesta a contar.

—Tú verás, o me lo cuentas tú o salgo a preguntarlo ahí fuera —amenazó levantándose y señalando la puerta.

Estaba alucinando, ¿de verdad era capaz de usar esas malas artes solo para cotillear sobre la vida de otros?

—Bueno, también puedo preguntarle a la tía Consuelo.

—Hazlo —la reté, sabía que mi tía haría lo imposible por cubrirme.

—O a tu padre. Últimamente viene casi todas las mañanas al taller a vernos.

¿Cómo se atrevía? Estaba claro que no iba a rendirse tan fácilmente. Comencé a pensar que lo más fácil sería contárselo y que, con suerte, eso la hiciera sentir más afinidad conmigo. Al fin y al cabo, sería la única que sabría mi secreto; además de Paula, Darío, la tía Consuelo y el tío Olmo, mis compañeros de la serie y medio millón de espectadores. Esto no iba a funcionar.

—Me han despedido. ¿Estás contenta? Y la que ha ido al taller preguntando por mí era mi exjefa. Ha venido a traerme el finiquito y ya de paso me ha humillado —confesé y sentí cierto alivio inesperado.

—Lo siento mucho, Julia —dijo con la voz suave y una mirada de satisfacción. Había conseguido lo que quería.

—Yo también.

—¡Menuda... víbora tu jefa! ¡Y qué mala suerte que estén grabando aquí!

—¿En serio, Ruth? ¿Mala suerte?

—¡Qué mala persona! —dijo al caer en la cuenta de que todo era una maniobra orquestada por ella—. Con lo elegante que es... —susurró para sí misma, con cierta admiración—. Pero a Mateo Barrios lo conoces, ¿no?

CAPÍTULO 14

—Julia, hija, no te olvides los guantes, que dan menos tres grados esta noche —me gritó mi padre desde la cocina.

—¿Dónde estarán? ¿Los has visto?

—No sé. ¿No te los llevaste ayer? —preguntó—. ¡Con el frío que está haciendo! —añadió con reprobación.

Pues no, la noche anterior la había pasado calentita en casa de la tía Consuelo y esa noche haría lo mismo, aunque mucho me temía que no me iba a librar de contar con pelos y señales mi accidentado despido. ¿Quién sabe? Quizá me sorprendía a mí misma e, igual que había pasado al sincerarme con Ruth, me sentía liberada al compartirlo con mis tíos.

Al enterarse, Ruth había cambiado su actitud hacia mí. Compartir mi secreto nos había puesto en el mismo bando; de hecho, habíamos pasado la mañana charlando, yo sobre cuánto odiaba a Amanda Muela y ella sobre el pesado de Andrés, el maestro, y cómo este se había aliado con su padre, que según sus palabras era más pesado todavía, para convencerla de estudiar una FP o algo así, cuando lo que ella quería era ser maquilladora. Mi padre llegó a casa más contento de lo habitual y, para mi sorpresa, la invitó a comer y Ruth aceptó. Fue un ratito muy agradable, aunque, personalmente, me incomodaban las miradas de complicidad que la chica me dedicaba cuando mi padre sacaba el tema de mi trabajo. Aun así, lo había pasado muy bien. Me sorprendía la confianza que tenía con mi padre, aunque no era de extrañar, mi padre siempre estaba del lado de quien lo necesitara. Estaba segura de que estaba ayudando al padre de Ruth en su nuevo papel de exmarido y padre viudo de una adolescente rebelde con la que apenas había convivido.

Llegué a casa de mi tía Consuelo dando un buen rodeo, quería evitar a toda costa los grupitos de trabajadores de la nueva serie

que recogían afanosamente cables y bártulos. Pero, sobre todo, quería ahorrarme un encontronazo con Amanda. Tenía la esperanza de poder conectarme a internet e investigar un poco sobre las diferencias entre despido procedente e improcedente.

Llamé al timbre y me colé con rapidez en la casa. Mi tía estaba remendando calcetines. ¿Quién hacía eso hoy en día si puedes comprar cinco pares a precios irrisorios en las grandes superficies? Pero mi tía no quería oír ni hablar de los gigantes textiles, ella era fiel al mercadillo de los viernes.

—Tía, ¿para qué haces eso? No merece la pena — dije a sabiendas de que me iba a sermonear con gastar de más y no cuidar las cosas.

—Desde luego, Julia, no cambias. Desde niña has sido una manirrota. Si no te hubieran comprado tanto, apreciarías más las cosas; pero claro, en París no se ponen parches a los uniformes. — Dijo esta última frase mientras se agachaba a por sus tijeras labradas, de modo que no pude ver su gesto de reprobación. Pero me lo imaginaba. Mi madre y la tía Consuelo siempre habían tenido sus más y sus menos, venían de mundos distintos y, al contrario que mi padre, ninguna de ellas estaba dispuesta a adaptarse a la visión de la otra.

—Ya estás, tía.

—Ya estoy no. Es que no saber ni coser un botón, ¿dónde se ha visto? Seguro que se te afloja uno y compras una camisa nueva.

—Anda, ¿y qué voy a hacer? —bromeé.

—Madre mía, qué juventud. Pero ahora déjate de si coso o no coso y cuéntame qué ha pasado —me dijo reposando su menuda mano sobre mi pierna.

—¿Qué sabes de lo que ha pasado?

—A ver, pues que te han echado, aunque no te preocupes, no se te vio la cara en directo —añadió para tranquilizarme—. Tenía dudas, hoy en día todas las chicas lleváis esas melenas como mantas. Pero claro, el tío lo ha confirmado en la taberna de Longino.

—¿Qué ha confirmado? A ver si ahora Longino va a estar al tanto de mi vida laboral...

—Longino no, tonta. Una estirada idiota envuelta en pieles estaba contándolo para todo el que quisiera escuchar. Pero no te preocupes, que tu tío le ha dicho cuatro cosas y la ha puesto colorá. Esa ya no pisa la taberna; ni el obrador, por supuesto.

—Pero ¿qué dices? —Cuánto odiaba a Amanda—. ¿Así que todo el mundo sabe que estoy despedida?

—No, no. Ya me he encargado yo. Si allí solo estaban el cura y los cuatro que juegan la partida de dominó.

—¿Cómo que te has encargado tú?

—¡Anda! ¿Qué esperabas? ¿Que me quedara de brazos cruzados en casa? De que el tío Olmo sea un burro no tienes tú la culpa, cariño. Así que me fui para allá con mi tarta de queso y cerezas confitadas en licor, y te aseguro que después de probarla ninguno va a decir ni mu.

—¡Tía!

—¿Tú qué quieres, que se entere tu padre y se disguste más todavía? —dijo, y enseguida añadió—: La que va a piar por todo el pueblo, si me la conozco yo, es *la* Carlota cuando venga a primera hora y no esté su tarta; pero ya me encargaré de eso mañana.

—Entonces, ¿entiendes que no se lo quiera contar a mis padres? —le pregunté.

—Te entiendo, te entiendo, hija. Por no aguantar a tu madre, lo que sea —respondió.

—Tía... — exclamé a modo de queja, pero ya era tarde.

—¿Qué, Tuli? No nos gusta oír las verdades, pero ahora me vas a escuchar a mí. Que vienes de una familia que se ha dejado la piel en el obrador, y ahora tú, lo mismo que Ruth, no sabes ni batir un huevo.

»¡Meses me pasaba con la piel en carne viva por el frío! Me salían sabañones en octubre, y hasta febrero se me comían viva la piel de los pies con úlceras y ampollas. Tus tíos, en cambio, eran inmunes al frío. A mí, que siempre he sido tan poca cosa y tan nerviosa, me tocaban todos los sufrimientos. —Permanecí callada y atenta, en las semanas venideras iba a escuchar muchos otros recuerdos por boca de la tía Consuelo; por suerte, no siempre iba a

estar tan encendida como hoy al contármelo. Me encantaba oír las historias de la familia.

Aunque mi tía me lo reprochara, yo era muy consciente de mis orígenes y eso me hacía sentir mucho orgullo—. El tío Beltrán y tu padre estaban curtidos por el aire de la sierra. Tenían los pulmones duros de ir a segar al campo y cuidar los animales con mi padre. Yo acompañaba a mi madre al molino y a adecentar la casa de doña Herminia, y desde bien pequeña me ponían a fregar de rodillas los suelos para que quedasen más brillantes. Devorada por sabañones en los pies del frío por los zapatos baratos, y las manos agrietadas por el cepillo de raíz; así me pasaba los inviernos.

»De cada tres días de colegio, yo faltaba dos. Mi madre me necesitaba y además, según sus pensamientos, ¿para qué iba yo a necesitar lo que enseñaban en la escuela? ¡Qué equivocada estaba tu abuela! Ahora se arrepentiría, creo yo, pero eran otros tiempos y pasábamos mucha hambre, Julia.

»El sueldo del abuelo en el campo no llegaba y tus tíos eran dos sacos sin fondo, así que mi madre tenía que ingeniárselas para llevar algo a la mesa cada día. Un día hacía gachas de harina de almorta, al otro un pollo del corral o un conejo de monte, si había suerte, y al otro, de nuevo, harina de almorta.

»Cuando *la* Leandra, una prima hermana de mi madre, enviudó, mi padre se hizo cargo de ayudarla en el obrador y esa fue nuestra fortuna, Julia. Nuestra suerte cambió cuando ese pobrecillo se tiró al río Eresma y dejó a su familia con la deuda hasta el cuello.

»Eso nos dio la oportunidad de dejarnos la piel en aquel negocio venido a menos. Ya no íbamos a fregar donde la Herminia, ni al molino a llevar trigo. Todo nuestro tiempo era para sacar adelante el obrador, a *la* Leandra y a sus dos mellizos, y a nuestra propia familia.

»Pasábamos tantas horas allí que parecía que siempre llevásemos la piel cubierta de harina, olíamos a la leña del horno y en la pandilla nos llamaban «los Harineros». Siempre íbamos sucios; pero a base de amasar y amasar, de fregar bandejas y traer leña para el horno dejé de tener sabañones, y dos años después, hasta pudimos volver a la escuela. No es que la hubiésemos dejado, pero

siempre había algo que apremiaba más que aprender los reyes godos.

»El obrador funcionaba y mis padres y *la* Leandra se podían apañar solos. Así fue como tu padre pudo estudiar una carrera, Julia. No lo olvides, «los Harineros» hemos conseguido todo lo que tenemos, mucho o poco, según se mire, con el sudor de nuestra frente. Nadie nos ha regalado nada. Así que, aunque tu madre sea de muy alta cuna, no olvides que tu padre empezó segando trigo y limpiando establos.

CAPÍTULO 15

Lourdes me había hecho el favor de quedar conmigo para echar un vistazo al finiquito y explicarme algunas cosas sobre la cuestión del despido improcedente. Cuando llegué al aparcamiento subterráneo vi su coche aparcado, siempre puntual, seguro que ya se había hecho con la mejor mesa de la cafetería. Me di prisa, no quería hacerla esperar, suponía que no tenía mucho tiempo, y mucho me temía que iba a necesitar una gran dosis de paciencia para que yo entendiera su jerga de economista.

Entré con la mirada puesta en las mesas de la ventana, pero no encontré allí a Lourdes, aunque reconocí dónde estaba sentada. Un carrito de bebé azul marino con ruedas cromadas y un manillar recubierto en piel marrón con el apellido paterno labrado: Osorio, y un abrigo color hueso delataban a la hermana de mi amiga. Lourdes y Paula no podían ser más distintas. Dos años de diferencia y dos universos paralelos que confluían semanalmente en la merienda del sábado en casa de la abuela Conce que desde hace unos meses, no sabría decir cuántos, era bisabuela. ¡Cuántas tardes había compartido con la familia de Paula merendando los cruasanes de chocolate de la señora Conce!

Me senté en la silla y me quité el abrigo. Antes de haberme sacado los guantes, se acercó la camarera hasta mí.

—La señora que estaba aquí sentada está en el baño. —Bajó la voz y añadió—: Creo que ha tenido un percance con el pañal del bebé.

—Gracias. ¿Me pones un té con leche?

—¿Con azúcar o sacarina?

—Con azúcar, por favor.

Saqué el móvil en un acto reflejo. En mi vida en la capital, cualquier espacio de tiempo, por mínimo que fuera, lo aprovechaba

para actualizar las noticias de mis redes sociales, como si para ver las piernas con la playa de fondo del resto de mortales no pudiera esperar a llegar a casa. Pero hoy quería ver si Darío había dado señales de vida en Instagram. Estaba a dos paradas de metro de su casa y eso me desequilibraba, sentía su magnetismo llamándome, esas calles me traían su olor a almizcle con cada soplo de aire.

Una foto de su última exposición, en la que se veía el patrón de un vestido impreso sobre un plano arquitectónico firmado por Filwa Nazer y un texto escrito por él, que me cortó la respiración:

«Mi cuerpo está modelado por la camisa que ella me quitó en la escalera sin luz de su casa».

Estaba a punto de hiperventilar, mi cabeza reconstruyó el momento exacto en el que torpemente desabroché su camisa de lino, recorriendo con mis dedos la aspereza de la tela, y cómo arranqué sin querer un botón descosido que rodó por los tres pisos de la escalera quejumbrosa. El pequeño botón de madera sonó rítmicamente con cada golpe hasta llegar al portal, de donde lo recogí al día siguiente cuando por fin salimos de mi habitación con la luz de media tarde para comer algo.

—¡Julia! —conseguí oír entre los lloros del pequeño Martín—. Perdona, hemos tenido un accidente —dijo señalando el baño y acercándose a darme dos besos que me trajeron de vuelta a la realidad como un jarro de agua fría. Quería quedarme a vivir en ese día en que Darío y yo olvidamos qué hora era, quién era quién o qué relación nos unía. Ese día.

—Lourdes, estás genial —dije, todavía conmovida por la rabia de haber vuelto a mi fracaso de vida y no al momento en el que Darío me quería y tenía un trabajo que me hacía sentirme especial.

—¡Qué va! La maternidad es muy dura, Julia, que no te engañen —me dijo risueña.

—Pero si estás radiante —mentí, fijándome en la mancha blanquecina de su hombro.

La taza de té humeante interrumpió mis mentiras y agradecí con una sonrisa a la joven camarera las carantoñas que le hizo a Martín y que desviaron la conversación hacia los mofletes del pequeño.

—La verdad es que es monísimo —dijo Lourdes con complacencia—. Aunque no me deje ni un segundo para mirarme al espejo. —Ella misma se dio cuenta de que iba a comenzar de nuevo la queja lastimosa, y añadió con ironía—: Pero es una etapa preciosa. ¡A lo que íbamos! Tus papeles del finiquito.

Saqué la carpeta, pero Lourdes fue más rápida que yo y en un abrir y cerrar de ojos estaba ampliando en su tablet la foto de los documentos que yo le había mandado por WhatsApp la noche anterior.

—A ver, Julia, lo primero que tienes que saber es que no es lo mismo finiquito que indemnización por despido, pero aquí no veo nada de eso. ¿Tienes por ahí lo de la indemnización?

—No, Lourdes, es que ese es el problema, solo me han dado el finiquito porque, según esto —dije levantando un documento—, el despido es procedente.

—Pero te habrán especificado las razones, ¿verdad? ¡Y no lo habrás firmado!

—Creo que la palabra era «despido disciplinario» y no, no pude firmarlo porque del cabreo les cerré la puerta en las narices.

—Menudos caraduras tus jefes. El despido disciplinario conlleva que no hay indemnización para el trabajador.

—¿Al menos tengo derecho al paro? ¿O tampoco? —pregunté.

—Sí, claro, Julia. Pero no irás a dejar esto estar. ¡Tienes que denunciarlo! Vamos a repasar las causas que dicta el Estatuto de los trabajadores —propuso Lourdes haciendo *zoom* en un documento, y empezó a leer en voz alta los motivos más habituales para un despido procedente. Ninguno de ellos coincidía con mi situación laboral.

Después de un buen rato, la indignación de Lourdes se fue calmando y, finalmente, ordenó los papeles y me dijo:

—Voy a llamar a Jorge y él te va a llevar la denuncia. Lo vas a ganar seguro y te tendrán que pagar la indemnización correspondiente. Ahora mismo le llamo. —Sacó su móvil y marcó el número de Jorge, su marido. Yo escuchaba en silencio, convencida de que Amanda había planeado todo aquello y había convencido a la productora para despedirme de aquella forma. Recordé el momento

tan bochornoso en el que atravesé la maldita ventana de cartón piedra, y sentí de nuevo el desasosiego del primer día.

—Jorge dice que es un caso ganado, Julia. Te paso su contacto y le llamas cuando quieras.

—¿Seguro, Lourdes? —Necesitaba que me diera el último empujón para decidirme.

—¡Claro! Jorge es el mejor en temas laborales, Julia. ¡Quién lo iba a decir cuando empezamos! ¿Te acuerdas de qué berrinches me llevaba? Estábamos siempre regañados.

—La pareja en crisis, os llamaba Paula —admití.

—Solo necesitaba madurar. Una vez nos casamos, Jorge es el cabeza de familia perfecto —dijo, y no pude evitar sentir cierta pena por Lourdes. Había sufrido mucho durante el noviazgo, todavía la recordaba hecha un trapo llorando por el último desplante o infidelidad de Jorge. Y ahora se conformaba con «un cabeza de familia». ¿Quién decía eso hoy en día?

Sin embargo, el alegato en defensa de Jorge, de alguna manera, resonó en mí. Lourdes tenía razón. Las personas maduran, pueden cambiar.

Caminé nerviosa, no quería pensar qué le iba a decir ni cómo me iba a recibir Darío. Solo una imagen en mi cabeza: Darío y yo sentados delante de la mesa de su salón, compartiendo el pan de semillas, el *hummus* y el lambrusco barato que acababa de comprar en el supermercado de la esquina, como tantas noches hizo él para recibirme. No es que fuera un festín, pero eran los sabores de nuestras noches y a mí me valía.

Toqué el timbre una vez, dos veces. Nada. El timbre no funcionaba. Llamé intentando que mis golpes no sonaran impacientes. Nada. Llamé de nuevo.

—¡Voy! —Oí su voz a lo lejos, debía estar en su despacho. Oí como tropezaba, seguramente con la bicicleta de carreras que él mismo había restaurado, y por fin el chirrido de la puerta.

—¡Julia! —dijo restregándose los ojos para acostumbrarse a la luz—. No sé si me merezco la visita de una *trending topic*... —Le di un manotazo y fingí una sonrisa; no quería hablar del episodio del despido y mucho menos aguantar bromitas, pero no quería que

pensara que no tenía sentido del humor; o peor aún, que era una siesa.

—Eso fue la semana pasada. La fama es muy efímera —dije con soltura, a pesar de que me estaba costando muchísimo disimular mi desasosiego por el cauce que había tomado mi vida durante los últimos días; pero necesitaba que Darío me viera bien. Mostrar debilidad solo iba a hacer que se cansase antes de mí.

—¿Te había invitado a comer? —preguntó echando un vistazo a la bolsa que traía.

—Pues no... —respondí avergonzada.

—Anda, tonta, pasa —dijo abriéndome la puerta, divertido. Disfrutaba descolocándome con sus bromas.

Le seguí hasta la cocina, donde se amontonaban tazas y vasos en el fregadero de varios días. Sacó una bandeja, partió el pan en rebanadas gruesas y lo roció con aceite de sésamo con una concentración pasmosa.

Yo no me atrevía a abrir la boca e intentaba deshacerme del abrigo sin interrumpirle. Descorchó el lambrusco y metió el dedo índice en el *hummus*.

—¡Riquísimo! —exclamó—. Podría comer esto cada día —se dijo a sí mismo en voz alta—. Pero ¿qué haces con el abrigo encima? Cuélgalo por ahí —me indicó mientras salía de la cocina con nuestro humilde banquete.

Salí de la cocina y logré llegar hasta el perchero de la entrada apartando cajas vacías, zapatillas, alfombras y jarapas todavía por desembalar y un sinfín de trastos que hacían de la casa una especie de antesala de su exposición.

—Tráete agua, Julia —gritó desde el salón.

Cuando por fin pude sentarme en su sofá, Darío estaba descalzo y se había tomado medio plato de *hummus.*

—Parece que alguien tenía hambre —dije.

—Ya sabes que la resaca me convierte en un animal de bellota. Podría comerme un ciervo. Podría comerte a ti —dijo metiendo su mano debajo de mi jersey.

—¡Oye! —Paré su mano no sin hacer un esfuerzo—. Que no me dejas nada y yo también tengo hambre.

—Vale, vale —dijo fingiendo cara de inocente y poniendo sus manos en alto. Me sirvió una copa de vino y rellenó su copa—. Necesito hidratarme, ¿me das el agua o tampoco me dejas que la pruebe?

No me dio tiempo a pasarle la botella de cristal, me la arrancó de las manos y, bebiendo directamente de ella, la vació ruidosamente.

—Entonces, ¿saliste ayer? —pregunté, y me arrepentí en el mismo momento. No quería demostrar que estaba celosa, que me dolía cada paso que daba sin mí.

—Sí, lo pasamos genial. Vino a ver la exposición uno de mis compañeros del doctorado, Omar, ¿te acuerdas de él? El caso es que nos liamos, nos liamos mucho...

—Ya veo —dije forzando una sonrisa.

—Bueno, Julia, ¿en qué andas metida? ¿Qué tengo que ver ahora en la tele si quiero verte destrozando ventanas a lo Wonderwoman?

—¿Wonderwoman? Querrás decir al estilo de Humor amarillo.

—¡Qué va! Eres elegante hasta para traspasar muros —dijo mirándome fijamente—. Aunque tienes que practicar la caída; parecías un saco de patatas —añadió entre carcajadas.

—¡Qué malo eres conmigo! —lo regañé. Lo pensaba de verdad, no era buena persona, y yo era una tonta por volver a sus brazos. ¿Debería irme antes de caer de nuevo en sus redes? Como si Darío pudiera leerme la mente, me apartó un mechón de pelo de la cara y me acercó la copa mientras se situaba frente a mí en el sofá, invadiendo mi espacio.

—Incluso muerta de vergüenza eres preciosa, Julia. —Oír mi nombre en sus labios me hacía distanciarme de cualquier realidad, por dura que fuera. Todavía paladeaba el eco de mi nombre cuando sentí que me besaba con dulzura y me dejé llevar por el sabor dulzón del alcohol y el calor que irradiaban sus grandes manos recorriendo mi espalda.

Dos horas después, sonó su móvil y nos despertó del placentero duermevela al que nuestros cuerpos se habían abandonado. Darío fue hasta el despacho para hablar. Era evidente que no quería que

escuchase la conversación. Al instante volvió poniéndose una camisa sobre su cuerpo sudado y lavándose los dientes, y entendí que era una invitación a salir de su casa.

—Julia, lo siento, se me había olvidado que había quedado para comer con alguien. Me tengo que ir ya.

¿Con alguien? No había quedado con alguien, había quedado con una mujer, con otra mujer. Si hubiera sido un amigo o un compañero, me lo habría dicho. De eso estaba segura. ¿Cómo podía ser tan idiota? Me vestí en silencio aunque por dentro estaba bufando de ira. No hacía falta que disimulara, Darío se preparaba para salir y ni me veía.

—Julia, ¿te importa si me adelanto yo? Tira de la puerta al marcharte.

—No, claro —dije ahogando un grito de rabia que debí disimular muy bien, a juzgar por la reacción de Darío.

—Oye, llámame cuando libres. ¡Ah, si puedes deja la bandeja de comida en la cocina! —gritó cerrando la puerta.

¿Cuando libre? ¡Qué ingenua era! Darío ni siquiera sabía que estoy despedida, que no tenía trabajo y que seguramente no iba a tenerlo en un futuro cercano, al menos en televisión. Y es que en las tres horas que había pasado en su casa, apenas habíamos mediado palabra más allá de sus bromas e insinuaciones. Si lo pensaba bien, Darío no sabía casi nada de mí y, lo peor de todo, no quería saber más. No necesitaba más. Era feliz así.

Recogí la bandeja y me arrodillé a estirar la alfombra con cuidado; la había comprado en su último viaje a Líbano, y creo que estaba más enamorado de ella que de mí. Bueno, había quedado bastante claro que de mí no lo estaba. Me agaché a recoger la camiseta de Darío y entonces pensé en mi tía Consuelo y en Ruth. ¿Qué me dirían si me vieran ordenando la casa a este sinvergüenza? ¿Era posible que una mujer que nació en posguerra y una adolescente tuvieran más dignidad que yo? Solté la camiseta y, como si la fuerza de esas dos mujeres me poseyera, esparcí las semillas de lino y amapolas, que tanto le gustaba tomar a Darío con su insípido *hummus*, por la alfombra de pelo. Pensé en derramar el aceite, pero recobré la cordura antes.

Cogí mi abrigo y sin querer tiré una torre de cajas y bártulos que cayó sobre su estúpida bici, y al ver el desastre en su pasillo cerré de un portazo, bastante orgullosa de mí misma. No tendría amor propio, pero Darío iba a acordarse de mí cuando viera su tarrito de semillas vacío y su bicicleta en el suelo, aunque fuese para maldecirme. Al menos así sabría lo enfadada que estaba. Esperaba de verdad que nunca más se atreviera a llamarme, porque, a pesar del enfado que ahora mismo me invadía, dudaba de mi fuerza de voluntad para mantenerme alejada de él.

CAPÍTULO 16

Aparqué en la calle del obrador y al abrir la puerta del coche sentí el olor de las bambas de crema pastelera que mi tía preparaba cada día, y me sentí en casa. Solo preparaba una docena; a media mañana ya no quedaba ninguna, pero se negaba a hornear más, decía que amasarlas era muy laborioso y que el proceso de fermentación era muy largo y que no le salía a cuenta; pero yo sabía que era mentira. Lo había visto en mis veranos en el obrador, pero mi tía era la mejor directora de *marketing* que había conocido. No quedaban bambas, pero sí pastelitos de crema al peso, «que están igual de ricos», decía mi tía, y los clientes pagaban el doble por la misma masa y la misma crema con una forma diferente.

Iba pensando en esto y buscando en mi bolso las llaves de la casa cuando se cruzó en mi camino Mateo Barrios. Sus ojos verdes y su aspecto desaliñado eran inconfundibles. Le miré de reojo y seguí caminando con prisa; solo me faltaba volver a toparme con Amanda Muela.

—¡Julia! —me gritó Mateo, alcanzándome y poniéndose a mi lado—. ¿No te acuerdas de mí?

—¡Hola! —le saludé fingiendo sorpresa—. ¡Claro que me acuerdo, es que no me había fijado! Voy con un poco de prisa. —Disimular se me daba fatal, y al final siempre terminaba hablando de más.

—¿Hace cuánto que no hemos coincidido?

—No sabría decirte —admití.

—A ver... Si yo gané el Goya con veinte, pues unos cinco años —dijo moviendo los dedos para hacer la cuenta.

—Madre mía, es que eras un crío, Mateo —comenté. Yo había trabajado con él en su primera serie, no era ni mayor de edad. Cuando empezó a hacer cine, su carrera lo catapultó a la fama y

dejó de hacer ficción. Pasó de vivir en Entrevías a codearse con los Bardem-Cruz en la alfombra roja.

—¡Qué guay que estés en la serie! Tiene pintón. Va a funcionar muy bien, es mi vuelta a la pequeña pantalla —añadió como justificándose.

—No, no —dije avergonzada—. No estoy trabajando en la serie.

—¿Ah, no? ¿Y qué haces en este sitio? —preguntó con sorpresa —. Está en el culo del mundo.

—Ya —asentí—. Es que es el pueblo de mi padre. Estoy pasando una temporada aquí. —No sabía por qué no le había contado la verdad. Si Amanda seguía por aquí, iba a acabar enterándose; con lo que le gustaba a esa mujer codearse con el famoseo, estaba segura de que Mateo no se iba a librar de escuchar sus historias. Entre ellas, la mía.

—Pues, si estás libre, acércate a comer. Han montado el cáterin en la Casa de la Cultura. Están los chicos de Cinelight. ¿Te acuerdas de Adolfo?

—¿Está Adolfo?

—Sí. Menudas fiestas nos pegábamos los jueves, ¿eh?

—Sí, es verdad —asentí.

—Es un crac el tío. Y también están Luis y Jandro, con la grúa y la *steadycam*.

—A Jandro no lo conozco, pero a Luis sí. No sabía que había vuelto a la tele.

—Sí, ya ves, al final todos volvemos —dijo con cierto pesar. Aunque había estado en el candelero televisivo, Mateo seguía pareciendo el niño que venía sin saberse su papel porque había salido la noche anterior. Me parecía estar oyendo a Mamen, la maquilladora, quejándose de que no podía disimular los brillos de su cara porque su piel rezumaba alcohol. —Pásate, seguro que les mola verte.

—Estoy un poco liada, pero muchas gracias.

—Bueno, o si te va mejor, podemos tomarnos una copa en mi caravana. —De repente volví a ver al chico de dieciocho años; no había perdido ni un ápice del deje macarra que tanto gustaba a las

quinceañeras—. Me han puesto una supertocha, está aparcada detrás del parque.

—¿Yo tomándome una copa con Mateo Barrios? Voy a ser la envidia de todas las adolescentes. —Incluida Ruth, pensé, y me reí pensando en la situación.

—Que conste que es en plan de amigos. Lo juro —dijo poniéndose la mano sobre el pecho—. Ya se me pasó el cuelgue tan *heavy* que tenía por ti en la serie.

—¿Qué dices Mateo? Si te saco diez años —dije nerviosa, queriendo quitarle importancia.

—Seis —me corrigió él—. Pero vamos, que ya no —añadió—. Así que te puedes pasar después del rodaje, tranquila, y me cuentas tus nuevos proyectos.

¿Qué nuevos proyectos? ¿Demandar a mi jefa? ¿Superar que Darío pasara de mí? Mi único proyecto ahora mismo era zamparme una bamba de crema de mi tía Consuelo. O dos.

—Si puedo me paso. —Sabía que no iba ni a intentarlo. Pero no puedo negar que me sentí halagada al pensar en el Mateo de dieciocho años que se había colgado por mí. ¡Por mí! No por la actriz de moda, ni por la chica de vestuario, ¿era Natalia?, que era a todas luces mucho más guapa que yo. Se había colgado por mí.

—Vamos, que no te vas a pasar —dijo—. Siempre tan cabal, tan responsable. Imposible llamar tu atención en plató, siempre con un ojo en el decorado y otro en el combo de monitores. Y mira que lo intenté. ¿No te acuerdas de la fiesta de fin de rodaje en la calle Serrano? Esa en la que viniste con un vestido rojo.

—No sé —dije intentando hacer memoria mientras se me escapaba una sonrisa bobalicona.

—Mateo, ¿entras ya? —dijo un joven ataviado con el uniforme completo de auxiliar de producción: zapatillas deportivas, *walkie* y escaleta en mano.

—Te dejo. Me ha alegrado mucho verte, de verdad —dije y fui sincera; al menos, me recordó que en otra época alguien se fijaba en mí.

—Pero pásate, no seas tan muermo. Que estás de retiro espiritual, así que tiempo tienes.

—Yo no he dicho que esté... Da igual. Lo intento —dije poniéndome la mano sobre el pecho como había hecho él antes.

Enfilé el obrador de mis tíos con una sonrisa y un sentimiento absurdo de felicidad que dio lugar a una sensación extraña de injusticia. ¿Podía gustarle a Mateo Barrios, uno de los hombres más deseados del país, y no al imbécil de Darío? Solo que Darío no era imbécil. Era interesante, pasional, culto y, también, egoísta, despegado y con la empatía de una piedra. El enfado me subió hasta las mejillas y el contraste con el aire helado de la sierra hizo que notara que la piel se me cortaba. Cuando entré al obrador, llevaba los ojos llenos de lágrimas, pero la energía del cabreo avanzaba por mí, y cuando abrí la puerta, se desparramó en forma de llantina.

CAPÍTULO 17

—Tita, ya no puedo más —sollocé sin darme cuenta de que no estábamos solas.

—Cálmate, Tuli —dijo limpiándose las manos con su mandil blanco y abrazándome—. Ven, vamos a tomar el aire.

—¡No es solo por el despido, tita! Darío no me quiere. No le importo lo más mínimo —exclamé oponiendo resistencia a mi tía, que intentaba llevarme hasta la calle para tomar el fresco.

—Venga, Tuli. Sal.

—¡Que no, tía! ¡No hay aire en este pueblo que haga que Darío me quiera ni que me pueda devolver el trabajo! —dije ocultando mi cara entre mis manos.

—¿Julia? —me interpeló mi padre desde la puerta que daba acceso al obrador, a la que también se asomó mi tío Olmo.

—Papá, no sabía que estabas ahí. —Intenté recomponerme y disimular, pero ya era tarde.

—Si me echo a la cara altal Darío..., no sé lo que le hago —exclamó mi tío con un enfado que no era nada propio de él.

—Anda, Olmo, déjate de bravuconadas —le reprendió mi tía Consuelo—, que no te pega nada.

—¿Qué es eso de que te han despedido? Pero si eres la mejor decoradora de la tele —preguntó mi padre.

—No soy decoradora, papá —dije entre lágrimas.

—Bueno, hija, no te pongas así, que solo quiero animarte.

—¡Soy el hazmerreír de la profesión, papá!

—¡No digas tonterías, Julia! Eres el mayor de mis orgullos. —Pero las palabras de mi padre no hacían más que hacerme llorar más y más.

—¡Odio a Darío y a Amanda Muela!

—¡Que no pongan un pie aquí porque no sé lo que hago! —volvió a decir mi padre, con una entereza que nunca le había visto.

—¡Ni yo! —oí decir a alguien que no reconocí desde la puerta del obrador. Parece que tenía público y no había sido consciente.

—A ver, pongamos paz, que estamos todos sacando las cosas de madre —dijo mi tía Consuelo—. Ale, Manolo, tu barra de pan; te la regalo —añadió sin dejar ni entrar al cliente que había presenciado toda la escena, dándole el pan con un gesto brusco para echar el pestillo de la puerta por dentro—. ¿Qué es un trabajo, Tuli? ¿Y un hombre? Vamos, vamos. Que estés llorando por esto me saca de mis casillas, te lo digo —me reprendió mientras me limpiaba las lágrimas.

—Ya está, mira, tan preocupada que estabas porque tu padre se enterase de que no estás yendo a trabajar, y no pasa nada. ¿A que no, León? —comentó mi tío Olmo con su poco tacto habitual.

—¿Cómo que no estás yendo a trabajar? Pero si ha tenido exteriores todas las noches de esta semana, ¿verdad, Julia?

No pude contestarle porque otro golpe de llanto se apoderó de mí. La culpa y la presión, además de lo incómodo de la situación, me hicieron sentir como una niña de nuevo.

—Venga, menos dramas, hermano. ¿Quién no ha echado una mentirijilla para no preocupar a los que quiere? —dijo mi tía con tono inquisitivo—. Pues la chica no sabía cómo contároslo, y entenderás que, como tía y madrina que soy, pues la he tapado para que ella decidiera cuándo te lo contaba y ya está. No hay que darle más vueltas. Que no es la primera que se queda en paro, ni a la que deja un novio. Ni que miente —añadió con aplomo.

La templanza de mi tía nos dejó a los tres sin saber qué decir. Mi padre me abrazó y mi tío me puso la mano en el hombro, pero un codazo de mi tía le alertó de que con él no había terminado.

—Y tú, Olmo, ¿cuándo vas a aprender a tener la bocota cerrada? ¡Es que no hay manera contigo!

—Pero, Consuelo, ¡a ver si ahora va a ser culpa mía que el Danero ese no quiera a nuestra niña!

—¡Olmo! —le regañó mi padre.

—Vale, vale. Me voy, que he quedado con el maestro y aquí parece que no hago nada bien.

—Llévale esto —dijo mi tía envolviendo en un periquete dos panecillos de aceite y una trenza de manzana—. Y dile que gracias por lo de Ruth.

—¿El qué de Ruth? —preguntó mi tío Olmo.

—¡A ti te lo voy a contar! De eso nada —sentenció mi tía Consuelo—. Y vosotros a casa, que tenéis mucho que hablar. ¿O no, León?

Pero lo cierto es que mi padre no quiso preguntarme casi nada sobre el despido. Cuando llegamos a casa, hicimos una pizza congelada de mi cargamento de comida basura y lo rematamos con unas medias lunas de anís de Adelina que había en la alacena y que estaban riquísimas. Nos tumbamos en el sofá, en un silencio respetuoso y calmo que me reconfortó, y mi padre fue cambiando de canal hasta llegar a uno de esos programas de reformas estadounidenses que a mí me encantaban. Y entonces, la mejor idea que había tenido en mucho tiempo me encogió el estómago.

—Papá, ¿y si te ayudo con la reforma del obrador? Ahora que ya sabes todo, podíamos trabajar juntos, ¿no? —dije con entusiasmo.

—¿Pero no decías que no eres decoradora?

—Hombre, es que no lo soy, pero te puedo ayudar muchísimo con los acabados, los materiales... ¿No te apetecería? Además, así no hace falta que estés tanto tiempo aquí. Mamá seguro que me lo agradece.

—Bueno, eso no es problema —dijo mi padre con cautela y un punto de duda en su voz que no me pasó desapercibido.

—Por supuesto, tú tienes la última palabra. Serías mi jefe —añadí, y al no ver convencimiento por su parte, continué—: Y a mí me vendría muy bien tener algo que hacer aquí en el pueblo. Dime que sí, papá —rogué forzando una voz infantil.

—Lo pienso.

—Por favor.

—Pero hoy nos lo tomamos de descanso —claudicó mi padre.

—¿Eso es un sí?

Su sonrisa lo confirmó y yo solo pude abrazarle tratando de ahogar un gritito de felicidad que se asomaba a mi garganta. ¡Cuántas veces había soñado con redecorar el obrador de la tía Consuelo! ¡Cuántas veces me imaginé de pequeña al otro lado del mostrador!, por poco que me apeteciese ahora dedicarme a eso. Si casi no sabía ni freír un huevo; mucho menos, amasar pan o coserme un botón, como bien me había dicho unas noches antes mi tía.

Pasamos una buena parte de la tarde sorprendiéndonos por los resultados de las reformas, hasta que el móvil de mi padre sonó.

—Es tu tío. Tengo que acercarme a la taberna. Quiere que ayude a Andrés con una cosa.

—¿Quién es Andrés? ¿Le conozco?

—Es el maestro. Ha venido nuevo este año y tiene al pueblo revolucionado. Que si teatro, baile, campeonato de juegos de mesa, y ahora quiere que ayudemos al pobre Vicente con la cuadra, que se la tiró la tormenta.

—Ha hecho muy buenas migas con el tío, ¿no? — pregunté recordando las palabras de Ruth.

—Sí, es que le ayuda con el huerto. Y por lo que ha dicho Consuelo, también debe ayudar a Ismael con Ruth. La pobrecilla...

—Ya lo sé. Ha perdido a su madre —dije recordando el corte que me había dado cuando intenté ayudarla.

—Pues sí. Una lástima.

—Es una chica fuerte, y tiene un carácter...

—Como su tía —dijo mi padre, y nos reímos los dos pensando en la tía Consuelo.

—Venga, luego te veo para la cena.

—Igual salgo a ver a unos compañeros que están grabando aquí.

—Avísame si no vienes, ¿vale?

CAPÍTULO 18

Salí de la casa con la sensación de haberme quitado un gran peso de encima. Mi padre ya sabía la verdad y supuse que, en cuanto saliera de la casa familiar, mi madre estaría al corriente. Hasta su llamada de «yatelodije» me parecía mejor que continuar ocultándolo.

Lo de Darío era otra historia, una traición. Y me dolía, vaya que si me dolía. Caminaba pensando en cómo sería esa mujer con la que había quedado, mientras me debatía entre acercarme a ver a Mateo o no hacerlo. Algo en mí quería ir. No tenía nada que perder. Era un compañero. Pero también un hombre guapísimo.

Un sonido rítmico me distrajo. Comencé a escuchar unos pasos cada vez más cerca, pero al girarme no encontré nada. La calle estaba vacía, así que continué andando y, de nuevo, un baile de tacones resonó en el eco de la tarde. Paré en seco y lo vi. Era el pelo de Ruth, que se movía en el quicio del portal que tenía justo detrás.

—¡Ruth! ¿Qué haces? —dije en voz alta, pero no hubo respuesta —. Sal de ahí, anda.

Entonces, un golpe de su melena hizo que la luz de la farola tintineara al son de sus pasos. Cuando se dejó ver,

Me di cuenta de que llevaba un vestido rojo de punto y unas botas altas. Era realmente guapa.

—¿Por qué me estás siguiendo? ¿Y por qué vas así de arreglada?

—Porque si te hubiera pedido ir a ver a Mateo Barrios me habrías dicho que no.

—¡Pero si no voy a ver a Mateo!

—Ah, ¿no? Pues te acompaño a donde vayas.

Miré hacia delante de la calle vacía y divisé las caravanas de la producción. No podía negar que mi inconsciente había tomado la decisión por mí; pero no iba a admitirlo tan fácilmente.

—No voy a ver a Mateo Barrios. Voy a ver a Roberto, el ayudante de Amanda.

—¿La cerda de tu jefa?

—Ruth, no hables así. Aunque en realidad sí que es una cerda —me reí.

—La más cerda. Pero, ya que vamos, saludamos a Mateo Barrios.

—Ya veremos.

Caminamos juntas, ella resuelta y exuberante, yo cauta y silenciosa, rezando para no encontrarme con Amanda. Era curioso lo pequeña que me sentía bajo el influjo de Ruth.

Llegamos a la explanada donde habían instalado las caravanas de los actores principales y de maquillaje y vestuario. No había luz en ninguna de ellas, y lo que había parecido un aparcamiento en hora punta hacía solo unas horas, se había quedado vacío. Apenas media docena de coches que, a juzgar por el tamaño y la cilindrada, debían pertenecer a directores o a productores ejecutivos. Y, entre ellos, el descapotable rojo de mi exjefa. Ojalá cayera una nevada enorme que hundiera su ridícula capota *beige*.

—¡Dios, qué cochazo! —señaló Ruth observando con la boca abierta el biplaza de Amanda.

—¿En serio, Ruth? Es una horterada. Y, además, ¿qué pija imbécil viene a la sierra en un descapotable?

—Amanda Muela —oí decir a una voz masculina que reconocí al instante desde detrás de nosotras.

—Esa es la cerda de tu jefa, ¿no? —dijo Ruth.

Por un momento dudé de si sería tan desafortunada como para tener a Amanda y su ayudante detrás, escuchando toda la conversación. Por suerte, solo eran Roberto y Mateo, pero mucho me temía que Amanda estaría al tanto de todo esto antes de que pudiera abrir la boca.

—¡Qué guay que hayas venido, Julia! —dijo Mateo con su desparpajo habitual.

—Hola —dije intentando esquivar la mirada castigadora de Roberto.

—Ruth. —Se presentó ella sola, moviendo el vestido rojo como si fueran dos alas de mariposa, y cuando me quise dar cuenta estaba en brazos de Mateo plantándole dos besos.

—Roberto es el único enrollado en toda la serie. De mis compis ninguno se queda aquí alojado; están muy liados con sus entrevistas y *premiers* —dijo Mateo refiriéndose al resto de actores—. Y los jefazos están descansando en un parador, así que solo quedamos Roberto y yo.

—Y nosotras —añadió Ruth con una sonora carcajada.

—Sí, y nosotras. Pero nos íbamos ya, ¿verdad, Ruth?

—¡No, no, Julia! Eres una aburrida, vamos a divertirnos un poco —replicó la chica.

—Ruth, tienes diecisiete años —le dije entredientes, en tono amenazante.

—Eso, Julia, no seas triste. Si hasta tengo Malibú y Pepsi *light* —dijo Mateo.

—Puag. ¡Qué mejunje es ese! —dijo Roberto.

—Eso, señores y señorita —dijo mirando a Ruth—, era lo que se tomaba esta muchachita cuando trabajamos juntos. Menudos pelotazos se tomaba aquí la amiga —comentó Mateo muerto de la risa. No podía creerme que recordase lo que tomaba hacía tantos años.

—Yo lo quiero probar —dijo Ruth, y se agarró del brazo de Mateo y del de Roberto, dejándome un paso por detrás, como un cachorrito perdido. Les seguí, no podía dejarla sola con Roberto, y mucho menos con Mateo. Era una niña. Pero algo me decía que no era la primera copa que se tomaba ni la primera vez que se colaba en el camerino de un actor. Subió a la caravana con suaves movimientos de gacela, lanzando sus largas piernas como si bailase. No podía apartar los ojos de ella. Ruth había nacido para ser protagonista.

Me sorprendió el interior de la caravana, era mucho más grande de lo que parecía. Nos sentamos en un sofá de piel blanco y Mateo se encargó de servir las copas. Ruth, por supuesto, se levantó a ayudarle, y Roberto y yo nos quedamos frente a frente, sin decir palabra. No iba a ser yo quien le diera el gusto de dirigirme a él.

Tenía la esperanza de no tener que volver a hablar con él o con Amanda hasta el día del juicio. Los iba a demandar y ellos ni siquiera lo sabían aún.

—Malibú con Pepsi *light* para todos, que hay que guardar la línea —celebró Mateo poniendo dos copas encima de la mesita auxiliar que servía de mesa de estudio, como pude adivinar al ver la pila de guiones sobre ella.

—Sobra uno. Ruth no puede tomar Malibú.

—¿Y eso? ¿Eres alérgica al coco? —preguntó Mateo.

—¡No! —respondió desairada Ruth. Y añadió recapacitando—: Soy intolerante, y luego me levanto fatal.

Me lo temía. Ruth no pensaba revelar su edad.

—Te entiendo, a mí me pasa eso con el queso, al otro día siempre me arrepiento —dijo Roberto llevándose las manos al estómago.

—Pues no tengo otra cosa. Yo ya no le doy al alpiste —explicó Mateo—. Ahora soy un chico sano.

—Se toma una Pepsi *light*, que ella es muy deportista también —dije intentando congraciarme con Ruth. Al menos podían hablar de algo que no fueran las fiestas que me pegué de joven. Aunque sospechaba que no era amante del ejercicio físico. Pero la joven pareció coger el guante y enseguida estableció una conversación sobre una *influencer* que hacía yoga a la que tanto Roberto como Mateo conocían. De nuevo, me sentí como el cachorrito repudiado.

Nunca había visto así a Roberto. Dos copas de Malibú y era como un motor a reacción; no podía parar de hablar y bromear. Interrumpía las conversaciones con estruendosas risotadas y daba sonoros manotazos a Mateo cada vez que quería decir algo. Mateo y Ruth se reían con complicidad al ver lo beodo que estaba Roberto, y yo, en un segundo plano, no podía dejar de pensar en cuántas veces me había llamado la atención por boca de Amanda en plató y lo lastimoso que era verle perder así el control. Si lo pensaba bien, nunca lo había visto con la guardia bajada. Siempre estaba Amanda o la sombra de ella planeando sobre el encorsetado de Roberto. Siempre alerta, siempre dispuesto a dorarle la píldora. Estaba bien adiestrado, pero nadie contaba con la habilidad de Mateo para

mantener el nivel de la copa y con que ni Ruth ni yo íbamos a beber, así que su acólito acabó con la botella entera en menos de una hora.

Y entonces ocurrió lo más bochornoso. La risa y las ganas de hablar de Roberto y contar anécdotas se tornaron en llanto. De repente, su metro ochenta se había hecho una rosca sobre el suelo de parqué encerado de la caravana y era imposible descifrar las pocas palabras que atinaba a decir entre sollozos.

—La... la... la... la... odio... —gimoteó.

—¿Ha dicho que me odia? —pregunté indignada.

—No —dijeron Mateo y Ruth al unísono, más para tranquilizarme que por convencimiento, pues era evidente la tensión entre nosotros.

—No —dijo Roberto—. A... ma... ma...

—Creo que tiene un problema con su madre —dijo Ruth.

—¡Como todos los adolescentes! ¿Verdad, Ruth? — apostilló Mateo.

—Yo no soy una adolescente —sentenció Ruth, y temí lo siguiente que diría.

—A mí no me la das. No tienes ni diecisiete —se atrevió a decir Mateo.

—Y tampoco tengo madre.

Lo sabía. Esa frase me hizo sentir que una losa volvía a caer sobre mi espalda. Intenté poner mi mano sobre el hombro de la chica, pero esta dio un paso hacia delante con un respingo. Los gritos de Roberto nos sacaron del silencio incómodo. Mateo no debía ser tan buen actor, porque el color abandonó sus mejillas y, por más que intentaba encontrar las palabras, no lograba decir nada.

—Aman... da. Odio a Amanda —dijo Roberto lloriqueando—. Me hace la vida imposible.

No pude evitar que se me escapara una sonrisa. Al menos no era la única que sufría su mal carácter. Pero ¿Roberto? Esto era toda una novedad.

—Todos la conocemos, colega. Es una mujer envidiosa y eso es lo peor que puede ser una mujer —dijo Mateo. En otra ocasión habría dicho que eso era un micromachismo, pero en esta ocasión estaba de acuerdo.

Pasamos la siguiente hora despellejando a Amanda Muela e intentando que Roberto no hiciera una locura y cogiera su móvil para dejar su puesto como ayudante de escenografía y dirección de arte. Aunque, en el fondo, debo admitirlo, yo estaba deseando que ocurriera. Me imaginaba la cara de mi exjefa al quedarse sin su brazo derecho, porque, más que ayudante de escenografía, era su asistente personal. Ahora mismo dudaba de que Roberto hubiera dibujado ni un solo plano en el último año.

Cuando Roberto se recompuso, después de ducharse y vestirse con la ropa de Mateo, eran casi las doce de la noche.

—Nosotras tenemos que irnos, que Ruth mañana trabaja.

—¡Qué pena, Julia! Con el pesado de Robertito no hemos podido hablar de nada. Tendremos que volver a vernos.

—¡Claro! —respondió por mí Ruth.

—Bueno, chicos, ha sido una noche... —no sabía muy bien cómo calificarla—interesante —dije por fin. Y al ver que Roberto me sonreía desde el sofá, sentí pena por él y por lo que se le venía encima. Así que me acerqué y le dije—: No es personal, pero quiero que sepas que os voy a denunciar. No a ti —aclaré—. Voy a denunciar a Amanda y a la productora.

—¡Así se hace! —dijo Ruth—. Esa cerda se merece que alguien le dé su merecido.

Me reí nerviosa al ver que todos me miraban orgullosos, incluso Roberto.

CAPÍTULO 19

Me desperté ilusionada. Tenía un montón de planes para la reforma del obrador: proveedores, tiendas y muchas ideas que quería presentar a mi padre. Me levanté y me dirigí a la cocina, tenía la esperanza de encontrarlo allí, en la mesa de la abuela María, desayunando pan con aceite y escuchando la radio como tantas mañanas hacía en aquel caserón de piedra; pero no.

En lugar de eso, la imagen de un señor canoso y con la postura cansada, enfundado en un mono de trabajo gris, me asaltó como un fantasma. ¿Cuándo había envejecido tanto mi padre?

—¿Y esa ropa? —pregunté intentando sonar graciosa, aunque la verdad es que ver por primera vez a mi padre como un señor mayor no me había hecho ninguna gracia, sino que me había dejado un poso amargo.

—Venga, Julia, menos bromitas, que nos vamos a ayudar a la cuadra de Vicente.

—Vale —dije tímidamente—, pero antes tengo un montón de ideas para el obrador de los tíos.

—Anda, anda, no tengas tantas prisas. Después de cuarenta años sin cambiar un baldosín, creo yo que podrán esperar —dijo mi padre con una actitud muy poco propia de él. Cuando tenía un proyecto entre manos era casi tan impaciente como yo.

—Pero, papá, cuanto antes empecemos, antes te liberas de estar yendo y viniendo hasta aquí.

—Tienes razón, hija, pero me he comprometido con el señor maestro.

—¿El señor maestro? ¿Qué estamos, en 1910? — pregunté con ironía mientras cogía un batido de cacao de la despensa, que parecía iba a ser mi único desayuno hoy. Bendita compra de comida basura.

—Ay, es que de tanto hablar con los vecinos y los tíos se me ha pegado —se rio mi padre.

—Pues sí que te estás mimetizando con el pueblo, para cuatro días que llevas en Montejo.

—¡Al lío! Coge las herramientas que hay en esa bolsa y las llaves del coche y abrígate, que vamos a estar a la intemperie —añadió mi padre, azorado e intentando desviar la conversación hacia otros derroteros.

Nos montamos en el todoterreno azul noche de mi padre no sin cierta emoción. Tenía ganas de ayudar al pobre Vicente; lo recordaba sentado en la puerta de su casa en verano, solo, mirando pasar a los niños, sin más propósito que echar la tarde y contagiarse de la alegría que tanto le faltaba. Era viudo desde muy joven. «Los animales son muy esclavos», decía siempre, y supongo que sus cien cabezas de ganado le impedían llevar una vida más distendida y socializar más. Para cuando llegaba a casa y se quería quitar el olor a vaca de las manos y la ropa, era demasiado tarde para ir al bar, a la casa del pueblo o a cualquier sitio, así que treinta años llevaba guardando luto por su Marisol, quisiera o no.

Todos le compadecían en cierta manera, pues era un hombre honesto e ignorante, como lo son los pastores de linaje, y bruto en las maneras, pero no en los sentimientos. Y estaba muy solo. Supongo que hasta el señor maestro, en los escasos cinco meses que acontecían del inicio de curso, se había percatado de su necesidad.

Ya me estaba imaginando al tal Andrés, un santurrón que haría las delicias de las mujeres del pueblo, afable y hablador para lograr encajar con los hombres rudos de la sierra siendo forastero. Por lo visto a mi tío Olmo lo tenía en el bote, así que debía ser, cuanto menos, una buena persona.

—Papá, ¿qué tal es el maestro?

—Pues no sé, hija. Es trabajador, eso seguro, y le gusta el campo, así que creo que puede echar raíces aquí. Aunque para eso tendría que encontrar a alguien que quisiera vivir en el pueblo.

Me lo imaginaba: otro solterón, quizá incluso ni había salido del armario todavía. Eso explicaría las clases de teatro y de baile. Hasta

me sorprendí a mí misma por lo poco original de mis prejuicios.

—¿Qué vamos a hacer en la cuadra de Vicente?

—Pues lo principal es construir un techado para que los animales no duerman a la intemperie, pero antes tengo que ver cómo ha quedado la estructura y ver si se puede aprovechar algo de la nave que había. Conociendo a Vicente, debía estar en muy mal estado...

—Pobrecillo —dije en voz baja; la imagen de aquel hombre tan solo me creaba una tristeza muy honda—. Qué suerte han tenido de que estés aquí estos días.

—Pues sí —sentenció mi padre, y giró el volante en una maniobra que parecía requerir de él toda su concentración. Entonces, al pasar un enorme nogal, vi al menos veinte coches aparcados en una era y lo que parecía un naufragio en tierra. Vigas y ladrillos huecos amontonados por todas partes, y al fondo, vacas, cientos de ellas. Parecía que a Vicente le había ido muy bien en los últimos años.

—¿Y toda esta gente? —pregunté atónita.

—No subestimes el poder de convocatoria de un maestro, Julia.

—Ya veo. Parece una *rave* —dije absorta por la escena. Docenas de personas descargando material de coches y furgonetas; había incluso niños.

—Y esos niños, ¿no van a la escuela?

—Por lo que oí a tu tía Consuelo ayer, el maestro se ha cogido un día de asuntos propios y, claro, no había sustituto, así que han cerrado la escuela. Supongo que algunos de los abuelos al cargo han decidido traerse a los nietos. Casi todos, vamos. Creo que en el cole hay doce niños, y aquí debe haber al menos diez —dijo mi padre haciendo una estimación vaga y sin poder evitar que se le escapase una sonrisa.

—No sé si eso es muy educativo —añadí; no sabía muy bien por qué, el maestro me caía mal, quizá de tanto oír a Ruth quejarse de él.

—Claro que lo es. Estos niños van a aprender más en una jornada ayudando a alguien de su pueblo y viendo trabajar a sus abuelos que en tres días de libro en clase.

—Visto así... —observé maravillada por la mente abierta de mi padre y un poco avergonzada por mi comentario, aunque no tuve tiempo de pensar mucho en ello, pues dos golpes en el cristal me sacaron de mis pensamientos y me pusieron frente a frente con un hombre de dimensiones enormes y piel rosada. Su cabeza totalmente desprovista de pelo era de una redondez perfecta. Dos ojillos marrones sonreían al otro lado del cristal. Me resultaba familiar.

—¡León, aquí! Aparca aquí, que hay mucho barro para meter ese bólido —dijo con una voz grave que no acompañaba a su imagen de bonachón.

—Es Ubaldo, el de Trini.

—No puede ser —dije entre dientes—. Es un año más joven que yo y parece un... viejo.

—No te quito la razón.

Cuando salimos del coche Ubaldo me dio un abrazo tan grande como él, pero enseguida alguien le llamó desde lo que quedaba de la cuadra y se disculpó con nosotros, no sin antes invitarnos a tomar un café calentito. Parecía que la jornada estaba muy bien organizada. Habían montado un cáterin mejor que los de la tele, y un señor con la boina calada hasta los ojos empezaba a preparar un fuego para hacer unas puches como las que hacía mi tío Olmo para su cumpleaños; comida de pastores, decía mientras se abría paso con su tajada de pan en el caldero. No me sorprendió verlo cerca del cocinero.

—Tuli, te has animado a ayudar. Ya verás qué bien.

—Sí, tío —dije respondiendo a su abrazo, y me di cuenta de que en Madrid, salvo Paula, nadie me abrazaba. Y de nuevo mis pensamientos volvieron fugazmente a Darío.

—Te voy a presentar al maestro, ya verás qué partidazo —añadió guiñándome un ojo.

—¡Tío! —me quejé yo, pues con él había un puñado de hombres que yo no conocía y a los que la idea les pareció muy divertida, a juzgar por sus caras.

—Anda, que el Dinio ese no te quiera no es razón para cerrarse al amor, sobrina.

—Darío —corregí yo, y al darme cuenta de lo ridículo que sonó busqué a mi padre entre el gentío para escapar de allí. Menos mal que mi padre era mucho más perspicaz que mi tío Olmo y, aunque estaba en una conversación con varias mujeres, entre ellas Adelina y su hermana, estuvo al quite para sacarme de la bochornosa conversación.

—Gracias, papá —le susurré agarrándome fuerte a su brazo.

—En realidad estaba deseando escaparme. Socorro es incluso más pelma que su hermana Adelina.

Me reí al ver en mi padre un gesto de exasperación. Me resultaba muy cómico que esa mujer le pareciera tan pesada. A medida que nos adentrábamos en el terreno, los daños de la tormenta se hacían más palpables. Había cuadrillas de hombres sacando escombros, y otros, revisando lo poco que quedaba en pie de la estructura. Mi padre se encaminó con paso firme hasta ellos y, después de un saludo breve, se unió a ellos al cargo de las mediciones, comprobaciones y anotaciones. Había algo en su forma de trabajar que me parecía mágico. De su mente y de los dibujos hechos con sus propias manos habían salido infinidad de edificios, casas y hasta una biblioteca. Y hoy, en aquel paraje inhóspito y devastado, sus ojos azules seguían buscando la manera de levantar un nuevo futuro. Esta visión me volvió a despertar ternura y tristeza. Mi padre ya no era un hombre joven y por primera vez me había dado cuenta de lo sabio y vulnerable que me parecía. Justo lo contrario a mi madre, pensé, que a medida que había envejecido, había ido adoptando unos rasgos más felinos, más impertérritos (cosa del bótox), y había ido afilando más su estilo, líneas rectas, colores fuertes: rojo, negro, azul cobalto y taconazos imposibles con los que pisar cada vez más alto, más fuerte. Supongo que mis padres volvían a estar en momentos de sus vidas diferentes. ¿Se encontrarían de nuevo alguna vez?

En esos pensamientos estaba cuando Ubaldo me llamó desde una esquina de la cuadra. Me acerqué con timidez, quería ver a mi padre trabajar, pero había venido a ayudar, así que acepté con gusto la tarea que me encomendó aquel gigante: sacar al contenedor sacas llenas de pastos húmedos y desechos.

A medida que transportaba las sacas, el olor húmedo y putrefacto de la alfalfa y la cebada mezclado con los excrementos de las vacas me golpeaba las fosas nasales con tal fuerza que en dos ocasiones tuve que pararme a coger aire, pero seguí sin bajar el ritmo. Encontraba en el trabajo manual cierta paz; el sudor que me mojaba el pelo a pesar del frío helador de enero en la montaña me reconfortaba, todavía había muchas cosas que podía hacer que no eran trabajar en la tele. Era una mujer fuerte y estaba dispuesta a esforzarme. Encontraría algo.

Fue entonces cuando la vi. Ruth movía su melena a un lado y a otro, creo que por un momento todo se paró y no hubo nadie en aquel lugar que no se girase ensimismado a mirar a la muchacha contonearse. Se interrumpieron las conversaciones y, en el silencio expectante, un rayo de luz brilló más intenso, hasta que con un nuevo golpe de su cabellera Ruth pareció darnos permiso para seguir con nuestras tareas. Pero yo me tomé un descanso para poder observarla desde lejos. Me acerqué hasta la mesa en la que habían dispuesto los desayunos y Adelina me tendió un café con leche, y yo me serví una magdalena; no era como las de mi tía, pero después de dos horas trabajando me supo riquísima. Me aparté un poco de la mesa; Ruth se movía como pez en el agua y yo quería verla sin tener que responder preguntas indiscretas de los vecinos de Montejo.

Ayudar, lo que se dice ayudar, Ruth no ayudaba mucho. Iba de un lado a otro, entraba en conversaciones, agarraba un rastrillo, una pala, y sin ni siquiera empuñarlas saltaba a otro grupo, interrumpiendo su faena; pero lo hacía con tal arte que todos la sonreían y jaleaban. Entonces alguien señaló el grupo donde se encontraba mi padre, todos circunspectos, serios, brazos cruzados sobre el pecho; estaba claro que no había mucho que hacer por aquella desvencijada estructura. Y Ruth no se lo pensó, puso rumbo al grupo, con pies ligeros, barbilla alta y un nuevo golpe de pelo que anunció su llegada. Podía sentir los tambores aborígenes acompañando su juego de caderas. Sonrió y saludó a todos en un gesto espontáneo y, de la nada, agarró el brazo de un hombre alto y

lo sacó del grupo. Yo ni me había percatado de su presencia. Era un sabio más en su pequeña reunión. Pero no. No era uno más.

Nunca lo había visto, debía ser de mi edad o algo más mayor. Quizá, el hijo de algún vecino; puede que incluso el hermano menor de alguno de mi pandilla de verano... ¿Carlos? No, ni hablar, tenía una constitución fuerte, de espalda ancha y piernas largas que nada tenían que ver con el hermano de mi amigo Leandro. ¿El hermano mediano de los Aliende? Imposible, tenía una barba rubia perfectamente recortada y espesa, y que yo recordara, todos en aquella familia eran morenos y poco agraciados.

Definitivamente, no le conocía. Pero Ruth parecía tener confianza con él, aunque, por lo poco que yo sabía de lenguaje corporal, él no se sentía cómodo con ella, y a pesar del acecho elegante y firme de la joven, el hombre se resistía a dejar al grupo de hombres en el que estaba. Quizá era alguien del ayuntamiento. Se zafó de Ruth con sutileza y desapareció de nuevo entre las cabezas pensantes y tomó la palabra. A juzgar por cómo le escuchaban, debía ser alguien muy entendido. Con maneras elegantes, disolvió la reunión, asignó a cada hombre un quehacer distinto y se acercó junto con mi padre hasta Vicente. Sus maneras masculinas tenían mucho de Darío. Sin embargo, no había en él afán de protagonismo, pero sí un carisma que embriagaba; incluso desde lejos podía apreciarlo.

Vi girar a Ruth sobre sus pasos y me pareció buen momento para volver a mi trabajo. No tenía ganas de aguantar la ira de la chica, a juzgar por su mirada altiva y su gesto; la reacción de aquel hombre la había enfurecido y no iba a ser yo el blanco de su enfado. Apuré mi café y cogí aire antes de volver a la pestilencia que me esperaba. Trabajé con ahínco, pero satisfecha con mi soledad. Pude concentrarme en la tarea, no sin cierto miedo de ser interrumpida por la muchacha, aunque gracias al cielo, eso no pasó. De hecho, creo que Ruth debió marcharse, pues cuando terminé con el gran montón de desechos no había ni rastro de ella por la finca.

Para mi sorpresa, en las cinco horas que había necesitado para poner fin a aquella montaña de alfalfa podrida, una gran estructura de madera se alzaba sobre lo que antes era el suelo de la nave de Vicente. Era una construcción sólida, con vigas que formaban un

tejado a dos aguas y que recordaban a los graneros que tantas veces había visto en las películas americanas. Pero, sin duda, lo que más me sorprendió fue ver cómo se trabajaba. Era una especie de baile, en el que los hombres del pueblo, muchos entrados en años y algunos jóvenes barbilampiños, subidos a un andamio de metal que no había visto antes, movían vigas, las levantaban empleando un sistema de poleas y hacían que el esqueleto de aquella cuadra fuera ampliándose casi como por arte de magia. Y, en aquella danza, el director parecía ser ese hombre desconocido del que yo no podía apartar la mirada.

Parecía que el trabajo estaba hecho. En un momento el andamio se desmontó y un reguero de obreros ataviados con monos de trabajo y chaquetas de lana deslucidas se agolparon en torno a la lumbre y el enorme caldero de puches. Por muy grande que fuera, era imposible que de él pudieran comer todos aquellos hombres después del trabajo titánico de aquella mañana; hasta yo sentía cómo mi tripa saltaba estallando en quejas. Estaba muerta de hambre.

—¡Hija, por fin te encuentro! —oí decir a mi padre desde detrás de mí.

—No te acerques mucho, papá, apesto —dije señalando mi abrigo salpicado y mis botas cubiertas de excrementos y barro.

—¿Qué te parece la estructura? Mañana la revestiremos de madera y espuma aislante.

—Increíble —respondí con sinceridad—. Aunque estoy muerta de hambre.

—Sí, yo también. Lo mejor será irnos a casa a comer, aquí no hay condumio para tanto trabajador exhausto —observó mi padre, y aquellas palabras me decepcionaron por completo. Yo quería mi ración de puches, me lo había ganado.

—Pero no tenemos comida.

—¿Cómo que no? ¿Y el cargamento de ultracongelados que te trajiste de Madrid?

—¿En serio? ¿Desde cuándo León Carrero come ultracongelados?

—Te sorprenderías —comentó mi padre, divertido.

No sabía muy bien si me molestaba más no comer las puches o no tener oportunidad de coincidir con aquel desconocido. No necesitaba hablar con él, ni siquiera saber cómo se llamaba, solo quería observarlo. Quería saber cómo sonaba su voz y cómo interactuaba con el resto de hombres. Había aprendido por mi trabajo que solo una buena persona puede ser un buen líder, y sin duda él lo era.

Nos montamos en el coche y pusimos la calefacción al máximo. No me había dado cuenta de cómo me dolían las manos hasta que me senté e intenté desanudar el cordón de la capucha de mi abrigo. Olía mal y estaba sudada.

—Necesitas una ducha, Tuli.

—Gracias, papá, no lo había notado —dije con sorna mientras levantaba un brazo intentando ver si el olor corrosivo y fuerte venía de mi axila. No, definitivamente eran mis botas, pensé, cuando dos fuertes golpes en el capó del coche me hicieron encogerme en mi asiento. Alguien tenía que enseñarle a Ubaldo otras formas de hacer que alguien aminorase la marcha.

Bajé la ventanilla como una autómata con el gesto torcido. Me imaginaba la broma de aquel hombre enorme tras verme olisquear mi axila, y me daba pereza solo pensarlo. Pero a quien encontré no fue a Ubaldo, sino dos ojos marrones serenos y profundos y una sonrisa tímida.

—León, ¿no os quedáis a la comida? —preguntó reparando en mí y sonriendo a modo de saludo.

—No, qué va, tenemos comida en casa y mi hija necesita una ducha.

—Sí —fue todo lo que pude decir. Todavía esperaba la cabeza redonda de Ubaldo y no a aquel desconocido.

—Eres Tuli, ¿no? —me preguntó.

—Bueno, soy Julia.

—Perdona, es que tu tía siempre te llama Tuli.

—No, no. No pasa nada —añadí sin saber muy bien de qué se conocían y por qué mi tía le hablaba de mí.

—Yo soy Andrés, el maestro —se presentó por fin, y entonces noté cómo mi cara me delataba. Eso sí que era una sorpresa. El

maestro era ese hombre atractivo e interesante que me miraba de reojo y que, recordé de repente, me había visto olerme un sobaco; y no el solterón amanerado y beato que yo me había imaginado.

—Si te quedas por aquí, igual puedes ayudarme con una cosilla —dijo, y su cara se tornó en la de un niño. Había ilusión en sus ojos, más de la que había visto en mucho tiempo. Quizá ese era el secreto para que todo el mundo arrimase el hombro ante cualquier propuesta del maestro. La ilusión.

No tuve tiempo para responderle porque su móvil empezó a sonar y por un momento dudé de si era el mío; el mismo tono de llamada, y yo diría que el mismo modelo, pero no pude saberlo porque, mientras respondía la llamada, alguien lo reclamó desde el remolino de gente sobre las puches y echó a andar hacia ellos mientras se despedía de nosotros con una sonrisa. Estaba segura de que había dado por sentado que estaría dispuesta a ayudarle, pues me hizo un gesto señalando su teléfono mientras se alejaba.

—Este sí que es un buen partido, hija —comentó mi padre, y subió la música para no oír mi queja y arrancó satisfecho.

CAPÍTULO 20

Un golpe seco y varias vibraciones nos sacaron a mi padre y a mí de la placentera siesta a la que nos habíamos abandonado tras las duchas y el festín de pizzas congeladas y canelones de atún recalentados. Me levanté del sofá sorprendida porque afuera estaba empezando a anochecer, y fui hasta la cómoda de la entrada, donde mi móvil seguía vibrando contra el suelo.

—¿Quién es, hija? —preguntó mi padre todavía con los ojos cerrados y el mando en la mano. De nuevo nos habíamos dormido viendo un programa de reformas americano.

—Nadie —contesté al ver el nombre de Darío en la pantalla. Sostuve el teléfono en la mano hasta que dejó de sonar y volví a meterlo en el cajón. Pero antes de que lo volteara, estaba vibrando de nuevo.

—Pues parece que ese nadie insiste —comentó mi padre—. Cógelo, anda.

Sin decir nada, abrí la puerta de la calle y me refugié en la entrada de piedra haciendo tope con mi mano para que no se cerrase. No estaba dispuesta a caer de nuevo en sus redes, así que más me valía que despachase rápido aquella conversación inevitable.

—Dime —dije con intención de sonar cortante.

—Julia, por fin me lo coges. ¿Sabes que han entrado en mi casa?

—¿Quién? —pregunté yo, repasando el desorden que había dejado al irme.

—Pues no lo sé, pero han destrozado la colección de vasijas de Irina Sahmya. ¿Recuerdas que fui a Tánger para convencerla de que colaborase en mi siguiente exposición?

—¿En serio? —pregunté mientras el sonido de la caja cayendo sobre su bici resonaba en mi memoria con todo detalle.

—Sí, es un desastre. Y hasta han arrasado con mi cocina y parte de la comida —afirmó angustiado. Desde luego, Darío era capaz de convertir cualquier cosa en una historia digna de ser escuchada. ¿Su cocina arrasada? Me entraron ganas de reír y también una rabia incontrolable. No había pensado ni por un momento que yo hubiera sido la causante de todo ese caos; es más, no había tal caos, solo unas semillitas desperdigadas por el salón y unos cuantos bártulos tirados en su recibidor; sino que además me llamaba preocupado por si me había ocurrido algo. Darío el salvador.

—¿En serio? ¿Todo arrasado? —pregunté solo para ver si continuaba con su versión novelesca de la situación.

—Sí, cuando he vuelto del trabajo y me he encontrado con mi casa invadida, Julia; con mis cosas vapuleadas, me ha entrado una congoja enorme. Alguien ha invadido mi intimidad, mi lugar seguro, y entonces he pensado en ti, en si te hubiese pasado algo y... — Definitivamente, Darío estaba llegando muy lejos con su interpretación de los hechos, pero en ese momento lo único que mi mente retuvo fue el comienzo de su frase. Había vuelto a su casa hoy, es decir, no había vuelto a dormir ni a ducharse, ni a nada. No te quedas a dormir en casa de un amigo, te quedas con otra mujer, duermes con ella, te acuestas con ella, desayunas con ella. Era todo lo que podía pensar. Noté cómo todo ese enfado se apoderaba de mí, y sin titubear exclamé:

— Pues ya ves que estoy muy bien. Mejor que hace mucho tiempo —mentí—. Así que si quieres dormir en casa de otras y beber lambrusco barato y *hummus* insípido, hazlo, pero a mí no me llames más. Adiós, Darío.

Colgué satisfecha de mí misma, orgullosa y empoderada; pero por la reacción de Darío no debí ser lo suficientemente tajante, porque el móvil volvió a vibrar en mis manos una y otra vez. No tuve más remedio que apagarlo. No estaba segura de ser capaz de resistirme a otra conversación con Darío. Había varias llamadas de Paula, tendría que llamarla más tarde. También debía dar algún paso respecto a la denuncia y a mi futuro; limpiar excrementos de vaca estaba bien, pero no iba a darme de comer el resto de mi vida, y no estaba muy segura de por qué, pero mi padre parecía no tener

prisas por empezar el proyecto del obrador. Había muchas cosas por resolver en mi vida. Y entonces la imagen de mi madre sobre sus altísimos tacones mirándome con desaprobación vino a mi mente, y ya no se fue durante las siguientes horas de maratón televisivo y comida basura en que convertí lo que quedaba del día. Ni siquiera podía hablar con mi padre, que se había duchado y puesto su uniforme de diario: chino y camisa blanca inmaculada; y se iba a hacer no sé qué al pueblo de al lado. ¿Estaba mi padre molesto conmigo? ¿Por qué no arrancábamos con la reforma y apenas me contaba a dónde iba? Una caja de galletas de chocolate no me iba a quitar estas preocupaciones, pero tampoco iba a empeorar el asunto, así que me di a las galletas mientras veía las casas más increíbles de California.

CAPÍTULO 21

Me desperté en el sofá cuando el gallo de los vecinos anunciaba las primeras luces del día. Me dolía todo, tenía la pierna izquierda entumecida y migas de galleta por el pelo y por la cara. Un sofá nuevo no haría daño a nadie. La tele seguía encendida. ¿Por qué no me había despertado mi padre al volver?

Me asomé a su habitación, pero la cama estaba hecha, con las esquinas milimétricamente dobladas y los almohadones colocados en el centro exacto de la cama. O había madrugado mucho o no había vuelto a casa esa noche. Eso me preocupó, así que volví hasta el vestíbulo y saqué mi móvil del cajón. Marqué su número de memoria y esperé. Nada. Marqué de nuevo. Tampoco. Pensé en llamar a mi madre, pero recordé que estaría en París con su jefa. Así que me asomé por la ventana y vi que había luz en el obrador; mi tía ya estaría despierta. Cogí el abrigo y, sin pensarlo, salí a la calle.

El frío me cortó la piel y me humedeció el pelo, pero el olor a harina y a horno de leña me impidió reparar en ello. Así olía mi infancia. Me colé por la puerta del almacén trasero y encontré a mi tía cociendo leche para hacer nata en una gran cacerola de acero gris. El pañuelo en el pelo y el mandil bien limpio y ajustado, marcando cintura, como lo había llevado siempre.

—Tía, ¿sabes dónde está mi padre? —pregunté aún sin darle tiempo a que se diese la vuelta, aunque por la forma en que mi tía dejó de mover la gigantesca olla y cómo resopló supe que la había asustado.

—¿Qué haces aquí tan pronto? —me preguntó limpiándose las manos en el delantal—. ¡A mí no me des estos sustos!

—Lo siento, es que me he despertado y he visto que papá no estaba en su habitación.

—Yo qué sé, hija, habrá ido a ayudar a lo del señor maestro o lo mismo se ha ido a andar, que últimamente se está poniendo fondón —comentó mi tía mientras volvía a poner el fuego tan alto que desde mi sitio olía la nata cubriendo la superficie como una costra espesa.

—Pues me podría haber avisado para ir a lo del maestro —pensé en voz alta.

—Es guapo, ¿verdad? —me preguntó con sonrisa malévola.

—Anda, tía, qué tonterías dices —dije yo.

—Me vas a decir que tu Darío es más guapo.

—Pues sí, y más alto, pero...

«Pero no me quiere», pensé, y de nuevo sentí una oleada de rabia.

—Más alto, más alto... Si yo tuviera tu edad, iba a estar poniéndole pegas al maestro —murmuró mi tía mientras sacaba una bandeja de suizos del horno.

—¡Estás perdiendo la cabeza, tía! —exclamé divertida.

—Tú ándate con ojo, que la Luisa le quiere para su hija.

—No puedo contigo —admití mientras robaba un suizo—. Por cierto, ¿cómo vais con lo de la reforma?

—¿Qué reforma? —preguntó mi tía.

—La del obrador, me lo ha contado mi padre. Voy a ayudarlo. Total, para lo que hago aquí...

—Ah, bueno, en realidad sería un lavado de cara. Una reforma no, no, para nada, Tuli. Tu padre es un exagerado.

—¿Y qué idea tienes?

—Eso a tu padre, que no quiero yo contar lo que no es.

—Venga, tía, que me hace mucha ilusión ayudar.

—Pues yo que tú empezaba a buscar trabajo. ¿Qué vas a hacer aquí en invierno? Estar con viejos como tu tío y como yo. O peor, con viejos como los del pueblo.

—Me duele todo el cuerpo, voy a tumbarme en mi cama un rato —dije, un poco desilusionada por la actitud de mi tía.

—No te hagas la remolona y empieza a enviar currículums o lo que sea que hagáis para trabajar en la tele.

—Es que ya no quiero trabajar en la tele, tita.

—¿Ah, no? Y ahora, ¿qué quieres ser? ¿Bailarina?

—Se me olvidaba lo bruta que eres a veces.

—¿Yo? —se dirigió a mí con el dedo índice señalándose el pecho con una indignación palpable.

—Sí, tú. Como cuando mi madre trajo a su jefa y tú la echaste de la tienda por hablar en francés.

—¡Hombre! Me vas a decir que no es una falta de respeto si nadie de los que estábamos allí entendía el idioma.

—Bueno, estaba mi madre.

—Sí, tu madre. Ella entiende mucho, de todo. Así le ha pasado —refunfuñó—. ¿Quieres que te cuente lo que pasó esa tarde?

—¿Tengo otra opción? —respondí, pues no quería oír cosas que me hicieran más daño.

—Cuando la maestra vino al obrador a hablar con tus abuelos, los abuelos no se anduvieron con rodeos y la mandaron a hacer gárgaras; no había dinero ni veían la necesidad de que un hijo suyo estudiara más allá de lo estrictamente necesario. De hecho, si la temporada de campo lo requería, dejábamos de ir a la escuela y nadie se quejaba. Ni se nos ocurría decirlo.

—Tita, ¿eso qué tiene que ver con mi madre?

—¡Lo ves! ¡Qué poca espera tenéis los jóvenes de hoy! —rezongó y se giró para seguir con su relato mientras cacharreaba entre los utensilios de amasar—. El caso es que la maestra vino varias veces, a pesar de las malas caras, pero fue cuando el cura habló con la abuela Pura que consintieron que tu padre estudiara en el instituto. Al principio tu padre ni quería ir porque tenía que bajar con el hijo del practicante y las hijas de don Manuel, el antiguo maestro, y claro, imagínate el panorama: todos limpitos y relucientes con sus almuerzos en tarteras de metal, y tu padre oliendo a harina y a manteca.

»Con el tiempo se fue sintiendo cada vez mejor entre esa gente. León siempre ha sido muy listo y sabía cómo hablar a cada cual, así que, para cuando tenía que presentarse a las pruebas de la universidad, iba a casa del practicante a ayudar al hijo, que era bastante zoquete, con las cuentas, y a esas alturas ya se movía como pez en el agua en las casas de más poderío de Montejo.

»Cuando le dieron la beca para estudiar, a ninguno nos extrañó que cada vez viniera menos a ayudar al pueblo, aunque eso traía a tu abuelo Pedro por el camino de la amargura. Luego se puso a trabajar dibujando planos para un estudio de arquitectura en Moncloa, y entonces empezó a comprarse otras ropas, a comer por ahí; si hasta se hizo con un coche de segunda mano y en vez de venir más a vernos, se iba de viaje los fines de semana a ver catedrales, decía. Y ya no hubo vuelta atrás; conoció a tu madre.

»Y tu madre, qué te voy a decir de tu madre, bastante sabes cómo es cuando algo no le gusta, y el pueblo no le gustaba. Pero, para bien o para mal, la vida nos pone a cada uno en nuestro sitio, y la muerte de la abuela Pura fue lo que hizo a tu padre despertar y abrir los ojos a lo importante. A la familia de verdad, Julia. La abuela se fue sin poder despedirse de él, llevaba casi seis meses sin venir a verla, y en su lecho de muerte mi madre solo podía repetir: "Mi León, mi León, que no sabe que me muero; que lo llamen, que lo llamen», y ninguno nos atrevíamos a decirle que estaba en Oviedo de fin de semana con tu madre y que no llegaban a tiempo.

»Y el mismo día que la enterramos, tu padre cerró el trato para comprar la cuadra, y en cuanto pudo se hizo la casa, y, todo sea dicho, cuidó a nuestro padre hasta el último momento. Tu madre, en cambio, dejó de venir en cuanto empezó a trabajar en la embajada, siempre liada, siempre viajando... Y para colmo se atrevía a venir con la tal Anik, y anda que no se veía a la legua que ahí había algo más que una relación de trabajo. Pero tu padre... —titubeó mi tía recobrando la prudencia.

Me revolví en la silla. Sabía que la guerra entre ambas mujeres era una batalla perdida, así que me metí el último bocado del suizo en la boca y me puse de pie mostrando mi incomodidad. Quería acabar con la conversación; menos mal que mi tía entendía mi lenguaje corporal a la perfección. Así que haciendo gala de su perspicacia, se me adelantó:

—Pero bueno... ¡El pasado, pasado está!

—Tienes razón, tía. Sin embargo, prefiero seguir viviendo en la ignorancia. No voy a dedicar mi tiempo a revisar cosas pasadas para encontrar culpables —afirmé, aunque no podía negar que la

curiosidad por lo que pasó aquella tarde seguía en mi interior. ¿Por qué tenía que enrollarse tanto para contar cualquier cosa?

—Haces bien, hija. Y hazme caso y busca trabajo. Aquí te vas a morir de aburrimiento.

—Lo haré —añadí para zanjar el tema y volver a mi cama cuanto antes. Necesitaba poner mi cuerpo en posición horizontal y taparme con mi edredón hasta el mediodía.

Por desgracia para mí, las palabras de mi tía no me iban a dejar dormir: «busca trabajo, ¿qué vas a ser? ¿bailarina?»

Durante la siguiente hora no dejé de pensar en por qué quería dejar la tele, y no encontré una explicación contundente, más allá del ridículo que había hecho y los impedimentos que mi orgullo ponía. Había sido el hazmerreír del mundillo televisivo, pero confinarme en el pueblo, a pesar de las opiniones de Paula y mi tía, había sido una gran solución. Apenas había leído ningún mensaje ni me había intoxicado con los chismes que andarían corriendo de plató en plató. La realidad es que mi móvil tenía más de quinientos mensajes. Todos estaban al corriente de mi despido. Bien cierto era que todos habían oído historias sobre Amanda y su terrible fama. Quizá un nuevo comienzo en otra productora no era tan descabellado. En este momento necesitaba hablar con Paula. Era un directorio andante de productores y jefes de equipo. Conocía hasta al último auxiliar de cámara en activo. Y, me gustase o no, era mi mejor amiga y sus consejos casi siempre me salvaban de tomar una decisión torpe, como volver a ver a Darío. Ella lo caló desde el mismo momento en que la llamé para contarle que un desconocido me había parado por la calle para pedirme mi número.

«Menudo listo. No le habrás dado tu número bien, ¿verdad?»

Vaya si lo hice. No pude dejar de pensar en él en los siguientes dos días que tardó en llamarme.

«Paula, llevabas razón. No ha pasado ni una semana y ya quiero volver a la tele. Llámame, por favor».

Activé el sonido del teléfono y, por primera vez, no lo guardé en el cajón. Aunque iba a tener que hacer algo con todos esos mensajes que no me atrevía a leer. Ver la notificación de quinientos ochenta y siete mensajes de WhatsApp sin leer me creaba

muchísima ansiedad. Leerlos o pasar por cada una de las conversaciones y borrarlas también.

Entonces se me ocurrió una idea absurda, pero efectiva. Ruth.

CAPÍTULO 22

Eran casi las doce de la mañana y todavía no estaba lista. Iba a llegar tarde a ver a Ruth y no estaba muy segura de cómo se lo tomaría, pero por el entusiasmo con el que contestó a mi mensaje pidiendo ayuda, estaba segura de que diez minutos no la iban a matar. Después de agachar las orejas en una conversación interminable con Paula, me había mandado un listado enorme con nombres y *emails* de contacto; así que para no perder la energía y culpabilidad que sentía en ese momento, decidí mandar a todos en bloque mi currículum junto con unas líneas en las que quedaba claro que Paula González me había puesto al tanto del proyecto audiovisual del susodicho y que estaba interesada en formar parte del equipo. No se puede decir que poner a treinta personas en copia oculta fuera un gran esfuerzo por mi parte, pero al menos era un primer paso. Alguien llamaría. Según Paula, mañana por la noche ya estaría haciendo exteriores. Ojalá en esto también tuviera razón.

Me duché rápidamente y me puse el jersey largo y el pantalón de chándal que últimamente se había convertido en mi uniforme; dejé la chimenea encendida, como me había pedido mi padre en su último mensaje, y salí pitando hacia la carpintería del padre de Ruth. Comeríamos juntos, aunque de mis reservas de congelados quedaba poca cosa, pero la tía Consuelo siempre tenía un táper a mano con el que salvarnos el día.

Cuando llegué a la carpintería, Ruth estaba detrás del mostrador mirando su móvil y sonaba reguetón a todo volumen, así que supuse que su padre no estaba. Nadie que entre a una carpintería espera tantos decibelios ni la canción del verano en bucle, mucho menos en la sierra y menos aún a dos grados.

—Trae aquí, Julia. Vamos a cargarnos todos esos mensajes.

—Gracias, Ruth —dije, tendiéndole mi móvil y quitándome la chaqueta en un gesto automático, pues por mucho sonido playero la temperatura en el taller no debía pasar de los quince grados.

—Dios mío, hay mensajes de medio Madrid. Y de medio Netflix —añadió con los ojos como platos, mientras pasaba el dedo por las conversaciones y se detenía en el perfil de algunos de mis contactos; la mayoría eran un nombre y el programa o serie en la que habíamos coincidido—. Juan (Eternos veinte); me encantaba esta serie. Y María (Infieles). ¿En serio? Es el mejor *reality* de la historia.

—Venga, Ruth, elimina todos los mensajes.

—Espera un poco, déjame que vea eso que tanto te asusta mirar a ti.

—No me asusta —repliqué—, es solo que ya sé lo que hay. Muchas risas y muchas mentiras diciéndome que no me preocupe por nada, que esto se olvida.

—Y muchos emoticonos, la verdad —dijo pasando el dedo por la pantalla sin levantar la vista ni un instante.

—Así es todo ahora, haces el peor ridículo de tu vida y tus amigos te mandan una carita llorando de la risa o un corazón. ¿Dónde ha quedado la empatía? La escucha... —No pude terminar la frase porque la muchacha se levantó de su taburete y exclamó:

—Mateo Barrios. Te ha escrito Mateo Barrios.

—¿Mateo? No sé qué querrá...

—Pues parece que tomarse un café contigo. Van a volver a grabar aquí.

—No —exclamé horrorizada. Lo último que necesitaba era a Amanda y Roberto otra vez aquí.

—¿Y a este Darío qué le has hecho? Madre mía. ¿Por qué no le coges el teléfono?

—Es una larga historia, Ruth. No preguntes.

—No hace falta —respondió leyendo los últimos mensajes con una voz impostada tan profunda que podría parecer la de un hombre —. Julia, tenemos que hablar, ha sido un malentendido. Pensar que te podía haber pasado algo me ha hecho darme cuenta de cuánto me gustas. Llámame y hablamos. Te llamo y no sé qué pasa, tu móvil no funciona bien. ¿No funciona? Yo creo que sí.

—¡Será...! ¡Será...! ¡Que mi móvil no funciona! Es tan engreído. Lo que no funciona es su cabeza. ¿De verdad no ha entendido que paso de él?

—¡Así se dice, Julia! Por Mateo Barrios yo también paso de Darío y de quien sea... —Ruth no terminó la frase, y en mi enfado no me di ni cuenta de lo que intentaba decirme.

—Buf, estoy que trino. Borra todo y no mires más, vamos —apremié a la muchacha.

—Venga, no te pongas así. Eres toda una rompecorazones, eh, Julia.

—¡Qué tontería! Si tú supieras las estupideces que he hecho por Darío.

—Todas hacemos locuras por amor, pero esas no cuentan. El amor te nubla la razón, es como una enfermedad que te cambia por dentro —murmuró Ruth con la mirada puesta en el fondo del taller. ¿Quién habla así a los diecisiete años?

—Sí que cuentan, Ruth. No te creas eso de que todo vale en el amor —dije sabiendo que yo no me había aplicado aquel consejo que torpemente le estaba dando—. Tienes que respetar al otro, pero sobre todo respetarte a ti.

—Menuda sermón de mujer empoderada me estás echando.

—Tienes razón —asentí sin poder disimular una sonrisa—, pero es que eres tan joven para pensar que el amor es una enfermedad...

—No he dicho eso exactamente —contestó, y tuve la sensación de que un viento gélido me azotaba los riñones al ritmo de su pestañeo largo y lento que hacía que sus ojos parecieran los de una pantera.

—Bueno, algo parecido —me atreví a decir. Por suerte, mi móvil sonó. Era un número desconocido; salvada por la campana. Descolgué con la esperanza de que los emails con mi currículo estuviesen dando ya sus frutos—. Dame, dame —le pedí impaciente a Ruth.

Pero no era de ninguna productora, era Jorge, el marido de Lourdes, para decirme que ya había interpuesto la denuncia a Amanda Muela y que ahora teníamos la posibilidad de negociar antes de ir a juicio. Ni loca, no pensaba llegar a ningún acuerdo con

ella. Por otro lado, estaba convencida de que ella nunca daría su brazo a torcer. La suerte estaba echada. Creía firmemente que tenía razón y que se había cometido una injusticia conmigo. Lo que no tenía muy claro era el resultado; si todo resultaba como Jorge me había explicado, era posible que me readmitieran en mi puesto, pero eso era del todo insostenible. Nunca podríamos trabajar en el mismo plató. Solo quería que mi orgullo quedase intacto, si es que eso era posible después de aparecer en directo arramplando con medio decorado.

Me quedé un poco pensativa después de la llamada, ya no había marcha atrás. Ruth volvió al mostrador con dos bebidas que olían a pimienta y canela y cogió mi móvil de encima de la mesa. Lo desbloqueó y siguió borrando mensajes.

—Venga, rompecorazones, vamos a cargarnos a todos —dijo, y de repente me dio un poco de miedo.

—¿Cómo sabes mi código de desbloqueo? —pregunté.

—Ni que fuera una ecuación. Una ele invertida, Julia... ¿En qué año vives? Solo he tenido que mirar un poquito al trasluz para ver la grasilla en la pantalla.

No salía de mi asombro, pero no estaba molesta. En realidad empezaba a sentir mucho cariño por la chica.

—Bueno, eso y ser observadora; una miradita y lo tienes —comentó al ver que me quedaba callada—. También tengo el código de tu tarjeta de crédito —añadió divertida.

—¿Por qué será que no me extrañaría? —contesté con complicidad, y ambas nos reímos y volvimos a la tarea de borrar mensajes. Solo quedaban ciento noventa y dos mensajes.

Cuando terminamos, era la hora de comer. Llamé a mi padre para ver si necesitaba que comprase algo en el colmado de Ezequiel de camino para casa; con suerte lo encontraría abierto. Pero mi padre tenía otros planes. Íbamos a acercarnos a la cuadra de Vicente a comer; ya habían terminado de poner paneles y quería revisar el resultado. Pasaba a por mí en diez minutos. Ruth despareció en la trastienda del taller y apareció con su chupa de cuero corta y el pelo cayéndole sobre los hombros; se había pintado

los labios de rojo y, si no me fallaba el olfato, se había echado perfume.

—¿A dónde vas tan guapa? —pregunté con naturalidad; al fin y al cabo, había compartido con ella más sobre mi vida privada y profesional que con casi nadie, especialmente desde el incidente con mi jefa. Exjefa.

—Pues contigo. Me apunto a comer en lo de Vicente —respondió resuelta.

—Vale, me vendrá bien tener a alguien con quien hablar; mi padre seguro que desaparece con los otros hombres —dije con sinceridad—. Por cierto, te vi hablando con el maestro ayer.

—Pues sería de milagro, porque Andrés siempre está ocupado. Ni el rey de Inglaterra tiene tanta agenda... —farfulló entre dientes.

—Bueno, parece que todos le adoran —repliqué yo, recordando que ella siempre había hablado en negativo sobre él.

—Hasta que le conozcan —sentenció, y vi como la rabia subía hasta sus pómulos.

—¿Qué te pasa con él? ¿Es porque has dejado los estudios?

—Venga, Julia, ya estamos con los sermones sobre qué estoy haciendo con mi vida.

—Ruth, no era mi intención —dije con sinceridad—. No tienes por qué contarme nada si no quieres.

—Mejor, porque no lo haré —respondió con un empuje que me dejó clavada en el sitio—. Venga, que tu padre ya está ahí —dijo apagando la música y las luces del taller y obligándome a ir a oscuras detrás de ella.

CAPÍTULO 23

Tenía tanto que aprender de Ruth. En los escasos siete minutos que duró el trayecto hasta la cuadra de Vicente, la muchacha había desplegado todo su encanto, y como no era posible que fuese de otra forma, mi padre había caído rendido ante su talante parlanchín y caprichoso. Como si fuese su propia nieta, le preguntaba sobre sus cosas y restaba importancia a las malas decisiones que había tomado últimamente, como dejar sus estudios. Yo asistía en silencio ensimismada. ¿Cómo era posible que hace un rato me hubiera tratado con tanta frialdad e indiferencia y ahora estuviese mostrándose como una adolescente cándida y dicharachera?

—Bueno, ¿qué se come aquí? —preguntó Ruth con una sonrisa que habría conquistado a cualquiera, nada más bajar del coche.

—Yo no esperaría gran cosa, hoy cocina el maestro —dijo mi padre.

—Anda, pues podíamos habernos quedado en casa —comenté yo, que no tenía ninguna gana de estar allí, especialmente desde que la chica se había puesto así conmigo.

—Seguro que Andrés lo tiene todo controlado — añadió Ruth con un hilo de voz entre dientes; no había que ser muy sagaz para darse cuenta del dardo que contenían aquellas palabras.

—De eso no tengo duda, aunque se le da mejor enseñar y organizar que los fogones; lo digo por experiencia —comentó mi padre, ajeno al cambio de actitud de Ruth—. La última vez que hizo caldereta quemó la olla del tío Olmo. Y otro día...

—No sabía que lo conocías tanto —interrumpí a mi padre.

—Bueno, no lo conozco tanto, pero vamos, que he coincidido alguna vez que he venido al pueblo a arreglar alguna cosa —acertó a decir mi padre.

—Venga, León, vamos a ver cómo ha quedado la cuadra antes de comer —propuso Ruth cogiendo a mi padre del brazo en un gesto cómplice, y dejándome sola a la entrada de la finca. Había una multitud de coches y furgonetas de quienes habían vuelto a ayudar esa mañana, y allí, en medio de todo, estaba yo sola. Pero no me molestó que una adolescente volviera a hacerme el vacío, me molestó que mi padre la siguiera y no se percatara de que me quedaba allí sola, sin conocer a nadie. Desde ayer estaba un poco raro.

Respiré profundamente el aire helado de la sierra y en un gesto involuntario, al sentir el móvil en el bolsillo del abrigo, lo saqué y entré a mi correo electrónico. Ya tenía dos respuestas.

«Lo siento, no tenemos nada para tu perfil. Gracias». Y «Actualmente, no hacemos contrataciones por esta vía».

No podía negar que me había decepcionado, pero las cosas no salen a la primera y todavía quedaban un montón de productoras por valorar mi currículo, y otra cosa no, pero tenía un currículo brillante. Había trabajado en casi todos los proyectos potentes de ficción audiovisual nacional y había hecho cine con los dos mejores directores del país, por no hablar de mi experiencia en programas de televisión. Desde los veintidós años que pisé un plató por primera vez, apenas había dejado de trabajar, encadenando un proyecto con otro. Todo llegará, me dije a mí misma y di un paso al frente, sabiendo que no me iba a librar de Ubaldo, que me saludaba desde la lumbre que habían preparado para la ocasión.

Me acerqué hasta el grupito, en el que había algunos vecinos de mis tíos, y entre saludos y algún sonoro beso, expliqué que estaba pasando unos días en el pueblo y respondí a las mismas preguntas de siempre sobre si tal presentador es tan bajito como dicen o si el actor del momento es tan malhablado como parece. Me seguía sorprendiendo la fascinación que suscitaba entre la gente lo que no se mostraba en la tele sobre alguien.

Al menos, esas conversaciones sobre famosos me salvaban de silencios incómodos como aquel. Y precisamente estaba contando una anécdota sobre Isabel Font, la presentadora de mi último

programa, y un admirador, cuando una cabeza emergió de entre las demás y con una gran sonrisa espetó:

—Espero que eso no lo cuentes cuando vengas al cole.

—Por supuesto que no —atiné a decir, y no pude hacer nada por retener una sonrisa tonta en respuesta a la suya.

—Bien, porque no sé qué dirían las familias si los chavales vuelven contando esas cosas de Isabel Font.

Bien, justo lo que necesitaba, que el maestro pensara que soy una descarada y voy aireando las intimidades de todo el mundillo televisivo. Por suerte, Ubaldo, al que la televisión le debía dar bastante igual, interrumpió la conversación para preguntarme cómo me gustaba la carne, al punto o al punto, lo que despertó las risas del resto de los presentes.

Y es que parecía que el maestro no se había complicado mucho con el menú de la jornada; habían puesto varias parrillas sobre el fuego y él se limitaba a dar la vuelta a las piezas de carne y mantener el fuego con un fuelle como el que mi tía usaba en su chimenea. La imagen era cuanto menos peculiar. Sin embargo, el resto de hombres charlaba animado a su alrededor, bromeaban con él y mostraban el cariño que le tenían, a su manera: entre risotadas y palmadas en la espalda.

—Venga, Julia, haznos los honores —me propuso el maestro acercándome un trozo de carne sobre una rebanada de pan que cortó con una navaja como la que tantas veces le había visto a mi tío Olmo—. ¿Qué tal está?

—Al punto —dije yo, intentando seguir la broma y no abrasarme con aquel trocito de cordero tostado y crujiente—. Pero de sal está un poco soso.

—Sabes que la sal es mala para la salud, ¿verdad? — añadió mirando a todos y señalándolos con la barra de pan de la que había cortado mi trozo, y todos se echaron a reír.

—Es que el maestro es un fanático de la vida sana y el deporte —intervino Ubaldo como si eso fuese algo malo—. Si por él fuera, estaríamos tomando parrillada de verduras y alpiste de ese que toma él —terminó diciendo mientras todos reían sonoramente.

—Muesli. Es muesli, no alpiste. Seguro que ella sabe lo que es. ¿No toma alpiste Isabel Font? —bromeó Andrés sabiendo que tenía perdida la batalla con aquellos hombres.

—Se te están quemando las chuletas —intervino Ruth, salida de la nada, exhibiendo su mejor sonrisa. Andrés no contestó, porque era cierto, las brasas estaban carbonizando la parrilla inferior y el olor puso a todos en alerta. En el revuelo de hombres preocupados por su festín carnívoro, aproveché para escapar de allí y buscar a mi padre, que seguía admirando el trabajo hecho con la cuadra de Vicente. Cualquier cosa con tal de no aguantar las sonrisitas de Ruth.

Me sorprendió encontrar a mi padre enfrascado en contestar mensajes; me sorprendió que ni siquiera se diese cuenta de que estaba a su lado. Sonaba un mensaje y él se apresuraba a contestar; sonaba de nuevo y sus dedos se deslizaban con agilidad por el teclado. Viendo su ensimismamiento y la sonrisa que se le escapaba, decidí interrumpir:

—Tienes que silenciar las notificaciones, papá — murmuré mientras apoyaba mi hombro en el suyo.

—Hija, no te había visto —dijo guardando rápidamente el teléfono en su abrigo.

—Trae, déjamelo y te lo silencio —propuse extendiendo mi mano para que me dejase su móvil, que no había parado de sonar mientras hablábamos.

—Luego lo cambio yo en casa, no te preocupes — añadió metiendo sus manos en los bolsillos para asegurarse de que el teléfono seguía ahí.

—¡Que no me importa, papá! Venga, déjamelo, que es un segundo —insistí.

—Que no, Julia —sentenció mi padre.

—No te pongas así.

—Ya lo haré yo. Además, es mi móvil y a mí no me molesta que suene —dijo con aplomo y un tono un tanto seco.

—A mí tampoco me molesta, pero como no para de pitar, he pensado que igual no sabías cómo hacerlo.

—Hija, tengo sesenta años, de momento sé usar un *smartphone*.

—Vale, vale —respondí con las manos en alto pidiendo paz—. Por cierto, ¿era mamá? Hace días que no hablo con ella.

—No, no... Son los tíos, ya sabes lo pesados que se ponen cuando necesitan algo.

—Bueno, ¿qué? ¿comemos? —dije cambiando de tema, a ver si lograba que se relajara un poco la tensión que se había creado entre ambos. Con Ruth y mi padre de uñas conmigo, lo que menos me apetecía era hacer fila para comer una chuleta chamuscada.

CAPÍTULO 24

Volví a revisar mi correo y encontré tres mensajes más; de nuevo me daban una negativa en un tono ambiguo y bastante impersonal para lo que era este negocio, en el que casi siempre se decidían las cosas en función de si alguien de arriba te conocía y le habías caído bien.

Por si no tuviera poco con esto y las miraditas que me estaba echando Ruth mientras repartía platos de comida y regalaba cumplidos a todos, Ubaldo no paró de darme conversación durante toda la comida, y por más que intentaba establecer contacto visual con mi padre no había manera, no logré que me mirase en la hora larga que duró la comida. Estaba sola con aquel hombre de dimensiones gigantescas, y solo pensaba en irme de allí.

—Ubaldo, ¿me harías un favor? —oí decir desde detrás de mí.

—Dime, Andrés —contestó.

—En la furgoneta de Vicente tengo un martillo amarillo, estará en la caja de herramientas de atrás.

—¡Ahora mismo! —respondió el gigante, y con ilusión de niño se dio media vuelta bocadillo en mano.

Respiré aliviada y el maestro debió de oírme, porque se echó a reír sin disimularlo.

—Te he visto un poco agobiada. Espero que no te moleste.

—No, no. Después de esta charla sé tanto de ovejas como cualquier pastor —dije en voz baja.

—De nada —respondió satisfecho, poniéndome una mano en el hombro.

—Solo espero que el martillo esté en el último compartimento de esa furgoneta.

—¿Qué martillo? No hay ningún martillo amarillo, es una broma —dijo sorprendido por mi credulidad—. Tendrías que ver cuando mando a un alumno a portería a por el alicate bifásico rojo.

—¿Bifásico? —pregunté divertida.

—Cualquier cosa sirve si lo dices con confianza. Bifásico, estático, estrábico. Sobre todo si estás compinchado con el bedel —me contó al oído, como si fuera su secreto, y entonces noté como se me erizaba el pelo de la nuca. Y no fue por su cercanía, sino por la mirada de odio que me dirigió Ruth desde su puesto de ayudante de cocina voluntariosa. Temí que me lanzara las pinzas con las que estaba repartiendo las flores de hojaldre que Luisa iba echando al aceite hirviendo.

Le sostuve la mirada y por primera vez me pareció que daba un paso atrás, pero fue solo un instante de flaqueza, porque enseguida meneó su pelo de ensueño y dio por terminado nuestro duelo visual. Ella mandaba y lo dejaba claro con todo su lenguaje corporal.

Por suerte para mí, Andrés era un gran conversador y durante un buen rato charlamos despreocupadamente de todo y de nada; de su trabajo en el cole, de las clases de teatro, de cómo es vivir en el centro de Madrid, de cine... Hasta que volvió Ubaldo. Pero el maestro volvió a sorprenderme y, para evitarme otra ponencia sobre trashumancia, buscó una excusa para que Ubaldo le acompañara hasta la cuadra y darme un poquito de espacio. Hasta para eso tenía clase, nunca mejor dicho.

En ese momento mi padre decidió que era buen momento para marcharnos, y yo no pude evitar buscar a Ruth con la mirada. No me sentía con fuerzas para mantener este jueguecito durante el trayecto de vuelta, por corto que fuera.

—Papá, ¿has visto a Ruth? —pregunté con la esperanza de no tener que llevarla a casa.

—Estaba muy entretenida tomando medidas de los nuevos establos con Ubaldo y Andrés cuando me he acercado a despedirme de ellos. Me ha dicho que se quedaba con Luisa. Hoy se ha ganado el jornal, como diría tu tío Olmo.

Asentí y me monté en el coche. Empezaba a entender la fijación de Ruth por el maestro. Era atractivo, eso no podía negarse, y por lo

poco que le conocía parecía un hombre interesante. Pero ¿de dónde venía esa aversión casi obsesiva de Ruth por Andrés? ¿Es que Andrés la había rechazado? Claro que la había rechazado, era una cría. Mayor de edad, pero una niña perdida, al fin y al cabo. Ruth era demasiado lista como para mostrar sus cartas sabiendo que iba a perder, nunca se habría declarado. Ella no necesitaba eso, con un juego de caderas podía encandilar a quien quisiera. Pero ¿el maestro? Había algo más detrás de todo ese discurso sobre él. ¿Desconfianza?, ¿recelo? No lograba saber de qué se trataba exactamente.

Durante todo el camino el móvil de mi padre no paró de sonar. No quise pronunciarme sobre el tema; de hecho, al tercer *bip* mi padre subió el volumen de la música y Cinema Paradiso anuló cualquier posibilidad de queja por mi parte. Con Ennio Morricone a todo trapo y con mi padre concentrado en la carretera, solo me quedaba revisar mi *email.* Nada, ningún mensaje más referente a mi currículo, aunque sí una llamada de Paula y varias de Darío. Tendrían que esperar, al menos, a que se apagase la música.

Bajamos del coche y subimos corriendo los escalones de la casa; un aire frío hacía que los tejados crujieran y las primeras gotas salpicaron mis tobillos justo cuando logré ponerme al resguardo.

—Menos mal que hoy no tengo exteriores —comenté aliviada; era la primera vez que me alegraba de no tener una escaleta en la mano.

—Pues sí, hija, porque con este frío que hace... — dijo mientras metía la llave en la cerradura; no era tarea fácil, había que hacer un juego ridículo con la muñeca hasta conseguir que se abriera la puerta—. Tengo que llamar al cerrajero, no podemos seguir así —dijo sacando la llave en un gesto de exasperación.

—Trae —dije sabiendo que era casi imposible hacerlo si mi padre no había podido.

—Con el frío siempre va peor, pero no será hoy el día que nos quedemos sin ver las reformas en la siesta —añadió mi padre y se quitó el abrigo para afanarse con más ligereza—. Toma —dijo dándome su abrigo.

Cogí la parca azul marino de mi padre con tan mala suerte que de su bolsillo cayeron a mis pies el mando del coche y el móvil. El móvil quedó boca abajo sobre mis botas llenas de barro; cuando le di la vuelta sin que mi padre ni se percatara, solo podía rezar para no haber roto la pantalla; mi padre podía ser muy cascarrabias en lo que a cuidar las cosas se refería. Y de repente un nuevo bip rompió lo que yo creía que era una familia. Una notificación de Tinder con su melodía chispeante me dejó clavada en el sitio. Así que cuando mi padre se giró triunfador y me hizo una reverencia para que pasara al interior de la casa, yo solo levanté la pantalla, impoluta, hasta sus ojos y dije:

—¡Estás engañando a mamá!

Y entré como un ciclón hasta la cocina con una mezcla de cólera y miedo, llevándome por delante la lamparita Tiffany de la entrada y una planta que se estrelló contra el suelo, llenando todo de cristales y tierra. Mi disfuncional familia se iba al garete y no quería ni pensarlo. Yo quería seguir orbitando entre el universo de mi padre y el de mi madre, en paz, cada uno por su lado, pero siendo una familia, la única que yo conocía. Una familia en la que el padre no engañaba vilmente a la madre.

CAPÍTULO 25

Lloraba sin consuelo mientras mi padre me miraba desde el quicio de la puerta. Una tristeza honda y profunda se me había colado en los huesos y me impedía mirarle a la cara. Estaba segura de que mi padre, tan prudente como siempre, estaba esperando a que me calmara; pero eso no iba a pasar, porque él, mi padre, a quien más admiraba por su fortaleza de carácter, por su honestidad consigo mismo y para con los demás, estaba engañando a mi madre aprovechando que ella trabajaba sin descanso y pasaba largas temporadas en Francia. Qué ruin podía llegar a ser una persona.

Pasaban los minutos y mi llanto no cesaba, algo se había roto dentro de mí y estaba dejando salir los demonios de las últimas semanas, quizá de los últimos años, en forma de lágrimas y sollozos. Apoyada sobre la pila de la cocina, de espaldas a la puerta y con el móvil todavía entre las manos, oí a mi padre abrir el armario de la limpieza y barrer con ahínco el desastre de cristales y restos de tierra en que se había convertido la casa, y eso me enervó de tal manera que el desconsuelo se convirtió en una rabia roja y brillante que se fue abriendo paso en mi garganta hasta acabar gritando:

—¿Tan miserable eres como para estar limpiando esto —bramé con desprecio—y no darte cuenta de que lo que has destruido es a tu familia?

—En primer lugar, no es lo que crees —respondió mi padre con el cepillo en la mano y un gesto de horror en el rostro.

—¿Ah, no? ¡Tinder, papá! Sé perfectamente lo que es un *match* en Tinder y cómo suena —vociferé enarbolando de nuevo el móvil, a pesar de que la pantalla estaba apagada.

—Y, en segundo lugar —dijo como si no me hubiera escuchado —, nunca más me faltes al respeto de esta forma, Julia. Soy tu

padre —puntualizó con un tono de voz que pretendía sonar apaciguador, pero que sonaba a una decepción inmensurable.

—Papá, basta ya —dije bajando la voz y devolviéndole el móvil.

—Eso digo yo, Tuli —me pidió acercándose hasta mí y tendiendo una mano para que le siguiera—. Vamos a hablar de todo esto.

Le seguí hasta el salón y me senté, todavía con el abrigo puesto, a su lado. No podía cruzar mi mirada con la suya, la traición que sentía me atenazaba el cuerpo, y como dos imanes que se repelen, sentía una fuerza sobrehumana que me impedía girarme a escucharle.

—Dime —contesté con frialdad; estaba segura de que no había nada que pudiera decir que nos salvara, mi madre le iba a quitar hasta el último céntimo, hasta el último libro de su biblioteca, y yo iba a ser testigo de una guerra infame provocada por un sesentón jugando a ser joven en Tinder.

—Lo siento mucho, hija. Siento mucho que estés así, pero todo tiene un principio y una razón para ocurrir.

—Desde luego; registrarte y subir tu foto de perfil a la app. Me apuesto lo que sea a que no es ni tu foto de verdad —mascullé entre dientes con el único ánimo de hacerle daño.

—Julia, por favor, déjame explicarme —me rogó mi padre, que empezaba a perder la paciencia.

—Sí, explícate, explícate, que si mi reacción te parece desproporcionada, verás cuando se entere mamá —añadí amenazante.

—Mamá no tiene que enterarse de nada —respondió mi padre, y noté que su tono se volvía más grave y ronco.

—¡Lo que me faltaba por oír! —vociferé levantándome del sofá y tropezándome con el sillón donde mi padre solía leer.

—¡Escúchame, Julia! —gritó mi padre colocando la torre de libros que amenazaba con caer al suelo por el golpe—. Tu madre no necesita que le explique nada. Ha sido ella quien me ha pedido el divorcio.

CAPÍTULO 26

Mi padre usaba Tinder desde hacía tres semanas; yo llevaba en el pueblo más de una semana. Mi madre le había pedido el divorcio hacía un mes y medio, justo el tiempo que llevaba mi padre en la casa de la sierra. No había proyecto de reforma, ni un asunto urgente que arreglar que lo mantuviese allí; era mi madre la que le había hecho una maleta y le había invitado a marcharse de casa, de una casa que medía 300 metros y en la que podían convivir sin verse; total, ya dormían separados desde que yo podía recordar. Pero no, mi madre le había echado. Y yo, inmersa en mis propias y absurdas desgracias, ni me había percatado de que mi familia se estaba desmoronando mientras yo pasaba mis días en un plató de televisión decidiendo si el centro de la mesa debería ser otoñal o más colorido. Todo para que la bruja de mi jefa me despidiese en directo.

Cuando miré por el retrovisor, pude ver los tejados naranjas y las chimeneas humeantes de Montejo de Eresma. Sin embargo, aquel pueblo ya no me parecía el mismo refugio al que llegué huyendo de la ciudad. La noticia del divorcio de mis padres había trastocado mis cimientos, como lo hizo el berrido de despedida en directo de Amanda Muela. Lo que menos necesitaba era enfrentarme a la realidad de mi despido improcedente, pero el abogado me había pedido que firmara unos papeles y no podía negarme. Al fin y al cabo, me estaban haciendo un favor por ser amiga de Paula.

Tratar con Jorge era fácil; por muy pijo que fuera, en el fondo era un poco rebelde y disfrutaba de saltarse los protocolos. Por eso, cuando me mostraba la demanda que había redactado y que solo tenía que firmar para presentarla ante el juzgado, me dijo:

—Julia, los vas a machacar. Esos sinvergüenzas te van a tener que readmitir y pagarte la pasta de la indemnización, y si se ponen

tontos, los reventamos pidiendo «daños y perjuicios». Los tenemos cogidos por los huevos.

—No quiero que me readmitan —dije con sinceridad—, pero tampoco veo justo que se salgan con la suya.

—Vamos a revisar todos los datos —propuso Jorge con un tono más calmado, supongo que esperaba que estuviera furiosa. Por suerte, el sentimiento de rencor había dado paso a la convicción firme de hacer justicia, pero sin saña.

—¿Interponemos la demanda, entonces? —me preguntó.

—Adelante. ¡Les vamos a patear el culo! —respondí intentando sonar igual de entusiasta que él.

Cuando salí, pensé en acercarme a hablar con Fede, mi compañero de piso, pero la verdad es que no habría sabido qué decirle; él tampoco había mostrado mucho interés por mí, quizá ni se había dado cuenta todavía de que no pasaba por casa en semanas. Supongo que las fiestas y reuniones lo tenían ocupado. Solo esperaba que nadie se quejase del ruido al casero; al fin y al cabo, mi nombre figuraba en el contrato.

Seguí caminando pensando en lo fácil que es desaparecer de la vida de alguien cuando no has estado presente al cien por cien, y cuando me quise dar cuenta, estaba a solo dos calles de casa de mis padres. Sentía la necesidad de volver.

Sabía que mi madre estaba en París, pero quería volver a la cocina, sentarme frente a la chimenea francesa que presidía la estancia y pensar; pensar en cuántas cosas estaban cambiando en mi vida. Mi familia, mi vida social, mi estado sentimental y, si los *emails* no empezaban a llegar, también mi trabajo. En esa mañana había recibido seis correos más rechazándome. Empezaba a impacientarme, aunque los últimos acontecimientos no me habían dejado pensarlo demasiado.

Al doblar la esquina, la puerta de forja se erigía como toda una autoridad en la calle; los árboles desnudos parecían enmarcarla como un lienzo, era un portal señorial que sobresalía sobre todos los demás en la manzana. En aquel piso de la calle Andrés Mellado había vivido Antonio Maura, y después de él un magistrado que adoraba la música, y de aquellos años mi padre había conservado la

gran pianola que daba la bienvenida en el recibidor. Me sorprendió ver que habían abierto un bazar chino en el local del edificio contiguo; sin duda, los vecinos habrían puesto el grito en el cielo, y eso me hizo sonreír.

Pensé que podía contribuir a que el barrio se modernizara comprando algunas chocolatinas, regalices y patatas fritas para los días que me quedaran en el pueblo, hasta que me incorporase a otra producción. Y cuando salí del atiborrado local, un coche oficial llamó mi atención; eso significaba que mi madre había vuelto y ni siquiera me lo había dicho.

Me quedé agazapada tras la pizarra que anunciaba el precio del pan y la oferta de bocadillos, y pude ver a mi madre bajar del coche y lanzar un beso al aire con una sonrisa de oreja a oreja. Le brillaban los ojos, estaba radiante enfundada en su abrigo blanco. Estaba enamorada. No había duda. Y de repente no sentí rabia, mi madre brillaba como nunca la había visto y no quise romper aquella alegría con mi presencia; no era el momento para que me diera explicaciones. Sin embargo, la duda de quién sería el hombre que la hacía sentir así me latía en el pecho. Evidentemente, debía ser alguien de la embajada francesa, pues se movía por la ciudad en coche oficial.

¿Alguien más joven? Solo esperaba que no hubiera roto una familia con hijos pequeños. No quería que la felicidad de mi madre fuese a costa del sufrimiento de otros; con que mi padre sufriera ya era más que suficiente. ¿Estaría bien cuando yo volviera a Madrid a trabajar? Quería pensar que sí; estaban los tíos, y eso era garantía de estar cuidado, pensé con cierto alivio.

Al llegar a Montejo vi que la luz del obrador seguía encendida. Seguramente, mi tío Olmo andaba trasteando en el almacén, y decidí pasar a verle.

—Entra, entra, que te vas a quedar helada —me saludó con un abrazo fuerte y áspero, como su chaquetón.

—¿Qué haces a estas horas aquí?

—La tía, que se ha empeñado en que andamos cortos de azúcar glas y de levadura.

—De levadura, puede; de azúcar, ya te digo que no —respondí sabiendo que al menos una quinta parte del almacén estaba ocupada por azúcar de varios tipos.

—¡Es que tu tía es una pesada! —rezongó.

—¡Qué harías tú sin ella!

—Si no fuera por Consuelo, seguiría repartiendo leche. Tuli, ¿tú sabes cómo nos conocimos la tía y yo? —me preguntó el tío Olmo invitándome a que le acompañara al almacén.

Acercó un taburete bajito para él y a mí me reservó los dos sacos de harina que había a la izquierda de la portezuela del almacén. Me senté en mi trono y esperé con paciencia a que el tío Olmo contara los paquetes de azúcar y los anotara en su libreta. Entonces empezó a hablar:

—Llevaba todo el invierno repartiendo leche fresca con mi padre por Torrelaguna, Patones y Montejo. Mi tío tocaba el claxon, paraba en mitad de la calle, la mayoría no estaban ni asfaltadas, y yo me bajaba y despachaba las bolsas de leche que me pedían los vecinos en el momento o las que nos habían apalabrado la semana anterior, sobre todo en los bares, el colmado de Torrelaguna y en el obrador, claro.

»Y todo el invierno tu abuelo salía y me pagaba los cuartos de las cajas de leche que tenía encargadas y se marchaba sin decir ni mu. No veas cómo era el abuelo Pedro. Tú no lo conociste, ya lo sé, pero habrás oído hablar a tu padre y al tío Beltrán del mal genio que tenía. Tu tía no; tu tía era su ojito derecho, así que nunca se acuerda de cómo gritaba a sus hermanos por cualquier cosa ni de los pescozones que les daba. Fíjate que, estando tu padre en la universidad, veinte años tendría, una noche le dio un capón por dormirse con la tele puesta, y tu padre, del cabreo y del susto, se salió de la casa en pijama y se pasó la noche en la leñera porque decía que ya no volvía a esa casa. Como siempre, tu abuela Pura medió y al final se quedó en nada y tu padre siguió viniendo a ayudar en vacaciones al obrador.

»El caso es que, cuando empezó la primavera, tu abuelo dejó de salir a por el pan, y un buen día aparece una chiquilla que no paraba de hablar con las vecinas y que no esperaba turnos ni hacía cola;

según aparcábamos en la callejuela, se asomaba a la trasera del furgón y ella misma sacaba las cajas de leche. Y así un día y otro y otro, hasta que, para San Juan, me da una nota cuando le voy a dar el cambio, que decía: "Te espero en el merendero del río mañana a las doce. Trae un bañador y toalla".

»¡Pero qué bañador iba a tener yo!, si en mi casa éramos pobres como ratas, Tuli. En mi casa había un pantalón de espuma azul marino que nos turnábamos mis hermanos y yo. ¡Te imaginas lo sucio que estaba! No podía presentarme así a mi primera cita con tu tía.

»Total, que tuve que colarme a varios corrales de Torrelaguna hasta que pude hacerme con un bañador de un tendedero, y ya de paso cogí una toalla. Si el pantalón de espuma estaba viejo, no te digo las toallas.

»Y con el bañador y la toalla robados me fui al río, nervioso como un flan. Pero no te lo pierdas, tu tía se había llevado de carabina a la Luisa y a tus tíos. Y así estuvimos las tres o cuatro primeras veces que quedamos, así que se puede decir que empecé a salir con toda la familia. ¡Menos mal que enseguida llegaron las verbenas, ahí ya me pude arrimar a tu tía de verdad! Y hasta ahora, Tuli, cuarenta y ocho años juntos.

CAPÍTULO 27

—Julia, estás tonta, ¿o qué? —Fue lo primero que escuché cuando descolgué el teléfono. No se me había ocurrido apartarme para descolgar la llamada de Paula, y su voz sonó como un chirrido en el gran obrador.

—¿A qué viene esto? —pregunté con preocupación, pues conocía perfectamente a mi amiga como para saber que no estaba bromeando, y las miradas de mi tía Consuelo y de Ruth se apartaron de la bandeja de galletas de huevo que estábamos decorando, para mirarme.

—¿Vas a denunciar a Amanda Muela?

—Puede. ¿Cómo lo sabes?

—Todo el mundo lo sabe. Me han llamado de Primeras Producciones para disculparse porque no pueden darte trabajo sabiendo que vas a llevar a juicio a tu jefa.

—Exjefa —mascullé yo.

—No te va a contratar nadie, tía. Te has cavado tu tumba laboral tú solita, amiga.

—Pero...

—Siento ser tan bruta, Julia, pero si me hubieras preguntado... Denunciar a una compañera, eso no se olvida tan fácilmente... menos, en este mundillo.

—No es una compañera, es mi jefa. Exjefa, y es una arpía.

—No te quito razón, pero nadie quiere en su equipo a un topo sindicalista.

—¿Un topo, Paula? ¿Me estás llamando topo sindicalista? —exclamé apartando a Ruth del auricular; no solo estaba actuando como si no hubiera pasado nada en la cuadra el día anterior, sino

que parecía estar muy indignada por cómo me estaba tratando Paula.

—No, Julia, te estoy diciendo que si querías volver a pisar un plató debías haberte ahorrado la denuncia.

—Puedo hablar con Jorge a ver si no ha presentado los papeles —mascullé, dándome cuenta de la situación.

—No me lo puedo creer. ¿Mi cuñado Jorge? ¿Te ha animado mi hermana?

—Bueno, ella me aconsejó y yo le pedí que me recomendase a alguien. Así que tu cuñado se va a encargar.

—Dios mío, Julia. Te dejo, voy a llamarle a ver si todavía se puede hacer algo.

—Llámame luego —añadí, pero Paula ya había colgado.

Ruth se puso de frente a mí, me levantó la barbilla y exclamó:

—Que les den a todos los de la tele. No te merecen.

A lo que mi tía Consuelo contestó diciendo:

—Haz caso a la niña, Tuli, que por muy lianta que sea, tiene razón.

Y Ruth fingió que se molestaba, dando un sonoro respingo, aunque en el fondo le encantaba esa especie de leyenda negra que se estaba construyendo sobre ella y su mal carácter.

—¿Y ahora qué hago, tía? —pregunté con desesperación—. Nada está saliendo como esperaba. Primero Darío, luego el divorcio de mis padres y ahora esto —me quejé.

—Ya hemos hablado de lo de tus padres, a nadie le ha sorprendido, Julia. Tu padre lleva pasando temporadas en el pueblo más de un año, y todos sabemos cómo es tu madre.

—Tía —la regañé, no era el momento de que sus rencillas salieran a la luz. Además, si se ponía así sin saber que mi madre estaba con otro, ¿qué iba a hacer cuando se enterase? No quería ni pensarlo.

—Está bien, está bien. Pero no quiero que te vengas abajo. De meterse en casa a ver la tele y comer cochinadas, nada —me advirtió como si me estuviera leyendo la mente.

—Puedes ayudarme en la carpintería —dijo Ruth, y entonces dudé de si la muchacha no recordaba cómo me había tratado en la

cuadra de Vicente.

—¿Y a qué te va a ayudar exactamente? —preguntó mi tía con socarronería—. ¿A pintarte las uñas y hacerte esos bebistrajos de especias?

—Se llama *chai latte*, tía —dijo señalando la taza que había dejado sobre la mesa del obrador.

—Julia se va a venir aquí conmigo, a aprender el negocio, que yo estoy ya muy vieja para estar levantándome al alba.

—No sé —atiné a decir, aunque lo que quería decir era otra cosa, pero la muchacha no me dejó.

—Pero si ya no madrugas, tía Consuelo —le espetó Ruth—. El que viene es el pobre tío.

—Bueno, a ver si te crees que para que venga tu tío a su hora no tengo que estar detrás de él.

—Tú solo vienes a la bueno: a decorar las tartas y a atender.

—Niña, eres una fresca —dijo mi tía, sin corregirla, pues llevaba algo de razón.

Me agarró la mano con fuerza porque sabía que, aunque no lo dijera, me sentía agradecida por sus buenas intenciones. No había nadie con quien fuese a estar mejor que con mi tía, aunque ayudar en el obrador era aceptar mi derrota profesional, por no hablar de las ganas que tenía de llamar a Darío. No debía flaquear. Darío estaba fuera de mi vida porque yo lo había decidido así.

CAPÍTULO 28

Ver el número de Darío en la pantalla había dejado de hacerme sentir mal y empezaba a crearme una falsa sensación de victoria. Cada día que pasaba sin descolgar el teléfono o buscar su número en la agenda me hacía sentirme un poco más fuerte, poderosa. Así que dejé que sonara y levanté la barbilla en un gesto simbólico que me recordó a Ruth. Y es que, en los dos últimos días en la pastelería, la Ruth imprevisible y arisca se había desvanecido y solo quedaba una chiquilla con sueños de adolescente que pasaba a verme al salir de la carpintería y, de paso, se llevaba un par de pasteles por la cara.

El cansancio de levantarme a las cinco y media también ayudaba a que las cosas que antes me quitaban el sueño parecieran lejanas. Cuando volvía a casa al mediodía con el táper que la tía Consuelo nos preparaba a mi padre y a mí, solo pensaba en meterme debajo de la manta y seguir viendo mis queridos programas de reformas. Por la tarde salía a pasear a la senda del bajo Eresma, y con la humedad hiriente de su orilla volvía a casa lista para darme una ducha, calentar algo de comida basura y entregarme al sueño. No tenía quejas sobre esta rutina, pero ¿cuánto tiempo podía vivir así?

Si hasta mi padre tenía más vida social que yo. Adelina y su hermana seguían trayendo platos alemanes a nuestra puerta y mi padre se deshacía de ellas con un aplomo impresionante; de hecho, esa misma tarde le había soltado a la más mayor de las hermanas «Lo siento, tengo que dejarte, que he quedado con una amiga para cenar».

—¿Con una amiga, Leo? — había contestado Adelina con ojos inquisitivos.

—Sí, una amiga. Y no quiero llegar tarde a nuestra segunda cita. —Y así, de un plumazo, mi padre se había quitado de encima a la insistente mujer y su determinación de cebarnos como a Hansel y Gretel, o eso creía yo.

Estaba orgullosa de mi padre. No podía decírselo porque mi numerito del otro día al enterarme de que estaba en la app de citas habría quedado muy deslucido, pero ver su determinación para rehacer su vida sentimental sin rencor hacia mi madre y con una actitud tan serena me hacía reafirmarme en mi admiración hacia él.

Me asomé a su habitación y no pude evitar decirle:

—Papá, estás guapísimo. Como siempre. Se va a enamorar de ti, si no lo ha hecho ya...

—No digas tonterías, hija —me regañó entre dientes mi padre—. A estas alturas, si estás libre es porque tienes alguna tara y yo no necesito dos citas para descubrirlo.

—¿Y qué tara tiene tu amiga? —pregunté con retintín remarcando las últimas palabras.

—Pues qué va a ser. La traición, Tuli. Su exmarido la engañó y esa rabia no se pasa así como así.

—Entonces, ¿tú no has perdonado a mamá?

—Tuli, yo no necesitaba perdonarla, lo que necesitaba tu madre era entenderse; yo solo la he acompañado hasta que me ha dejado. Al fin y al cabo, somos una familia y eso es más grande que el amor.

—Papá...

—¿Qué, hija? —preguntó abrochándose el último botón de la camisa y fijando sus ojos azules en mí con una sonrisa a punto de descolgarse de sus labios.

—Ya está enamorada de ti, siento decírtelo —exclamé, y le apagué la luz solo para molestarlo, y me dirigí al sillón donde ya se adivinaba mi silueta hundida en la tapicería de terciopelo mostaza.

—Verás como te apague yo la tele en mitad de una reforma de esas que ves —me amenazó desde la habitación.

—Que vemos, querrás decir —puntualicé yo.

Y así, entre paredes de pladur y suelos laminados, pasaban las horas. Qué rutina tan distinta a mis días en Madrid. Apenas hacía nada que no fuese trabajar o mirar Instagram, y en los días

especiales, salir a cenar, a pesar del cansancio extremo que me acompañaba a todas partes. A veces había tenido miedo de dormirme en la mesa del restaurante y que mi pelo largo acabase dentro del ramen o lo que fuese que estuviera comiendo.

Pensé que podría crear una cuenta nueva en Instagram, no podía estar tan desconectada del mundo exterior. En Montejo de Eresma no pasaba nada, y en Malasaña el tiempo corría a la velocidad de la luz, se abría un restaurante cada día y un artista nuevo llegaba al barrio con una maleta desbordada de expectativas. Ese era mi barrio y echaba de menos su frenético encanto.

Al levantarme a llevar los restos de pizza y nachos con guacamole a la cocina, me fijé en el bodegón tan bonito que formaban las castañas que había recogido en la senda del río y las granadas del huerto del tío Olmo sobre la mesa tocinera. Y esa fue mi primera foto en Instagram. En mi nuevo Instagram.

CAPÍTULO 29

Dos me gusta y una llamada perdida de Darío. A partir de ahora mis días se iban a medir un poco por estos dos tipos de notificaciones. Pero la tía Consuelo no esperaba a nadie, así que me duché y me enfundé el único chándal que había traído y que se había convertido en mi uniforme bajo la bata blanca que hacía las veces de delantal en el obrador.

Las horas pasaban rápidas en aquel horno de azulejos blancos. La tía consuelo me enseñaba las recetas, repasaba conmigo las cantidades y las reglas de tres que se había aprendido de memoria para doblar o triplicar una hornada. Me explicaba sus manías y por qué aunque pareciesen tonterías no lo eran, y entre amasado y amasado me contaba cómo cuando era niña sus ropas olían siempre a humo porque en la pequeña casa en la que vivía con mis abuelos la estufa de hojalata tenía mal el tiro. Y mientras decorábamos con azúcar glas o coco rallado, me contaba cómo conoció al tío Olmo un domingo en el río. Yo intentaba anotar mentalmente cada detalle de su forma de trabajar en la cocina y no me daba cuenta de que se estaban grabando a fuego en mí historias y recetas, y que ya nunca podría hacer un bizcocho sin recordar la voz de mi tía Consuelo contando cómo aprendí a montar en bici en el callejón de detrás del obrador.

Las trenzas de azúcar me tenían absorta, no lograba pasar el brazo de masa igual que lo hacía mi tía; en algún momento del proceso, me perdía y cambiaba el trenzado, así que mi trenza se hinchaba por uno de los lados y se creaba una especie de pompa que creaba la ilusión óptica de que mi bollo tenía una barriga tostada. Tuvimos que desestimar la primera bandeja hecha por mí. Mientras repetía en voz alta los pasos e intentaba memorizar cada movimiento de las manos de mi tía, mi teléfono sonó. No una, sino

tres veces. Así que mi tía lo sacó del bolsillo de mi bata y miró la pantalla sin preocuparse ni por un momento de traspasar el umbral de mi vida privada.

—Es tu madre.

—Cógelo, anda, y así me voy lavando las manos.

—De eso nada, maja —me soltó, y descolgó el teléfono para acercármelo a la oreja.

—Hola, mamá —dije mientras luchaba por quitarme los restos de harina de mis manos pasándolas por la trasera de mi bata blanca.

—Ya está bien. ¿Es que no pensabas decirme que ya lo sabías? —me espetó mi madre con aspereza.

—¿Y tú? ¿Cuándo me ibas a contar que te has separado de papá? —musité después de los instantes necesarios para entender que aquel revés era el mejor comienzo de conversación que mi madre podía ofrecerme.

—¡*Mon Dieu*! —se quejó mi madre.

—¿Cómo que *mon dieu*? *Mon dieu* es lo que dije yo cuando papá me lo contó —alegué, haciendo que mi tía Consuelo no pudiera más y dejara de disimular el mal genio que le ponía oír a mi madre hablar en francés, o hablar en general, y saliera a abrir el cierre metálico de la tienda dejando mi móvil sobre la superficie enharinada.

—Esperaba que al menos me llamaras para oír mi versión —dijo mi madre, suavizando un poco el tono.

—Papá no me ha contado ninguna versión, si es lo que te preocupa —respondí.

—Entonces, tendré que contártela yo misma. —Y noté cómo daba una calada larga a uno de sus cigarrillos para evitar que el tono cantarín de enamorada no se le escapase, pero ya era tarde. Yo la había visto en persona y todo en ella gritaba que estaba con alguien. Que estaba ilusionada.

—Sí, vas a tener que contármelo todo —respondí sin querer reconocer que ya sabía que había otro hombre en su vida.

—Claro, hija. ¿Por qué no arreglamos una comida esta semana? Vienes a buscarme a la embajada y probamos el vegano que han abierto a la vuelta de mi oficina. Tiene muy buenas reseñas.

—Mamá, no te ofendas, pero preferiría que vinieras al pueblo. Estoy ayudando a la tía en el obrador y, sinceramente, lo que menos me apetece es arreglarme para ir a Madrid centro.

—¿El fin de semana, entonces? —propuso mi madre.

—Perfecto.

—¡Y no dejes que Consuelo te explote! Que ya me conozco yo sus ayudas —bromeó, aunque era obvia la tensión entre ambas.

Colgué el teléfono y volví a mis trenzas. Estaba contenta, tenía ganas de ver a mamá, a pesar de su frialdad, a pesar de que no me lo hubiera contado. ¿Sabría ella que me había despedido? Seguro que papá se lo había contado, igual que le había contado que ya sabía lo de su separación.

Pero, ahora, lo que me tenía preocupada era otra cosa. Tenía que conseguirlo. Tres cabos, no podía ser tan complicado. Oí las campanillas de la puerta y el sonido grave y metálico de la vieja puerta cerrándose; mi tía habría salido a barrer la calle. Nunca me había parado a pensar en esa costumbre, cada vecina barría la acera de delante de su casa, hasta el límite de su fachada, hasta el punto exacto en que limitaba con otra casa. Las malas lenguas decían que la señora Emilia barría hasta la acera de enfrente y más allá de la medianería de sus vecinos con tal de enterarse de lo que pasaba en el barrio, aunque fuesen cosas tan sencillas como que el fontanero traía cebolletas del huerto al alcalde o que Luisa tenía comida familiar y había encargado cuatro barras de pan y una bandeja de pasteles.

Volvió a sonar el tintineo y pensé que mi tía ya no acostumbraba a adecentar su acera, los años pesaban y no había necesidad de limpiar una calle que ya limpiaba el barrendero del pueblo. Volví a mis trenzas, las dos últimas me habían quedado muy bien, ahora solo faltaba hornearlas y ver si por fin me había deshecho de aquellas panzas monstruosas. Saqué la bandeja y coloqué con cuidado las veintidós piezas de esta segunda remesa. Las miré con orgullo y pensé que aquella bandeja se merecía una foto. Sería mi segunda publicación en mi nueva cuenta de Instagram. Subí la foto y, antes de que pudiera compartirla, Ruth apareció como un

torbellino haciendo que la veintena de trenzas temblaran al ritmo de su voz.

—¡Ah, trenzas de azúcar! Me encantan —dijo agarrando una de las orondas y defectuosas trenzas.

—Puedes coger una, sírvete —dije con ironía.

—¿Qué problema hay? La tía Consuelo nunca pondría estas a la venta. Parece que están preñadas —exclamó dándole un sonoro bocado con el que engulló más de lo que nadie debería masticar en público—. Pero está riquísima, Julia.

—Bueno, la receta es la de la tía, exactamente. Con manías y todo —comenté en voz baja señalando el rallador.

—Seis pasadas al rallar limón, ni una más y sin apretar mucho, para no llegar a la parte blanca, o amargará —se burló Ruth—. Yo también he pasado por esto; fue mi primer castigo: ayudar a la tía los fines de semana.

—¿Y se puede saber por qué te castigaron ayudando a los tíos? —pregunté.

—Por una tontería, mi padre es un pesado... —se quejó con desgana—. ¿Quieres un *chai latte*? Es con leche de avena —me ofreció sacando un termo de su bolso.

—¿Por qué no? No sé cuántos *colacoaos* me he tomado desde que llegué aquí.

Me sirvió el mejunje verde en uno de los vasos medidores de la tía Consuelo y cogió otra trenza defectuosa.

—Como te vea la tía usando el vaso de medir... —la advertí.

—Lo sé, así conseguí no venir a ayudar. Conozco tanto a la tita que sacarla de sus casillas fue pan comido —reconoció para mi sorpresa.

—Qué morro tienes, Ruth. Pero esto está muy bueno, tengo que reconocerlo —dije señalando el vaso humeante.

—Lo sé. Pero no es mérito mío, me lo manda mi tía Sara desde Londres. Es la última moda. También me ha enviado un preparado para hacer *smoothies*.

—¿Es una hermana de tu madre? —pregunté con curiosidad.

—Sí, su hermana pequeña. Trabaja en una revista de moda y lleva viviendo en Londres dos años. ¡Hasta tiene un novio inglés!

—¿Hablas mucho con ella?

—Siempre que puede; está liadísima con el trabajo —admitió con decepción, y en seguida sus ojillos marrones se abrieron y añadió—: Va a desfiles, a fiestas... Tiene unos horarios muy locos.

—Vaya —pensé con tristeza; parecía que Ruth estaba aún más sola de lo que pensaba y de lo que su orgullo podía admitir.

—Esto es de mi regalo de Navidad, me mandó un paquete con un montón de maquillaje, infusiones, tés y esta chaqueta —comentó estirando orgullosa las dos cuartas de cuero que apenas le tapaban medio torso.

—Sí, es preciosa, pero te vas a poner mala —dije.

—El espíritu de la tía te ha poseído, Julia; míratelo, porque hablas igual que ella. Dos días más amasando trenzas y te veo regañando a todo el que entra por la puerta del obrador.

No pude evitarlo, me eché a reír, con tan mala suerte que dejé caer el vaso medidor sobre la encimera de mármol y le hice una muesca.

—¿Qué has roto, Tuli? —preguntó mi tía abriendo la cortina que separaba la tienda del horno—. ¿Y tú qué haces aquí? No te he oído entrar —preguntó mirando sin disimulo la ridícula cazadora de Ruth.

—Culpa mía, tita. Quería enseñarle la receta de la crema de almendras que me enseñaste, pero ya sabes, soy una negada —se adelantó a decir Ruth mientras lavaba el vaso en el fregadero—. Ya me iba, tengo un montón de trabajo en la carpintería.

Salió del horno como una exhalación, dejando en el aire el olor suave de la avena de su *chai latte* y a mi tía refunfuñando.

—Esa niña es una cabecita loca —dijo mi tía repasando la encimera que yo ya había limpiado al terminar.

—Sí, solo que ya no es una niña y está muy sola, tía.

—¿Sola? Tuli, no te atrevas a decir eso delante de mí; otra cosa es que no atinemos a darle gusto. ¡Es que ella es muy refinada para hacer bollos de aceite y lo que le gustaría es tomar capuchinos de esos desnatados en Camden Town! —exclamó mi tía imitando los golpes de melena de Ruth, dando a sus palabras un tono más cómico que crítico.

—¿En Camden Town? —chinché a mi tía—. ¿Desde cuándo conoces tan bien Londres?

—Desde que mi sobrino la obligó a ayudarme los fines de semana —dijo refiriéndose a Ruth—, y de tres sábados que vino, dos estuvo hablando de lo adelantados que son los ingleses, y el otro, rompiendo todo y chamuscando género.

—Es una negada —sonreí; no iba a ser yo quien le abriera los ojos.

—¡Para lo que quiere! —concluyó mi tía, dando el último repaso a las bandejas y echando al cubo de basura el vaso—. Venga, vamos a rellenar bambas, que Desiderio ha encargado una docena.

Estaba claro que mi tía había puesto punto final a la charla. Habíamos venido a trabajar y era lo que íbamos a hacer. Las cosas eran fáciles con la tía Consuelo. Preparó la nata montada, me enseñó a rellenar las mangas pasteleras con la cantidad exacta para no malgastar nada, y rellenó dos de las bambas en silencio y con una concentración absoluta. Todo un ritual que yo debía aprender.

—A ver si se te da mejor que las trenzas —dijo y me acercó otros dos bollos de pan blanco para que la imitara.

—Eso espero —respondí con cierta congoja.

—Pues sí, porque si algún día tienes hijas, no sé yo quién va a peinarlas. Porque el Darío me parece a mí que de trenzas sabrá poco...

—Darío es agua pasada, tía —sentencié con más seguridad de la que sentía en realidad.

—Mejor, porque aquí no le queremos, Tuli.

—Entendido —dije—, ahora no me desconcentres —pedí, y me puse a rellenar la primera bamba, con tanto cuidado que durante los veinte segundos que necesité para hacerlo, el mundo entero se desvaneció.

Rellené una, luego dos, tres, cuatro... Era muy relajante poner toda mi atención en una tarea sencilla; además, el resultado era de lo más satisfactorio. Las suaves ondas de nata adornando aquel pastel me parecían una obra de arte.

—Bien hecho. Mejor que tu tío Olmo.

Terminé de rellenar la docena de bambas de Desiderio y diez cruasanes. Cuando alcé la vista, dos bandejas mostraban cada pieza de bollería perfectamente ataviada con sus delicadas puntillas de nata.

—Tengo que hacer una foto, tía. Han quedado...

—Perfectas, Tuli. Tienes manos de artista.

—Gracias, tía. —Aproveché que la tía Consuelo había bajado la guardia para reconducir la conversación—. Oye, ¿y qué hizo la niña para que su padre la castigara ayudando aquí?

—Hace un montón, hija, ya ni me acuerdo. —Sabía que intentaría darme largas, así que contraataqué.

—Anda, anda. A mí no me las das, tía —respondí.

—A ver, Julia, es que tú lo has dicho: es una niña, y con todo lo de su madre, venirse al pueblo..., pues chiquillerías. ¿Sabías que llevaba casi dos años sin ver a su padre cuando se vino a Montejo?

—No tenía ni idea, la verdad —admití, aunque lo que de verdad quería saber es qué había hecho Ruth.

—Todavía me acuerdo de la primera vez que aparecieron en el pueblo, eran dos críos. Ismael debía tener veintipocos años y Laura, la madre de Ruth, no debía ser mucho más mayor de lo que Ruth es ahora.

»Traía una barriga como no he visto otra. Te hipnotizaba ver a aquella chiquilla menuda con ese barrigón redondo. Aquí fue todo un revuelo, mis cuñados se tomaron fatal la noticia, casi dejan de hablarse con su hijo. Si no hubiera sido por tu tío Olmo, no sé yo si hoy día conocerían a Ruth.

»Vivieron en Toledo hasta que se separaron. Ruth casi no conocía a sus abuelos paternos. Algún cumpleaños, unos días en verano y poco más, Julia. Casi no hablaban por teléfono. Todo por el qué dirán. Ya ves tú, lo que le importa a nadie si tienes una nieta o no. Pero la hermana del tío Olmo vive de las apariencias. Por suerte para mí, tu tío es de otra pasta.

»El caso es que Laura cayó enferma, pero aquí nadie decía nada, no sabíamos qué pasaba. Un día Ismael volvió al pueblo y se quedó para siempre. Y aquí estaba, en la carpintería de su padre, un día sí y otro también. No nos atrevíamos a preguntar por Laura y Ruth,

por no molestar a mis cuñados, porque a mí siempre me gustó ella, era una chica educada, tímida, no como su hija, que parecía que flotaba. Tenía una belleza rara, era muy pálida y con el pelo ensortijado, todo disparado en grandes rizos que parecían una corona rubia enorme que la acompañaba allá por donde iba. Y Ruth era una bebé preciosa. Despierta, te seguía con esos ojitos tan vivos y parecía que te quisiera responder, y con cuatro o cinco era un terremoto, con ese pelo salvaje. Debía tener ocho años cuando yo la vi por última vez, antes de... de lo que pasó.

»Mi cuñada, que nunca decía nada de su hijo, ni por supuesto de su nieta, llamó una noche llorando, casi ni la entendía. Laura había fallecido y tenían que hacerse cargo de la niña. De su nieta. Y no paraba de llorar. Y claro, me tuvo que contar lo que ya me imaginaba: que su hijo no conocía a la niña porque en los últimos cuatro años no se había hecho cargo de nada y Laura no le dejaba verla. ¡Valiente irresponsable! ¡No se puede ser más peseteros que mis cuñados! Y ¿para qué? Mira, ahora cuando Ruth necesita algo viene a mí, no va a sus abuelos. Sus abuelos se van a ir al otro barrio podridos de dinero, pero más solos que la una.

»No sabíamos que Laura estaba enferma, nadie dijo ni una palabra sobre por qué se habían separado ni por qué nunca venía la niña. Después entendí que Ismael no había tenido los reaños de acompañarla cuando perdió el pelo, las uñas y no podía levantar sus huesos de la cama. Su hermana Sara me contó que había peleado cuatro años con un cáncer. Si hubieras visto a sus padres en el entierro, Julia, estaban muertos en vida. Eran una sombra, no eran ni personas. No podían hacerse cargo de Ruth. La madre de Laura tocó fondo, la ingresaron en una residencia porque perdió la cabeza. Y, sin saberlo, todo ese dolor que no les dejó cuidar a Ruth fue un regalo para Ismael, aunque igual él todavía no lo ve, pero le permitieron conocer a su hija. Criarla. Eso sí, no va a ser una tarea fácil. Ruth es difícil, no puedo negarlo. Y últimamente anda muy perdida, creo que le vendrá bien tenerte de ejemplo, Tuli.

—Pero ¿qué es lo que ha hecho, tía? — pregunté con insistencia.

—Pues nada del otro mundo; chiquillerías.

— ¿No me lo vas a contar? —me quejé impaciente; parecía que la tía Consuelo quería proteger a la chica a toda costa.

—A ver, es que no quiero que la veas como no es. Y tú es que eres muy cabalita, Julia.

—¿En serio, tía?

—Seguramente querría un nuevo móvil o lo que fuera, y mira, la pillaron con un dinero que no era suyo —admitió con resignación, y aunque hizo esfuerzos para no dar más detalles, no pudo obviar que fue Andrés quien la descubrió—. Menudo disgusto se llevó el maestro. Tener que hablar con su padre, con lo amigos que son, y luego, la reacción de Ruth..., que ya te la imaginas.

—Sí, sí, ya he notado la manía que le tiene. Ahora entiendo por qué. Aunque yo creo que es un poco pose, ¿no? Yo creo que hasta le gusta un poco.

—¿Y a quién no, Julia? Si hasta me gusta a mí —se rio mi tía.

—Pues no es para tanto —contesté haciéndome la dura; en el fondo pensaba lo mismo que ella.

—Ahora me vas a decir que el tal Darío es más guapo y más alto. Y no te lo puedo rebatir, porque no le conozco; pero más majo que Andrés, eso ya te digo yo que no.

—En eso tienes razón, tita.

—¿Ah, sí? Entonces llámale, que necesita que le ayudes con el festival del colegio.

—Ya veré —dije sin querer admitir que ahora mismo era el plan más interesante que tenía a la vista, si no tenía en cuenta la comida familiar que había planeado mi madre para el fin de semana.

CAPÍTULO 30

Por fin me decidí a llamar a Andrés. Habíamos quedado a las tres en el colegio, así que mi tía me había dejado salir antes «para que no oliese a harina».

Recién duchada y con mi portátil a cuestas, llegué al edificio del colegio. Era una especie de fortaleza; anchos muros de piedra y una puerta de forja granate sostenían el gran cartel con el nombre de la escuela. «C. R. A. El Robledal».

Nada más cruzar la puerta de entrada, el bedel se levantó de la portería y llamó por megafonía a Andrés.

—Andrés Martín. Tienes una visita. Andrés Martín, le esperan en portería —dijo con el tono que utilizan en los hipermercados para llamar a alguien a caja—. Está reunido con unos padres —me dijo apagando el micrófono—. Si no lo llamo le tienen aquí hasta las cinco.

—Gracias —dije sin saber muy bien cómo tomarme aquello.

A los cinco minutos, Andrés apareció acompañado de una pareja que parecían más abuelos que padres, de los que se despidió con un abrazo.

—Julia, perdona por hacerte esperar —me dijo desde el *hall*, y se metió en portería a hacer unas fotocopias. Me acerqué hasta el rinconcito donde el bedel miraba su móvil con despreocupación mientras Andrés toqueteaba una máquina mastodóntica que no cesaba de expedir copias.

—No pasa nada —dije con sinceridad.

—Julián, cojo las llaves de la sala de profes, ¿vale? — Pero Julián, el bedel, estaba demasiado absorto en mirar su pantalla y solo asintió.

—¿Te gusta la tortilla? —me preguntó.

—Sí.

—Perfecto. La señora Esperanza me ha hecho una con los huevos de sus gallinas y patatas de su huerto. Y hay torrijas de Mari Paz, la señora de la limpieza.

—¡Cómo te cuidan! —comenté con admiración; estaba claro que Andrés se había hecho un hueco en Montejo de Eresma.

Cruzamos un pasillo interminable y, en cada ventana, el maestro se paraba y levantaba las persianas.

—Qué manía tiene Julián de dejar todo a oscuras — se quejó—. Ven, es aquí —añadió abriendo una puerta de madera y cristal esmerilado tan antigua que temí que se rompiese solo con el balanceo de la llave.

—¿Aquí coméis? —pregunté para romper el hielo.

—Aquí comemos, nos reunimos, corregimos...

—¿Sois muchos profes?

—Tres, exactamente.

—¿Tres?

—Don Fernando, el de Reli; Pilar, de Inglés, y yo, que doy las Ciencias, Educación Física y Música —me explicó, y al ver mi asombro añadió—. Es un CRA.

—¿Un CRA?

—Centro Rural Agrupado.

—Ah —exclamé yo sin tener ni idea de lo que era.

—Quiere decir que tenemos alumnos de diferentes edades en la misma aula. En total tenemos doce alumnos.

—En mi clase éramos treinta y una.

—Y una... —repitió muy despacio Andrés—. ¿Fuiste a un colegio femenino? ¡Quién lo iba a pensar viendo lo abierta que parece tu familia!

—Eso es porque no conoces a mi madre —afirmé con resignación. Lo cierto es que mi madre siempre había sido muy estirada y había buscado un colegio estricto y elitista, incluso si eso significaba que las monjas entendían que limpiar nuestro pupitre el último día de clase era la forma de celebrar el fin del curso académico.

Mi madre. Mi madre y su nuevo amor. Mi madre y mi nueva familia desestructurada.

—¿Cambiamos de tema? —dije en voz alta sin darme cuenta.

—Por supuesto. El festival de primavera.

—Eso es —afirmé con alivio—. Después de hablar por teléfono he hecho algunos bocetos.

Saqué el ordenador de mi bolso y le enseñé los planos que había dibujado en AutoCAD y en los que no había medidas, solo color, formas e ideas. Revisamos las diferentes propuestas pensando en todas las limitaciones que tenía el proyecto. No había dinero, no había mano de obra, y además, Andrés quería que el decorado se pudiera trasladar.

—¿Para qué quieres que se pueda trasladar? Es una función de niños en un «car».

—CRA, Julia. Se dice «cra» —rio Andrés.

—El nombre es lo de menos. ¡Son doce alumnos! ¿A dónde lo quieres llevar? ¿A la Gran Vía?

—A la Gran Vía no, pero a Torrelaguna sí. Participamos en una recaudación de fondos para el albergue, así que todo lo que se ponga como decorado se tiene que poder meter en la furgo de Ubaldo.

—¿Ubaldo el gigante? —comenté en un arrebato de sinceridad.

—El mismo. Pero su furgoneta no es tan gigante, así que tenemos que tenerlo en cuenta.

Y, no sé cómo, de repente era parte de este festival de niños. Sin darme cuenta, el maestro me había contagiado la ilusión de crear algo bonito sin la presión que habitualmente tenía en mi trabajo, y tenía la responsabilidad de diseñar un decorado para un festival escolar de unos niños que no conocía, en un pueblo al que no pertenecía. Y todavía no habíamos ni comido.

—Está bien. Decorado con presupuesto cero, con materiales reciclados y respetuosos con el medio ambiente, reutilizables y transportables —resumí dándome cuenta de la dificultad que entrañaba aquella tarea.

—Fácil, ¿verdad? —bromeó Andrés—. Pero ahora vamos a hincar el diente a la tortilla de Mari Paz.

—¿Qué menos después de engañarme para diseñar el decorado más difícil de la historia? —dije con ironía.

—Diseñar y construir —añadió en voz baja—. ¿A que esta tortilla es espectacular? —preguntó sin darme tiempo para reaccionar. Realmente, Andrés podía embaucar a cualquiera.

Nos comimos la tortilla entera y dos torrijas mientras me contaba anécdotas de sus años como maestro y yo intentaba recordar si alguna vez había conocido a alguien con tanta pasión por su trabajo como él.

—Necesito ir al baño.

—Claro, pero en esta planta no hay lavabos de profes.

—Tendré que apañarme —exclamé resuelta; después del lío en el que me había metido, no iba a quejarme de si el baño era de niños o de profes.

—Segunda puerta a la derecha. Hay un cartel en la puerta.

Al volver me detuve delante de un corcho en el que se exhibían fotos de cada curso, de algunas excursiones y de otros festivales. Parecía que el decorado, hasta ese momento, habían sido flores de papel maché y telas con estampados primaverales a modo de telón. Eso podía superarlo, pensé con cierto alivio.

—¿Puedo tomarme otra torrija? —pregunté a modo de saludo al volver a la sala donde me esperaba Andrés—. Son mejores que las del obrador, pero no se lo digas a Consuelo.

—Nunca —añadí en un tono dramático. Sin embargo, algo iba mal, porque el maestro no sonrió. Estaba de pie con dos móviles en la mano.

—Julia, ha pasado una cosa surrealista. Espero que te rías cuando te la cuente —dijo con una inseguridad que para mí era nueva en él.

—¿Ese es mi móvil?

—Verás, me han llamado desde un número oculto, y como estoy esperando a que me llamen de la Consejería de Educación, pues lo he cogido. Pero al descolgar han preguntado por ti. Era un tal Darío y estaba bastante indignado.

—¿Qué? ¿Por qué tiene tu número Darío? —me pregunté a mí misma en voz alta, y durante unos segundos la idea de un Darío

celoso que había intentado contactar conmigo por cualquier medio me hizo sentir especial.

—Eso es lo que tengo que explicarte. Resulta que no era mi móvil, era el tuyo —se excusó con ojitos de cordero degollado y enarboló los dos dispositivos para demostrar que eran idénticos—. Como es el mismo modelo y suenan igual, pues lo he descolgado pensando que era el mío.

—No puedo creerlo. ¿Y qué te ha dicho exactamente?

—Me ha preguntado dónde estabas, que quién era yo, y luego ha dicho muchas cosas...

—¿Qué cosas?

—Que ahora entendía por qué no le cogías el teléfono y, bueno, que se ha pensado que yo era tu novio y no le ha sentado muy bien.

—¡Menudo idiota!

—Y decía algo de una alfombra y unos platos...

—Lo siento, Andrés, me da mucha vergüenza que hayas tenido que aguantar al imbécil de Darío —me disculpé abochornada.

—Qué va, Julia. Lo siento yo por haberlo cogido.

—No pasa nada.

—Ese Darío no me gusta nada. Si se pone así por una alfombra, no me quiero imaginar por algo más serio —dijo queriendo bromear —. Espero que en la tele no os toméis así todo lo que tenga que ver con el decorado.

No podía hablar, notaba como mis mofletes se habían coloreado y la sangre latía en mis sienes como un caballo desbocado; así que el pobre maestro siguió con su estrategia de aliviar la tensión que la conversación con Darío había causado.

—No me tengas en cuenta si pierdo alguna flor de papel del festival.

—Gracias, Andrés —dije mirándolo con ternura, pues estaba viendo cómo se esforzaba para que no me sintiera juzgada—. Como ya te habrás dado cuenta, Darío y yo teníamos algo. —No supe definirlo mejor.

—Ah, ¿no es tu proveedor de alfombras? —preguntó con una sonrisa irónica y tierna a la vez.

—Pues no. En realidad, es otra de las razones por las que estoy en Montejo.

—Pensaba que era porque tu jefa te despidió en directo. Lo siento, soy fan de Isabel Font.

Ante mi sorpresa, añadió:

—Lo sé, no me pega, pero si no, no tengo temas de conversación con las vecinas.

—Vamos, que todo el mundo sabe que me han echado.

—Pues siento decirte que sí.

—Ahora me siento mucho mejor —dije con pesar.

—Pues deberías, te has librado de la maleducada de tu jefa y del vendedor de alfombras.

—Visto así... —reconocí yo, y se me escapó una sonrisita tonta. Si lo pensaba bien, en el pueblo no estaba tan mal.

CAPÍTULO 31

Brazos de gitano de nata y trufa. ¿Existía algo más obsoleto que los brazos de gitano? Seguramente no, pero aquella mañana había cortado, enrollado, rellenado y decorado una treintena de ellos, y debía reconocer que el tiempo había volado. La precisión con la que tenía que esparcir la trufa con la espátula y usar la manga pastelera, lo que, por cierto, se había convertido en mi fuerte en los últimos días, hizo que no me diera cuenta de que las primeras horas de la mañana se habían esfumado sin darme tiempo a pensar en ninguna otra cosa; ni en Darío y su llamada, ni en mi padre y sus citas, ni en Paula y lo enfadada que estaba conmigo, ni siquiera en mi madre y en cómo se las ingeniaría esta vez para protagonizar la comida familiar.

¿Exhibiría su actitud altanera, la más frecuente en ella, o quizá nos deleitaría con uno de esos días en que rebatía todo y convertía cualquier cosa en una discusión? ¿Vendría con su nuevo amor?

—Venga, Tuli, tómate un descanso y en diez minutos vuelves —me propuso mi tía.

—¿Diez minutos? —me quejé, aunque realmente no necesitaba el descanso.

—Quince, por ser tú —dijo como si me estuviera haciendo un gran favor, y salió hacia la parte delantera de la tienda.

En otras ocasiones salía al callejón empedrado y paseaba sin saber muy bien qué hacer con esos minutillos que quedaban sueltos entre una tarea y otra. Hoy no necesitaba desconectar, al contrario, los brazos de gitano, por sorprendente que pareciera, me habían reconectado con un lugar donde podía trabajar con calma y donde mi cabeza se ocupaba de hacer bien una única cosa, y eso era muy satisfactorio. Así que pensé en hacer algo con las boquillas de la manga pastelera que mi tía no utilizaba nunca. Al volver, cogí los

restos de la plancha de bizcocho que sobraban y las coloqué formando un rectángulo pequeño que rellené de nata para unirlos. Con la boquilla plana más grande que encontré, fui formando suaves pétalos que cubrían la superficie, y con las migas del bizcocho, que deshice con las manos, formé unas salpicaduras que contrastaban a la perfección con la blancura de la nata. Había quedado muy bonito, a pesar de estar colocado sobre el recio papel de estraza con el que envolvíamos las sobras de pan para hacer *pudding* de pan. Coloqué unos trozos de cordel para envolver y espolvoreé cacao y harina sobre el papel. Era un bodegón perfecto; un pastel que yo habría comprado si lo hubiera visto en algún escaparate del centro de Madrid.

Me subí a una de las sillas que había olvidadas en el obrador y saqué varias fotos. En los últimos días mi Instagram había cambiado mucho. Ahora seguía cuentas sobre cómo usar la manga pastelera y a varios *chefs* franceses expertos en pastelería. Y cada vez tenía más seguidores. Nunca pensé que publicar fotos de comida me iba a gustar tanto y, sobre todo, nunca me imaginé que esas fotos les iban a interesar a otras personas.

Publiqué la foto y salí a tomar el aire. Para mi sorpresa, cuando entré de nuevo, Ruth salía de la pequeña habitación que usábamos como vestuario y desde la que se entraba al baño.

—¡Hola, Julia! ¿Has hecho tú esto? —preguntó mirándome tan fijamente a los ojos que me sentí intimidada.

—Sí, solo son restos de una de las planchas de bizcocho —dije.

—Pues, si no te importa, me lo llevo a la carpintería. Hoy es el cumpleaños de mi padre y los brazos de gitano no le entusiasman —dijo cogiendo una bandeja de cartón y envolviendo mi pequeña obra con el mismo papel de estraza sobre el que lo había hecho.

—Claro, llévatelo, pero no sé si estará bueno.

—¿Qué dices? Nata, trufa y bizcocho de la tía. Estará riquísimo. Además, en esta forma es más apetecible.

—Muchas gracias, Ruth. La verdad es que los brazos de gitano están un poco pasados de moda. ¿Has venido a ver a los tíos? —le pregunté con miedo de que mi tía me hubiera escuchado.

—No, he pasado corriendo porque tenía que usar el baño. ¿Me harás una tarta como esta para mi cumpleaños? Es dentro de cinco días —añadió cambiando de tema.

—Si la tía me deja —me reí. Ruth nunca respondía a nada y ya me estaba empezando a cansar de esos juegos.

—Por cierto, no le digas que he venido. Si se entera de que he preferido tu pastel a los suyos, se va a enfadar mucho.

—Ya... —dije con poco convencimiento; me estaba manipulando, hasta el más ignorante se habría dado cuenta—. ¿Y por qué dices que has venido? En la carpintería hay baño.

—Sí, ¿cómo no vamos a tener baño, Julia? ¿Te crees que porque esto sea un pueblucho vivimos como los neandertales?

—Ruth, no he dicho eso.

—Pero lo has pensado. Como tú vienes de la gran ciudad y eres muy especial porque trabajabas en televisión... —masculló con maldad.

Por suerte para mí, mi tía me llamó desde la tienda y Ruth decidió que era el momento de marcharse; con mi pastel bajo el brazo, por supuesto.

—No te olvides de hacerme uno por mi cumpleaños. Por fin seré mayor de edad —dijo a modo de despedida, y salió por la portezuela que daba al callejón, haciendo que las estanterías que contenían la loza de porcelana temblaran a su paso.

—Tuli, hay que hacer pan. Hogazas y pan de cerveza para la feria medieval de Riaza. Yo hago la mezcla y tú cortas y das forma.

Cuando salí del obrador no sentía las manos, el rascador de masa se había convertido en una prolongación de mi brazo. Estaba exhausta pero, de alguna manera, estaba en paz. Solo quería comer en compañía de mi padre, intentar sonsacarle algo sobre Ruth y ver la tele un rato. A las cuatro había quedado con el maestro para decidir algunas cosas sobre el decorado. Los días anteriores no habíamos llegado a un acuerdo sobre materiales, pero hoy tenía una propuesta que Andrés no podría rechazar.

Quería llegar al colegio y enseñarle mi último plano, el que iba a ser el definitivo. Era sencillo, versátil, colorido, y se podía montar y

desmontar. Estaba deseando ver su reacción, me encantaba cómo sonreía cuando algo le gustaba.

CAPÍTULO 32

Los sábados en el pueblo eran otra cosa. El olor de las estufas de leñas se colaba a primera hora de la mañana y llenaba de ese aroma profundo y espeso las habitaciones; impregnaba las sábanas y el pelo de una forma tan sibilina que abrazabas el carbón como una parte más de ti y dejabas de olerlo, de sentir el poso de cenizas que el invierno dejaba en el cielo. Era un día especialmente frío, me había costado levantarme, pero quería cocinar algo especial para la reunión familiar de hoy.

No era gran cosa, pero mi infancia sabía a pollo asado con cebolletas en salsa de azúcar moreno y brandy. Puede que fueran las únicas recetas que mi madre cocinaba cuando yo era niña.

No sé de dónde salieron aquellos platos ni cómo los convertimos en estandarte de nuestra familia, pero siempre que nos reuníamos en torno a la mesa para celebrar algo, allí aparecían las cebolletas y el muslo de pollo. Las diferentes ayudas que mis padres habían contratado en casa habían aprendido la receta de mi madre, y en las últimas décadas mi madre ya no debía preocuparse de nada, sabían mejor que ella cómo nos gustaba: la salsa muy dulce y la piel crujiente.

Hoy era yo quien, rememorando los pasos que Loles, la última asistenta, me narraba en la cocina en las mañanas de domingo de mi infancia, iba a agasajar a mis recién separados padres con la comida de las navidades y cumpleaños.

Eran recetas sencillas pero vistosas; elegantes, como solía decir mi madre. La elegancia no entiende de dinero, decía. Por eso, con dos ingredientes humildes, cebollas y pollo era capaz de crear un banquete digno de un bistró francés; esto último también lo decía habitualmente, pues una de las cosas que caracterizaban a mi madre era su poca o nula autocrítica.

Si compraba un perfume, era el mejor del mercado; si iba a tal o cual carnicería era porque servían la mejor carne de Madrid; si eligió el colegio más austero y gris de Madrid era porque era el mejor.

Mi padre decidió no ayudar con la comida; según él, era innecesario todo el lío si podíamos ir a comer al asador de Torrelaguna; pero yo sabía que eso no era más que su forma de afrentar a mi madre, que odiaba las cortinas castellanas que adornaban el gran comedor y los platos de barro donde se servían los cochinillos. Pasé la mañana sola, cocinando y grabando el proceso para compartirlo en mi Instagram. Mi refugio últimamente.

Cuando todo estuvo listo me duché, me arreglé el pelo en una trenza y hasta me maquillé. No quería que mi madre me criticara más de la cuenta; con recibir las críticas sobre mi ropa sería suficiente, pero de momento el gran jersey de punto grueso y los vaqueros que traje en mi maleta de mano hacía casi tres semanas me hacían sentir en casa.

Pero, como me imaginaba, a mi madre le pareció que «podía haberme esforzado un poquito para no parecer una vagabunda. Estar en el pueblo no significa que no debas estar presentable». Claro que eso lo dijo antes de que su jefa diera el campanazo y se presentara a los postres sin previa invitación, cuando mi familia disfuncional todavía no había hablado ni del divorcio, ni de mi despido, a pesar de que era evidente que ambas partes estábamos al corriente de la situación del otro. Hasta que Anik soltó la bomba, la comida parecía una reunión familiar típica en mi casa. Tres palabras y un beso bastaron para cambiar todo para siempre.

—¿Lo saben ya? —preguntó la jefa de mi madre quitándose los mitones de ante y estampándole un beso en los labios a mi madre.

—¿Cómo? —exclamé estupefacta. Millones de preguntas se agolparon en mi cabeza y una infinidad de dudas sobre cuándo había nacido ese amor que mi madre demostraba por Anik y si eso había separado aún más los universos paralelos de mis padres. Y en un par de segundos la respuesta estaba clara: desde siempre.

De repente se conectaron decenas de momentos, de miradas, de tardes de domingo que mi madre se ausentaba por cuestiones de trabajo; y lo vi claro. Anik, su jefa, había sido siempre el verdadero

amor de mi madre. Sentí que me mareaba, que las paredes de piedra de la casa se me venían encima y me faltaba el aire, y antes de que Anik, mi madre o mi padre pudieran decir algo, me caí redonda al suelo, llevándome por delante la fuente de arroz con leche que mi tía había preparado especialmente para hoy, a sabiendas de que mi madre odiaba ese plato.

CAPÍTULO 33

No sé qué me había sentado peor, las bofetadas que Anik me estaba dando para que volviera en mí, ver a mi padre ayudándola como si ahora fuesen amigos (¿o quizá lo eran de antes a pesar de todo?) o darme cuenta de que todos estaban al tanto del engaño menos yo.

—Julia, ¿me oyes? —oí preguntar a mi madre, y tuve que boquear para coger oxígeno porque volví a sentir que me asfixiaba de nuevo.

—¿Estás bien, cariño? —me preguntó mi padre pasándome su mano por la cara y apartando a mi madre y a Anik de encima de mí. Y por fin pude tragar saliva, respirar y asentir. Mi padre me volvió a acariciar y pude recobrar la compostura.

—Estoy bien —dije con la voz temblorosa mientras me hacía una composición de lugar de lo que había ocurrido en los últimos minutos. Un desastre total reinaba en el comedor, debía haber tirado del mantel al caerme y solo podía ver platos y cubiertos esparcidos por la alfombra, y al fondo, a mi madre y Anik cogidas de la mano, mirándome con preocupación y totalmente cubiertas del arroz con leche de la tía Consuelo. No pude evitar sentir cierta satisfacción al ver sus caras de asco.

El enfado me había nublado la razón; el enfado y ver que Anik sabía dónde estaban los cubiertos en la cocina y los guantes del horno. ¿Había venido al pueblo con mamá a nuestras espaldas? No quise pensar más en ello, pero tampoco estaba dispuesta a comerme la pizza congelada que había puesto a calentar como si aquella fuese su propia casa o, peor aún, su propia familia. Así que sin pensarlo dos veces agarré el abrigo y salí sin dar explicaciones, aunque por desgracia pude oír a mi padre diciendo:

—Déjala, va a ver a Consuelo.

Y la réplica de mi madre:

—¿Lo dices para tranquilizarme, León? Tu hermana siempre nos ha odiado.

«Nos ha odiado». Nos. Es decir, que mi tía también lo sabía. La traición era mayor de lo que podía imaginarme. No podía ir a verla, que era lo que pensaba hacer, así que decidí caminar sin rumbo. Caminar y caminar.

Caminé hasta la huerta de mi tío Olmo y abrí la puerta de alambre con un empujón y comencé a pasear entre las lechugas y las lombardas, muy concentrada en que mis pies no destrozaran ninguna planta. Fui hasta el corral y conté las gallinas. Había catorce y un gallo. Volví sobre mis pasos y no pude evitar arrancar una ramita del membrillo. Pensé que podría usarla mañana en el obrador, y entonces me di cuenta de que pensar en el obrador me daba cierta paz. Entonces supe que era allí donde quería estar y no entre los macizos de hortalizas del tío Olmo.

Sin embargo, no pude llegar al obrador. De camino al pueblo, me encontré con Ruth; con una Ruth hecha un mar de lágrimas que se abrazó a mí nada más verme y no podía dejar de sollozar, haciendo que las ramas de los árboles resonaran en un ruido seco y quejumbroso. Parecía que el pueblo la acompañaba en su llanto desconsolado.

—Venga, Ruth, no me asustes —dije intentado separarla de mí e intentando ver su cara entre la maraña de rizos y los dos regueros de rímel que surcaban sus mejillas—. Me vas a manchar el abrigo y no tengo otro —añadí intentando que pareciese que me preocupaba mi aspecto.

—Ya está, ya está —dijo restregándose los últimos restos de pintura.

—¿Qué te ha pasado? —pregunté con cierta preocupación.

—Nada —mintió, y empezó otra vez a llorar.

—Vale, pues para no pasarte nada estás bastante disgustada —dije para evitar decir que estaba hecha un desastre. No obtuve respuesta, solo noté que su abrazo se hizo más fuerte y su peso descansó sobre mí. Realmente estaba muy mal.

Sin saber muy bien cómo, los ecos de las noticias de sucesos que la tía solía comentar golpearon mi cabeza y empecé a pensar

cosas horribles que podían haberle pasado a Ruth. Mis piernas comenzaron a temblar y tuve que arrodillarme para sujetar su cuerpo de gacela y que no nos cayésemos ambas al suelo.

—Ruth, ¿te ha hecho alguien algo? —pregunté asustada, y noté como su cabeza se movía dando una negativa sobre mi hombro—. Está bien, entonces necesitamos a la tía Consuelo —dije con pesar.

Llegar a casa de la tía no fue sencillo. Ruth no quería levantarse, lloraba sin descanso y, a medida que nos acercábamos a la casa, parecía ir haciéndose más pequeña y vulnerable; para cuando llegamos, no era más que una niña con la cara sucia y los ojos hinchados de llorar.

—Pasad. Menuda preocupación teníamos —dijo abriendo la puerta del todo y mostrando al tío Olmo con el abrigo puesto—. Ya íbamos a ir a buscaros —añadió, y supe que mi padre y el padre de Ruth la habían puesto sobre aviso.

—Vamos, entrad, entrad, que se escapa el calor. — Como siempre, mi tío Olmo encontraba la manera de preocuparse por cosas insignificantes en los momentos más inoportunos.

Pasé detrás de Ruth, que se echó en brazos del tío Olmo, y sentí la mano de mi tía en la espalda como un bálsamo que me tranquilizó; como una declaración de intenciones. Ella se haría cargo de todo.

Nos sentamos en los sillones del salón en silencio, sin perder a Ruth de vista, que seguía llorando con amargura. La tía Consuelo la tapó con un manta y comenzó a desenredar su melena con las manos, con paciencia, hasta que las últimas lágrimas asomaron a sus ojos y pudo decir algo.

—Mi padre no me deja irme a vivir con mi tía Sara —dijo por fin Ruth, con la voz ronca de tanto llorar.

—¿Y qué esperabas, hija? —preguntó la tía Consuelo, impermeable a la tristeza de la chica.

—Que por una vez me escuchara —respondió Ruth, y reconocí el principio de un enfado incipiente.

—Claro, y que te compre un billete solo de ida, ¿no? —dijo con recochineo la tía.

—Nada me haría más feliz —sentenció Ruth.

—¿Y tu padre? ¿Has pensado lo que le haría a él feliz?

—¡Es mi padre, tía! Mi felicidad está por encima de la suya. Y si no, que no hubiera sido padre.

Y aquellas palabras de la que hasta hacía unos segundos parecía una niña desvalida me hicieron darme cuenta de lo egoísta que podía llegar a ser como hija. Mi madre tenía derecho a ser feliz.

—Tengo que irme, tía —dije, y supe que también mi tía había comprendido cómo esas palabras de Ruth habían resonado en mí.

—Vete, vete, que menuda tenéis liada en tu casa también —soltó mi tío con total naturalidad, y mi tía le echó una mirada heladora y siguió acariciando el pelo de la niña como si no hubiera escuchado lo que había dicho, aunque ambas sabíamos que iba a escuchar una charla que la haría cambiar de opinión y hasta pedirle perdón a su padre. La tía Consuelo tenía esa forma única de reconfortarte en la que había más regañinas que mimos, pero en la que te sentías querida y entendida sin necesidad de grandes palabras. Su demostración del amor estaba al abrir la puerta de su casa a cualquier hora y para cualquier cosa. Eso sí que era amor. También era amor lo que sentía mi madre por Anik. Solo había que verla. Nada más entrar a casa, todos supieron que volvía en son de paz, que estaba sorprendida y que, en cierto modo, consideraba una traidora a mi madre. Pero estaba allí, y eso solo podía significar que quería perdonar; o mejor dicho: que por fin había entendido muchas cosas, aunque supusieran que mi mundo se tambaleaba. Había comprendido que en mi familia había un gran amor que sostenía nuestro hogar. El amor de mis padres hacia mí. Y aunque eso no bastó para aliviar la impresión que me había causado ver a Anik como el gran amor de mi madre, hice de tripas corazón y me uní al café que estaban tomando los tres en la mesa de la abuela María; y sin decir grandes cosas, los cuatro sentimos que estábamos poniendo la primera piedra de un nuevo hogar, con más habitantes, sin armarios y habitada por una familia ligeramente distinta.

CAPÍTULO 34

Llegué antes de las cinco al obrador. No tuve que esperar al tío Olmo ni tres minutos, sus pasos torpes y el sonido de sus llaves llenaron de ecos el callejón, y su sonrisa al verme fue todo el saludo que nos brindamos.

Entré al obrador y fui encendiendo con él una por una las luces y las máquinas. Quería ver al tío trabajando; quería saber cómo era un día normal en el obrador sin estar como un polluelo debajo del ala de mi tía.

Cuando todo estaba en funcionamiento, el tío sirvió cinco tazas de café y abrió la puerta de chapa, y entonces tres hombres a los que no conocía entraron saludando con un leve movimiento de cabeza, se lavaron las manos con la determinación de un cirujano en la pila de aluminio y se pusieron manos a la obra a hacer las tres mezclas de pan que habían hecho al obrador famoso: pan blanco, pan de cerveza y pan integral con semillas de lino y girasol.

Ver a aquellos tres hombres trabajando era como ver una coreografía lenta y pensada. No había prisa, pero trabajaban sin pausa, en silencio, con orden y bajo la atenta mirada del tío Olmo, que de vez en cuando se acercaba al puesto de trabajo de alguno de ellos y señalaba algo en voz baja y ambos se reían. Ayudé a Florín, un hombre de no más de cincuenta años, a amasar el pan de hogaza. Tenía un acento recio del Este de Europa y unos ojillos azules coronados por cientos de arrugas que le daban el aspecto de un marinero de otra época. La suavidad con la que terminaba cada bollo de pan era sobrecogedora. Había una precisión y una eficacia en sus manos que nunca había visto, ni siquiera a mi tía Consuelo.

Una vez que comenzaron a hornearse las docenas y docenas de pan, los cuatro hombres tomaron asiento alrededor de la mesa de trabajo central y se tomaron el café frío como en un ritual, y

entonces toda la seriedad y ceremonia que habían reinado en el obrador dieron paso a comentarios sobre fútbol, a bromas entre camaradas y a un segundo café, esta vez caliente.

Ayudé de nuevo a Florín a sacar las piezas del horno y terminar de preparar la masa básica de los bizcochos que usaban para montar tartas. De hornearlas se encargaría la tía Consuelo, al igual que de preparar la bollería y decorar los pasteles y galletas. La parte a la que hasta ahora había ayudado yo.

—Tuli, queda media hora para que venga la tía, ¿qué haces, te vienes a la taberna de Longino? —me propuso mi tío, aunque todos sabíamos que al resto de hombres, incluido Florín, no les apetecía nada.

—No, gracias, tío. Voy a ir a ver a Ruth —dije con desgana, pues temía tener que vivir otro momento de llanto como el de ayer.

—Paciencia y al toro.

Me abrigué bien, cerré la portezuela del obrador y dirigí mis pasos hacia la carpintería de Ismael. Esperaba poder salir con Ruth a dar un paseo o, al menos, salir fuera para poder hablar con algo de intimidad. No hizo falta que entrara a la carpintería, Ruth estaba sentada en el banco tallado que se apoyaba en la fachada de hiedra del local, con los cascos puestos y mirando hipnotizada su teléfono móvil.

—Veo que te han dado el día libre de atender el teléfono —dije a modo de saludo al ver que Ruth al menos se quitaba un auricular de la oreja.

—Pues no. Desde aquí escucho si suena, y si no, pues que llamen otra vez —corrigió al ver que mis ojos se abrían involuntariamente como platos y se dirigían a sus flamantes cascos.

—¿Cómo estás? —pregunté sentándome a su lado. —Bien.
—Me alegro, Ruth. Ayer me quedé muy preocupada.
—Gracias —dijo con sequedad.

—De nada. A tu edad es normal que todo parezca muy grande; con el tiempo ves que algunas cosas que te hicieron sufrir mucho son solo tonterías.

—¿Ah, sí? —preguntó con un tono que hizo que se me erizase el pelo de la nuca.

—Sí, ya lo verás.

—Sí. Tonterías. ¡Qué tonta soy, Tuli! —añadió con una sonrisa malvada, y supe que ya no había vuelta atrás—. Porque querer vivir con mi tía Sara es solo un capricho, ¿verdad?

—En ningún caso he dicho eso, Ruth.

—Pues a mí me ha parecido que sí que lo has dicho. Al fin y al cabo, solo soy una cría.

—No intentes manipularme.

—¿Yo manipularte? Si solo soy una cría que no tiene madre y que ha tenido que venirse a un pueblucho perdido donde no puedo hacer nada porque no hay ni centro comercial, ni gimnasio, ni siquiera un instituto, y encima tengo que vivir con mi padre, al que no veía nunca y que no sabe nada de mí. Pero claro, querer vivir con mi tía Sara, que vivió conmigo y con mamá hasta hace cuatro años, es una tontería. Porque estoy mejor aquí, yendo a la taberna de Longino y cogiendo medidas para armarios empotrados que en Londres estudiando para ser maquilladora. O actriz. O lo que sea, pero en Londres.

—¿Por qué no me cuentas algo más de tu tía Sara? —claudiqué.

Lo había conseguido. Ruth lo sabía y, por supuesto, también era consciente de que yo lo sabía, y aun así me había rendido ante sus cantos de sirena.

—Te voy a contar algo mejor —dijo suavizando el tono y mirándome con unos ojos que brillaban con la fuerza de un universo naciendo—. Mateo Barrios está aquí. Graban toda la semana en Montejo, Tuli —añadió agarrándome del brazo como si tuviera que hacerme ilusión la noticia.

—¿En serio? —pregunté—. No he visto ningún camión de la producción. ¿Quién te lo ha dicho?

—Mateo. Dice que van a grabar en la taberna y en la plaza de la iglesia.

—¿Mateo? ¿Por qué hablas con Mateo?

—No pensé que te importara, la verdad.

—Y no me importa, Ruth. Pero respóndeme.

—Le escribí por Instagram y al final nos dimos el número de teléfono. Estamos conociéndonos.

—Ruth, te recuerdo que tienes diecisiete años.

—En realidad el sábado cumplo dieciocho.

—Da igual. Es muy mayor para ti. Tiene mucha...

—¿Mucha qué? —inquirió sin dejarme terminar la frase, que por otro lado tampoco sabía cómo acabar.

—Mucha... vida —dije.

—No te pongas celosa. Tú tienes al maestro, yo me quedo con la estrella de cine —respondió la joven, y me pareció que sus ojos se tornaban verdes por un instante. No se parecía nada a la niñita que ayer llevé a rastras a casa de los tíos.

—¡Eres muy tonta, Ruth! ¿Lo sabías? —exclamé poniéndome a su altura.

—Te duele tener competencia, lo entiendo.

—Venga, déjate de tonterías y entérate de si viene la bruja de mi jefa a grabar.

—Pide por esa boquita, me viene de perlas tener una excusa para escribir a Mateo.

Intenté mirar de soslayo el móvil de Ruth, pero no hubo manera. Unas risitas y un minuto después, solo supe que había una nueva chica en mi puesto, pero nada sobre Amanda y su perrito faldero.

—Me tengo que ir, la tía me va a echar la bronca. Llego tarde.

—Suerte con la tía, está de mal humor.

—¿Sí?

—Siempre que ve a tu madre le pasa.

—¡Ni que fuera culpa mía! —refunfuñé mientras apretaba el paso para llegar al obrador cuanto antes.

CAPÍTULO 35

La mañana se pasó volando. La tía no tenía ganas de hablar y me dio vía libre para decorar las pastas de té y los pastelitos como más me apeteciera, así que decidí probar las boquillas de la manga pastelera que nunca se usaban. Cuando quise darme cuenta era la hora de irme a casa, pero hoy estaba tan cansada que no pensaba ni comer. Así evitaba otra conversación sobre lo que ocurrió ayer en la comida familiar. Además, tenía que subir al colegio para ver a Andrés; tenía que hablar conmigo algo sobre los materiales del decorado.

Dos horas de siesta debajo del nórdico fueron la mejor de las terapias. Eso y el buen humor de Andrés, que era capaz de que se te olvidase cualquier cosa, incluso que solo había cien euros de presupuesto para todos los gastos. Pero el maestro no iba a permitir que eso afectara a nuestra ilusión por montar un decorado digno de Broadway, así que comenzamos a tomar medidas del salón de actos y a tomar las últimas decisiones sobre dónde iría cada elemento de la escenografía.

—Julia, ¿necesitas que mida el espacio que hay hasta la platea? —me preguntó Andrés muy serio.

—¿La platea? Pero si esto es un patio de butacas y muy cutre, por cierto —dije con malicia.

—Perdón por no conocer todos los términos del mundo del espectáculo —dijo mientras se sentaba al borde del escenario junto a mí, que acababa de cerrar el portátil.

—¿Sabes que mi productora va a grabar en Montejo otra vez?

—Algo me ha comentado el bedel —admitió.

—Pues sí... —dije, pensando en todo lo que suponía eso.

—¿Qué te preocupa exactamente? —preguntó con verdadero interés.

—Me preocupa ver a mis compañeros.

—Porque tus compañeros no conocen a tu jefa y piensan que te merecías ser despedida en directo y todo lo demás, ¿no?

—Claro que no.

—¿Entonces?

—Me preocupa que no entiendan mi decisión de dejar este trabajo y venirme aquí.

—Ya, ¿quién pasaría unos días en un pueblo tan pintoresco respirando aire puro y arropada por su familia?

—No hagas que suene así de ridículo —me quejé.

—¿Cabe la posibilidad de que tus compañeros no estén pensando todo eso sobre ti? Lo sabes, ¿no?

—Puede —reconocí—, pero llevo aquí casi un mes y ¿qué he hecho? Sigo sin saber qué voy a hacer, nadie me quiere contratar porque al parecer soy una traidora, el imbécil de Darío está con otra y no se ha dado ni cuenta de que le evito, salvo para reclamar la dichosa alfombra, mi madre tiene novia, y Ruth se va a meter en un lío y no sé cómo evitarlo.

—Dicho así, son un montón de problemas, pero desde aquí, desde donde yo te veo, no se ve eso, Julia. Yo veo una mujer inteligente que no era feliz en su trabajo y que puso punto final el día que vino a Montejo, aunque necesitase un empujoncito de su jefa, nunca mejor dicho; y que hace un esfuerzo por olvidar a un hombre que no la merece, aunque sea difícil; que se preocupa como una hermana mayor por Ruth, y que puede encajar a la perfección en la vida de este...

—¿Sí? —pregunté esperando que la palabra que se le había congelado en esa sonrisa ladeada fuese «hombre». En la vida de este hombre.

—Pueblo.

—Me has convencido, Andrés —dije con decepción—. Al final voy a ser un buen partido —bromeé no sin intención.

—Con una tía como Consuelo sería difícil no ser un partidazo —dijo dándome un codazo—. Por cierto, ¿qué pasa con Ruth?

—¡Qué no pasa cuando está Ruth! Esa chica es como un torbellino. Ayer me la encontré llorando porque no puede irse a

Londres a vivir, y hoy me cuenta que está tonteando con un hombre adulto; y hace una semana se enfadó conmigo y no me quería ni mirar.

—Ruth y su desorden.

—Es normal, supongo, solo tiene diecisiete años y está hecha un lío.

—Ha sufrido mucho, Julia.

—Lo sé. Siempre que puede me recuerda lo que ha pasado. Es bastante manipuladora, por cierto.

—Puede que sea egoísta, o mejor dicho, egocéntrica, como todos los adolescentes; pero incluso usando esa mala pasada de la vida a su favor, Ruth está lidiando con la pérdida de su madre, de su mundo, y necesita ayuda.

—Tiene a su padre, a la tía Consuelo, a su tía Sara —respondí yo, un poco indignada por lo que estaba insinuando Andrés.

—No estoy diciendo que no tenga apoyos, lo que digo es que Ruth no ha tenido tiempo para procesar tantos cambios y, quizá, busca soluciones rápidas en los sitios equivocados.

—O en las personas equivocadas —dije en voz alta, pensando en Mateo Barrios.

—El sábado es su cumpleaños, ¿vas a ir?

—No me ha dicho nada de celebrarlo.

—Su padre va a hacer una fiesta sorpresa en la taberna de Longino. Seguro que se le ha olvidado, pero cuenta contigo.

—¿Habrá que llevar regalo? —pregunté.

—¿Tú qué crees?

—Cuanto más caro mejor, ¿no? —sentencié con ironía.

—¡No tienes ni idea de cómo tratar a un adolescente! —se rio Andrés.

—¿Por qué dices eso? —me quejé; estaba claro que a Ruth le fascinaban el lujo y las personas con éxito.

—No pasa nada, Julia. Algún defecto tenías que tener —dijo levantándose del borde del escenario y extendiendo la mano para ayudarme—. Es hora de irnos —añadió mientras la puerta del salón de actos se abría y la cabeza del bedel se asomaba para gritar

«cierro en cinco minutos, Andrés» y romper la burbuja en la que estábamos.

CAPÍTULO 36

En casa habíamos vuelto a la rutina de cenas precocinadas y programas de reformas. Yo cada vez me acostaba antes, pues había conseguido que Florín me dirigiera algunas palabras sueltas sobre el amasado, y eso me había convertido en una especie de aprendiz sin derecho a preguntar, pero que absorbía cada movimiento o rectificación de los ingredientes que las enormes manos de aquel hombre hacían. Con la tía las cosas eran fáciles, siempre y cuando hicieras lo que ella decía y a su manera; pero, para ser sinceros, después de trabajar con una sociópata como Amanda Muela, mi tía me parecía la mejor jefa que pudiera imaginar, especialmente desde que había delegado en mí las labores decorativas. La manga pastelera era lo más parecido a la meditación que yo había experimentado.

Pero, hoy, mi salud mental se estaba viendo resentida por las interferencias que se colaban en el obrador del *walkie talkie* del ayudante de dirección de mi exequipo de grabación. El ruido de los camiones de luces y la autocaravana de los actores hacían que mi mente volviera una y otra vez al momento del despido, a la decisión de denunciar a la producción y, por distintas razones, a Darío, a su traición continua, no a la del último día, sino a la traición que suponía para mí misma estar enamorada de un hombre para el que yo significaba tan poco. Y todo eso estaba arruinando mi momento preferido del día: rellenar y decorar pasteles con merengue y la famosa crema de limón y canela, la especialidad de la tía Consuelo.

Iba a intentarlo una vez más, una última prueba con los bordes de las planchas de bizcocho. Quería probar a hacer una cenefa sobre una de las tartas con la boquilla de estrella abierta, pero una visita inesperada hizo que nada saliera como yo esperaba. Nada.

—Tuli, hay un chico que pregunta por ti —gritó mi tía asomándose por las cortinas que separaban el obrador de la tienda —. Y es muy guapo, pero que muy guapo —añadió susurrando.

No me lo podía creer, Darío estaba aquí. Me estiré el delantal e intenté sacudir los restos de azúcar glas y canela de mis manos para recolocar los mechones de pelo que se habían escapado de mi trenza, pero solo conseguí embadurnarme todavía más y que el aroma de la canela se instalara en mis fosas nasales, haciéndome estornudar sobre mi bizcocho a medio decorar. Lo tiré a la basura sin miramientos y me dirigí hacia la puerta de la tienda. ¿Qué le iba a decir? ¿Por qué había venido? ¿Seguía pensando en mí? ¿Quién era la mujer con la que se fue?

Pero no pude encontrar la respuesta a todas esas preguntas que se iban acumulando en mi cabeza. Cuando estaba a punto de cruzar el umbral del obrador, el murmullo de voces de vecinas me atrapó. No era Darío quien preguntaba por mí; era Mateo Barrios.

—Pasa, pasa, hijo —oí decir a mi tía mientras me giraba en un acto involuntario de verdadera rabia.

—Gracias. Consuelo, ¿verdad? —respondió el actor en un gesto de galantería bastante manido.

—Eso es —asintió mi tía cogiéndole de las manos—. Julia, mira quién está aquí, el guapo de la serie esa que hacías cuando empezaste; el que decías que era tan mono —añadió mi tía, y por un momento no supe si lo que escuchaba eran las palabras del tío Olmo. Desde luego, eran igual de indiscretas.

—Hola, Julia —dijo Mateo acercándose a darme un sonoro beso en la mejilla.

—Mateo, ¿qué haces aquí? —pregunté, todavía decepcionada.

—Sabes que vamos a grabar aquí, ¿verdad? Como la última vez lo pasamos tan bien en mi caravana —dijo ruborizando a mi tía, que decidió que era momento de marcharse—, he pensado que podíamos hacer algo después del rodaje.

—No sé, Mateo, estoy un poco liada.

—Si es por lo de Amanda, no te preocupes, ha mandado a una chica nueva. ¿No ves que hay muchos exteriores y aquí hace un

rasca que pela? Ella juega en otra liga, no va a venir aquí a pasar calamidades; para eso tiene a sus peones.

—Gracias por la información, pero me da igual lo que haga Amanda —exclamé con una dignidad fingida.

—No te ofendas, es que tu prima Ruth me ha estado dando la vara para saber si venía tu jefa a grabar, así que pensé que estabas agobiada por encontrarte con ella.

—Pues ya ves que no, Mateo.

—Guay. Me alegra oír eso.

—Vale —dije sin saber cómo interpretar sus palabras.

—Sobre todo, con el marrón que tienes con lo de la denuncia y todo lo que se dice de ti en los platós —comentó bajando la voz y acercándose a mí como si fuese algo realmente malo que nadie debiese escuchar.

—¡Qué asco de gente! —exclamé sin pensar—. Así que van hablando sobre mí. ¿Y qué es lo que dicen? — exigí dando un paso al frente.

—Muchas cosas, Julia —admitió Mateo poniendo su mano sobre mi hombro—. Pero no tienes que preocuparte, los que te conocemos sabemos que tú no eres así.

—¿Así cómo? —quise saber.

—Dicen que estás destrozada, pero yo, que te conozco desde siempre, te miro y veo una mujer valiente, con decisión, honesta y muy atractiva —dijo mirándome tan cerca que podía contar las motas marrones de sus ojos verdes. Un par de centímetros más y podría besarle.

—No digas tonterías —exclamé apartando su brazo y encontrando un poco de espacio.

—Julia, desde el otro día no dejo de pensar en ti; por eso me da tanta rabia oír lo que dicen. Quería que supieras que puedes contar conmigo.

—Gracias —dije al no encontrar nada más que decir. Mateo Barrios se me había declarado en el obrador de la tía Consuelo, cuando todavía podía escuchar el revuelo que había causado entre las mujeres del pueblo. Sus ojos eran fascinantes, pero sus palabras eran las de un encantador de serpientes.

—Llámame esta noche y lo hablamos. Seguro que hay algo que pueda hacer para parar los pies a Amanda y que deje de decir todas esas cosas sobre ti.

La portezuela metálica que daba al callejón se abrió sin hacer ni un ruido, y Ruth entró en el obrador con el sigilo y la gracia de un hada. No supe exactamente cuándo había llegado, y eso me preocupó. ¿Iba a montar un numerito o a retirarme la palabra de nuevo?

—Hola, Ruth —se adelantó Mateo a decir.

—No sabía que ibas a venir al obrador antes de la comida —dijo la chica, con cierto tono de reproche.

—No quería aburrirte con temas laborales —mintió Mateo.

—No me aburre, para mí Julia es como una hermana mayor y quiero ayudarla.

—Gracias —volví a decir, incrédula.

—Venga, vamos a comer. Ya están sirviendo el cáterin y Rosa y Ana nos estarán esperando —añadió Mateo.

—¿Rosa y Ana de maquillaje y peluquería? —pregunté.

—Las mismas. Van a orientar a tu prima sobre qué estudiar.

—Qué buena idea —admití sorprendida, y Ruth sonrió satisfecha.

—Vente y las saludas. Además, hoy tenemos lasaña de verduras. Es el plato estrella.

—Muchas gracias, Mateo, pero no me apetece tener que dar explicaciones a todo el mundo. Además, he quedado para comer.

—¿Otra vez pizza congelada con tu padre? —aprovechó Ruth para preguntar con recochineo.

—Pues claro que no —mentí, azorada—. He quedado con Andrés.

—¿Andrés? —preguntó instintivamente Mateo.

—Es su nuevo novio —señaló Ruth, sin darme tiempo a poder decir algo.

—Ah, no sabía que tenías una relación...

—Es que es muy reciente —mintió Ruth.

—Vamos, que se me han adelantado —comentó, y su sonrisa desapareció. Un violento aleteo de pestañas de Ruth hizo que las

cortinas del obrador se abrieran y entrara el rumor de las vecinas que se habían acercado a ver a Mateo.

—Creo que quieren saludarte —dije volviendo a mi manga pastelera y dando por terminada aquella conversación, sin hacerme sospechar cómo de resentido estaba Mateo por mi falta de interés en él y cómo me iba a hacer pagarlo.

CAPÍTULO 37

—No me lo digas más veces. Hoy no voy a llamar a mamá, ni mañana tampoco, ni al otro —respondí malhumorada a mi padre.

La conversación con Mateo me había dejado mal sabor de boca; no sabía exactamente a qué se debía, pero había sacado a la luz cierto resentimiento. Saber que la vida continuaba en la producción sin mí y que, además, Amanda se había dedicado a retratarme como una traidora me hacía sentir muy pequeña e insignificante. La vida por la que tanto había luchado se me escapaba entre los dedos; de repente, las horas que había invertido en ser alguien en la industria audiovisual, el sacrificio, la falta de sueño no iban a servir para nada. Había construido un mundo que se venía abajo por momentos; siendo honesta, que yo misma había hundido en el momento que decidí denunciar a Amanda. Y ya no podía hacer nada para cambiarlo porque, a pesar de la inquietud que se me había anudado en el estómago, no estaba segura de que valiera la pena.

En un mes mi vida había dejado de parecer perfecta para ser real. Hace un mes mi familia ya era disfuncional, y hace un año, y dos y diez. Y mi trabajo absorbía el cien por cien de mi tiempo, llevándose por delante cualquier posibilidad de hacer algo distinto, de vivir de otra manera. Y, sin embargo, ahí estaba yo. Ciega, sorda, inmune a la gente que vivía a mi alrededor, a lo que ocurría en mi propia familia, al vacío que me arrasaba por dentro. Entregada a la idea del amor, pero a la persona equivocada.

Y de camino al colegio, con la ropa de faena bajo el brazo y las pocas herramientas que el tío Olmo me había prestado en una bolsa de plástico, pensaba en cómo había decidido escapar e instalarme en Montejo de Eresma para que nadie supiera de mí, para evitar al mundo, y qué poco lo había conseguido. Ahora tenía una especie de prima política a la que quería y temía a partes iguales; una madre

lesbiana; una madrastra embajadora de Francia; un padre más activo en Tinder que la mayoría de mis amigos; un maestro panadero recio como un rodillo de amasar; un pretendiente famoso, y un amigo maestro que conseguía hacer conmigo lo que quería. Pero estos pensamientos que habían logrado hasta sacarme una sonrisilla boba pararon en seco al oír la voz inconfundible de la última persona a la que quería ver.

—¡Hombre, la prófuga! —gritó Amanda Muela bajándose sus enormes gafas de sol y cerrando la puerta del colegio al salir—. Andrés me ha contado maravillas de lo que estás haciendo para la funcioncilla esa de final de curso.

—¿Andrés? —pregunté incrédula.

—Sí, el maestro. Nos han dicho que es tu noviete, ¿no? —dijo mirando con complicidad al imbécil de Roberto.

No supe qué decir, así que aceleré el paso para entrar al colegio. Roberto se apartó, y Amanda me dio un toquecito en el hombro que hizo que toda mi musculatura se tensara al instante.

—¿Qué quieres, Amanda? —pregunté conteniendo la rabia.

—Quiero que retires la denuncia.

—Sabes que no lo voy a hacer.

—Muy bien, prepárate para lo que se te viene encima —me amenazó.

—¿Qué me va a pasar? Sorpréndeme —la desafié.

—No te va a pasar nada, cielo. Pero el invierno va a ser duro; bueno, el invierno y la primavera, porque pienso instalar aquí el rodaje de mi nueva serie. Vas a verme hasta en la sopa.

—No tengo ningún problema —mentí.

—Me alegro, porque he conseguido que Rosa contrate a tu primita como becaria en maquillaje y peluquería.

—Es una menor, Amanda —respondí muy seria.

—Cumple dieciocho esta semana, Julia. ¿Y tú dices que eres su familia? Si hasta el maestro sabe más de la niña esa que tú.

—No voy a contestarte. Te conozco. Eres todavía peor persona de lo que pensaba y eso es bastante difícil.

—¿Qué te preocupa? Que oiga lo rastrera y trepa que eres.

—No voy a dedicarte ni un minuto más —dije cerrando la puerta tras de mí.

El bedel me saludó incómodo por la escena que había presenciado, y yo caminé conteniendo las lágrimas para que no pudiera verme, hasta alcanzar el baño de chicas. Allí cerré la puerta y lloré amargamente hasta que alguien tocó la puerta.

—Julia, ¿te encuentras bien?

—Sí —respondí a media voz.

—Me ha contado Julián lo de tu discusión ahí fuera. Sal, anda —me rogó Andrés, pero estaba bastante cabreada con él por haberle hablado sobre mí y también sobre Ruth.

Tardé unos minutos en salir, necesitaba respirar y coger fuerzas para enfrentarme a esta conversación con Andrés. Era la primera vez desde que había llegado al pueblo que veía algo de él que me decepcionaba.

—No tenías derecho a hablar sobre mí con Amanda.

—Pero si lo único que he hecho ha sido defenderte —se justificó el maestro.

—¿Ah, sí? Y por eso ahora va a trasladar la localización de la serie a Montejo de Eresma.

—Eso no tiene nada que ver conmigo, Julia. Yo solo le he hablado de cómo me estás ayudando.

—Ya, y de Ruth. ¿Quién eres tú para hablar de ella?

—Perdona, pero ahora me estás ofendiendo y mucho.

—Claro, porque el señor maestro siempre sabe qué decir y qué hacer, pero lo que nadie sabe es que luego habla de la vida de los demás con cualquiera.

—Eso no es cierto. Creo que deberíais estar agradecidos por lo que he conseguido para Ruth.

—¿Y qué has conseguido exactamente? Si no recuerdo mal, ha sido Mateo Barrios quien la ha ayudado.

—Fue idea mía, Julia, yo se lo propuse a Ruth, no podía seguir así. Ahora va a aprender un oficio, algo que le interesa y que puede quitarle de la cabeza otras cosas; cosas que no la hacen ningún bien...

—¿Como qué? ¿Ayudar a su padre en el negocio familiar, estar con sus tíos, recuperarse de la pérdida de su madre en un entorno seguro...?

—Como sisar dinero del obrador y de la taberna de Longino.

—¿Qué? —exclamé estupefacta.

—Ya lo sabes. Ahora ya no es solo mi problema. Ahora tú también estás al corriente de lo que le pasa a Ruth. ¿Qué vas a hacer para ayudarla?

—¿Yo? —volví a preguntar sorprendida.

—Sí, Julia, ya está bien de pasar de puntillas por la vida. Enfréntate a tu jefa, enfréntate a Ruth, a tus padres y a ese vendedor de alfombras, y plántales cara.

—No necesito que me defiendas ante nadie ni que seas el salvador de nadie; ni Ruth tampoco.

Salí del colegio dando un portazo y sintiendo como dos grandes goterones recorrían mis mejillas y se escondían entre el pelo de mi nuca mientras corría de camino a casa. El aire frío secaba las lágrimas y las convertía en lenguas de sal que estiraban de mis mejillas. Al llegar a casa, sentí el mismo miedo que cuando abandoné el plató después del incidente del despido. ¿Y si acababa de perder lo único que me hacía feliz en la vida? ¿Y si había perdido a Andrés?

CAPÍTULO 38

—¿Hoy no vas con el maestro? —me preguntó mi padre mientras recogíamos los restos de nuestro festín de ultraprocesados.

—No, tengo que ir a comprar un regalo a Ruth —respondí intentando que mi padre no se percatara de lo preocupada que estaba.

—Es el sábado, ¿verdad?

—Sí.

—Cómprale algo de mi parte, anda, no quiero ser el único sin regalo. Ruth no me lo perdonaría, y la tía Consuelo, menos.

—Debo ser la única a la que no ha invitado, por lo que veo.

—Se le habrá olvidado. Si hasta han invitado a Ubaldo. Es que Ruth es una cabeza loca, ya la conoces.

—Sí, la conozco más de lo que me gustaría —dije saliendo de la cocina para ducharme.

—Pues si vas a Madrid, podías ir a ver a mamá, que me tiene frito, hija. ¡Me llama más que cuando estábamos casados! —se quejó mi padre.

—Ya veré —respondí, sin ninguna intención de seguir el consejo de mi padre. A pesar de que la rabia se había esfumado, no tenía ganas de otra conversación difícil.

Cuando me senté en el asiento de mi coche noté un olor espeso que no acababa de reconocer. Abrí la ventanilla para airearlo y respiré el aire frío de la sierra. Hacía casi un mes que no lo movía. Puse en el navegador la dirección de la tienda y subí la música con la esperanza de que una tarde de compras me ayudase a olvidar la discusión de ayer con Andrés, el descubrimiento sobre Ruth y, por qué no decirlo, el rodaje que se estaba llevando a cabo sin mí a dos calles de mi casa.

Llevaba los dos últimos días intentando evitar a toda costa encontrarme con alguien de la producción. No tenía ganas de encontrarme con Mateo Barrios y su repentino interés en mí, y, para ser sincera, temía encontrarme con mi sustituta, más todavía si era de la cuerda de Amanda.

Pensé que debería llamar a Paula, aunque estaba bastante disgustada con ella por nuestra última conversación; y ella también debía estarlo, porque no me había vuelto a escribir para nada excepto para preguntar la dirección de la casa del pueblo. El lunes era mi cumpleaños y estaba segura de que, por muy enfadada que estuviera, me iba a mandar su ya mítico desayuno de cumpleaños. Marqué su número y recé para que no lo cogiera, ahora mismo no podría aguantar una de las broncas de Paula sin derrumbarme, y eso le preocuparía, y si Pau se preocupaba era capaz de presentarse en el pueblo.

Por suerte para mí, después de seis tonos, saltó el contestador y pude grabar un mensaje:

Paula, por muy enfadada que esté contigo, te echo de menos. Ya sé que tú estás más enfadada todavía, pero quería contarte algunas cosas que han pasado estos días y también saber cómo estás.

¿Por dónde empiezo?

Mis padres se han separado.

Mi madre es lesbiana.

Estoy trabajando en el obrador de mis tíos.

Ahora tengo una hermana pequeña que está adolescente perdida.

También he regañado con el maestro, que es un hombre de lo más interesante y guapo. Que me gusta muchísimo, aunque me dé rabia reconocerlo.

Y Darío no deja de llamarme, no para disculparse, sino para pedirme cuentas por una alfombra...

Ah, Mateo Barrios. ¿Te acuerdas de él? Se me ha declarado. Bueno, casi.

Así que llámame y hablamos con más tranquilidad y sin enfados, por favor. Pero no más tarde de las diez, que a las cinco ya estoy amasando pan con Florín. ¡Un beso, Pau!

Intentar resumir todo lo que había pasado desde que me fui de Madrid me dio mucho que pensar. ¿Me habían pasado más cosas en un mes que en los últimos cinco años? Desde luego, había tenido más altibajos que nunca, pero también había estado más despierta que nunca, más conectada a lo que sentía de lo que nunca había sentido. Incluso las cosas malas, como la separación de mis padres, empezaba adquirir bastante coherencia. La vida no podía ser convivir en paz, tenía que hacerte sonreír como hacía ahora mi madre. Eso me daba la esperanza de que algún día mi padre también encontraría esa felicidad genuina en algo o en alguien. ¿Y por qué no? Yo también.

Llegué hasta el aparcamiento de Santo Domingo inmersa en estos pensamientos y me dirigí a la pequeña tienda que siempre me salvaba cuando tenía que hacer un regalo de última hora. Quería algo especial para Ruth. Sabía que en cuestiones de moda no compartíamos nada, mucho menos de música, así que pensé en un regalo sentimental, algo que ella nunca habría comprado. Di un paseo entre las estanterías de madera y me detuve en infinidad de objetos curiosos, teteras con formas de animales, pendientes hechos con lana y pompones, kits para hacer tu propio sushi... Todo me gustaba, pero ¿valoraría Ruth estas cosas? Seguramente no. Aun así, seguí buscando con ahínco, y en esa búsqueda encontré varios moldes para hacer pasteles antiquísimos, y hasta una batidora manual. Cogí ambos objetos y los coloqué para hacer una foto. Mi cuenta de Instagram estaba creciendo y creciendo, especialmente desde que compartía mi día a día en el obrador. Estaba segura de que a los amantes de la cocina les iban a entusiasmar tanto como a mí aquellas dos joyas que había encontrado y que, por supuesto, me iba a llevar a casa como regalo anticipado de cumpleaños.

Había casi desistido de encontrar algo especial para Ruth, cuando lo vi. En un primer momento me pareció un pequeño reloj de bolsillo labrado, con su cadena larga que lo convertía en un colgante muy vistoso. Al abrirlo, supe que era el regalo perfecto. En lugar de un reloj, su esfera en color azul marino profundo albergaba una rosa de los vientos dorada que marcaba las iniciales de los cuatro puntos cardinales. La aguja en dos colores, oro y plata,

refulgía al moverse buscando el norte. Pensé en lo perdida que estaba Ruth y en si entendería el significado, y luego temí que se ofendiera e hiciese que se apagasen todas las luces de Montejo con una de sus sacudidas de melena. Aun así, la compré.

De camino al coche pensé que podía visitar algunas de las pastelerías que había descubierto gracias a Instagram este último mes. Podía coger algunas ideas para decorar los pasteles y, además, me merecía un capricho. Después de una breve búsqueda, planeé mi ruta así: la tarta de queso de chocolate belga de Álex Cordobés, las palmeritas de hojaldre de varios sabores de Balbisiana, y los *eclairs* de café de Maison Kayser. Tres paradas en la calle Velázquez para comprobar si estas famosas tiendas estaban a la altura de mi tía Consuelo.

Volví a casa con dos trozos de tarta, una para mi padre y otra para Andrés. A pesar de lo rica que estaba, llevar tarta de otra pastelería a mis tíos lo habrían considerado una ofensa, especialmente la tía, así que preferí dejarlo estar. Pretendía emular la receta con su ayuda, así que iba a tener que tener mucha mano izquierda si quería proponer algo nuevo en el obrador. Los nuevos sabores, la delicadeza de las piezas que mostraban sus escaparates y la forma tan distinta de presentarlas habían hecho volar mi imaginación; las ganas de volver al obrador y estrenar mis moldes vintage hicieron que el disgusto por el malentendido con Andrés pasara a un segundo plano. Tuve que hacer un gran esfuerzo por no comerme su trozo de tarta, especialmente porque parecía que salir de casa a la mañana siguiente iba a ser una pesadilla. Dos señales de «prohibido aparcar» anunciaban que mañana se cortaba la calle por rodaje. Mi calle.

CAPÍTULO 39

—Repite. Repite. No sirve —exclamó Florín con su rudeza de siempre, e hice lo que me pedía: retiré las tres hogazas de pan que había amasado y volví a darles forma y greñarlas como me había enseñado. Esta vez dio su visto bueno con un ligero movimiento de cabeza y yo volví a mi tarea. Amasar, greñar, hornear. Todo era el preámbulo de lo que realmente me gustaba: terminar las tartas y pasteles que mi tía no quería hacer. Esperaba con ansia que la tía Consuelo tuviera algún recado que hacer para que delegase en mí esa parte. La verdad es que lo hacía yo casi cada día. Salvo algún encargo especial, la tía me dejaba hacer, y aunque no mostraba sorpresa por los cambios que iba haciendo en las coberturas y decoraciones, no me hacía repetirlas como habría hecho Florín. Definitivamente, sería un jefe mucho más exigente que la tía.

Lo que no esperaba es que la tía llegara acompañada de Ruth, y mucho menos que vinieran a encargarme a mí una tarta para el cumpleaños de Ruth, al que, por cierto, todavía no estaba invitada.

—Para resumir, lo que quiere es una tarta esponja, ¿no, niña? —explicó la tía Consuelo.

—Una *sponge cake*.

—Y como a ti te gustan todas esas cosas modernas de la capital... —dijo mi tía intentando disimular que en el fondo la molestaba.

—No la he probado nunca. ¿Tienes la receta al menos? —pregunté.

—Anda, sí, y la del *pudding* inglés también —se rio mi tía.

—Es que, cuando era pequeña, mi madre y mi tía hacían ese bizcocho y lo rellenaban de mermelada. Es mi postre favorito, me recuerda mucho a mi infancia — comentó bajando la voz Ruth, como

si eso fuese a ablandarme, cuando la realidad es que hubiera dicho que sí de todas formas.

—No hay nada que no encuentre Google —contesté resignada mientras la ilusión de hacer una gran tarta iba creciendo en mí como si fueran mariposas volando libres—. ¿Para cuántos invitados? —pregunté con malicia para que la chica se sintiera mal, aunque creo que no dedicó ni un segundo a pensarlo.

—Para unas veinte personas; veinticinco más bien, pero no todos tomarán tarta —dijo.

—¿Vais a ser tantos? —pregunté mirando a Ruth fijamente.

—Vamos a ser unos cuantos, sí. Cuento contigo, ¿no? —añadió con una sonrisa que nació desde la comisura derecha de su boca. Acababa de darse cuenta del menosprecio que me había hecho y, en lugar de azorarse por ello, pareció hacerle gracia.

—Si puedo, iré, claro —dije de mala gana.

—¿Cómo no vas a poder, Tuli? El programa ese de las casas te lo grabas y lo ves al día siguiente —espetó la tía, zanjando el asunto.

—¿Te lo grabas? —preguntó curiosa Ruth, que no había conocido los vídeos VHS caseros.

—No os riais de mí —amenazó la tía al vernos sonreír—. ¡Que esta vieja de aquí os da mil vueltas! Ya veréis a mi edad, ya... —Y se marchó a la tienda del obrador poniéndose el delantal bordado con sus iniciales que llevaba usando más de treinta años cada día.

—Bueno, ¿qué? ¿Me vas a hacer la tarta? —volvió a preguntarme la chica.

—Lo voy a intentar, Ruth, pero nunca he hecho una tarta así, y menos para tanta gente.

—Seguro que lo bordas, ya verás. Los vas a dejar a todos con la boca abierta, hasta al maestro, y eso que últimamente anda un poco de bajón, por lo que dicen las malas lenguas.

No me lo podía creer, una adolescente estaba intentando chincharme y sonsacar sobre mi vida amorosa. ¿Amorosa? Ni si quiera podía llamarla así.

—¿Ah, sí? No sé nada —contesté tajante, aunque no podía negar que había despertado mi curiosidad.

—Eso dicen, que lleva dos días como un alma en pena; que ni ha ido a teatro ni a la gimnasia de las viejitas.

—¿Gimnasia de las viejitas? —pregunté horrorizada.

—Sí, las clases esas de mantenimiento que da por la noche para las vieji... para las señoras mayores.

—Ya.

—No sé, igual es que ya no le estás ayudando con su festival. Como estos días no has subido al colegio por la tarde..., que me lo ha dicho la de la limpieza.

—¿En serio?

—Es vecina mía. Dice que Andrés le pidió torrijas para el primer día que fuiste y que eso es que le debes gustar mucho. Con lo sieso que es... —remató Ruth, que no podía obviar su mala relación con él.

—¿Y se puede saber por qué te cae tan mal? —pregunté a ver si Ruth soltaba prenda.

—Pues porque se cree que lo sabe todo y que puede ayudar a todos desde su pedestal de profesor de ciudad. Para él no somos más que una obra de caridad —dijo, y no pude replicarle nada, pues había dicho cosas con mucho sentido, aunque yo a mis casi treinta años no había sido capaz de verlas por mí misma.

—Tampoco es eso, yo creo que lo hace de corazón —me forcé a decirle.

—Porque a ti también te ha hipnotizado, como a las marujas de Montejo, y solo veis lo bueno que es y no veis la realidad.

—A ver, sorpréndeme, ¿cuál es la realidad? —quise saber, aunque temía que me diera otra razón de peso que no fuese capaz de rebatir.

—Que es un metomentodo. Y que lleva aquí dos días y se cree que lo sabe todo y no tiene ni idea de lo que pasa en cada casa —exclamó con bastante rencor—. Pero que hacéis buena pareja, Tuli.

—Y a pesar de todo eso, ¿te gusta para mí, Ruth? — pregunté incrédula.

—Bueno, es que tú eres bastante sabelotodo y un poquito estirada también.

Resoplé y fui a lavarme las manos para seguir dando forma a los buñuelos; todavía me quedaba hornearlos y rellenarlos de crema de almendras.

—Para veinte, ¿vale? —fue lo último que le oí decir antes de escabullirse por el portón de atrás. Estaba segura de que iba al rodaje, y me sentí mal por no haberle preguntado por sus prácticas con las chicas de maquillaje; pero no me duró ni un segundo porque todo lo que había dicho de Andrés sonaba en mi cabeza como un eco que se iba amplificando cada vez más. Esto solo lo arreglaba la manga pastelera.

Y así fue, durante casi dos horas me dediqué a rellenar y decorar con un sinfín de florituras las seis tartas que había encargadas, una centena de pastelitos y las pastas de té para los próximos dos días. Sin embargo, cuando fui a subir a mi cuenta de Instagram las fotos de la tarta de chocolate y trufa que tanto me había costado terminar, una notificación de Paula en la pantalla llamó mi atención.

Tenías que saberlo. Mejor por mí que por otros.

Tenía dos llamadas perdidas. Abrí WhatsApp y vi que Paula me había mandado una foto y varios mensajes. La maldita conexión a internet del obrador no me dejaba descargar la imagen, así que, mientras la ruleta verde mostraba el lento avance de la descarga, empecé a leer los mensajes de Paula.

Julia, no te he podido llamar antes porque he tenido mucho lío con el cierre del trimestre en la productora, ya sabes lo que es cuadrar con todos los departamentos y cerrar presupuestos; y porque estaba un poquito enfadada todavía.

Pero he visto esta foto tuya circulando en varios grupos de la tele en los que estoy y no podía dejarlo estar.

Tenías que saberlo. Mejor por mí que por otros.

Y entonces la imagen se abrió. Era una imagen mía de perfil amasando con las mangas remangadas y el mandil bien apretado sobre la cintura. No me pareció una foto mala, más bien diría que era bastante favorecedora; mi pelo moreno amarrado en una trenza resaltaba sobre el fondo de azulejos blancos del obrador y el mandil me hacía muy buena figura. Nadie diría que me alimentaba de pizzas*, nuggets* y ensalada de cangrejo.

No entendí el tono de alarma del mensaje. Así que seguí leyendo las burbujas de conversación que Paula me había mandado.

Alguien ha mandado esta foto y todos están comentando cómo has acabado de panadera.

Y me mandaba un pantallazo de la aportación de Roberto.

De pija de la calle Princesa a panadera en menos de un mes. ¡Quién la ha visto y quién la ve! Me da pena, la pobre.

Menudo idiota. Yo ni siquiera vivía en la calle Princesa, y sí, mis padres tenían dinero, pero yo no era una pija. Aunque, pensándolo un poco, tampoco me veía como una sabelotodo y una estirada, y Ruth sí. ¿Era también una pija?

Seguí leyendo los mensajes de Paula.

Lo peor es que hay muchos arrastrados que le siguen la corriente. Bueno, y en uno de los grupos está la sinvergüenza de Amanda, pero no te lo voy a contar... Los he mandado a la mierda.

Aunque no todo ha sido malo. Algunos hasta han dicho que estás más buena aún de panadera (Jonás, el ayudante de cámara, y Axel, el localizador).

Estaba claro que mis compañeros no lo eran tanto. Que no me había rodeado de gente honesta, que la increíble rivalidad del mundillo nos había pasado por encima convirtiéndonos en verdaderos trepas. Porque, por muy enfadada que estuviera, yo había estado ahí y le había bailado el agua a Amanda Muela más tiempo del que nadie debería; pero lo que realmente hizo que todo se tambaleara a mi alrededor fue pensar que alguien de mi nuevo entorno había hecho esa foto, y solo podía ser una persona. Entonces, como me había pasado en la comida familiar con mi madre, sentí que el mundo se apagaba y mi cabeza giraba a la velocidad de la luz transportándome a un lugar lejano desde el que apenas oía los ruidos de lo que me rodeaba. Y entonces, el golpe seco contra el suelo.

CAPÍTULO 40

—Julia, ¿cómo estás? —oí decir a alguien que me resultaba familiar, aunque no conseguía abrir los ojos; el dolor de cabeza me abrumaba y me impedía responder—. Tranquila, estoy contigo. Te has mareado y te has hecho una brecha, pero no parece grave. Te vamos a llevar al ambulatorio, ¿vale? —Noté que me agarraban de la mano y me presionaban algo contra la frente.

—Hay que ir hasta Segovia. —Identifiqué a la tía Consuelo—. Echo el cierre y salimos todos de aquí.

—¿Puedes levantarte? —me preguntó con suavidad la misma voz que me tenía la mano agarrada.

Hice un intento de incorporarme, pero todo me daba vueltas y no solo me dolía la cabeza, la rodilla izquierda parecía que me iba a estallar.

—¡Andrés, menos mal que has venido! Mi hermano está fuera y no he querido asustarle, y Olmo se pone muy nervioso conduciendo en carretera —oí exclamar a mi tía, y entonces hice un esfuerzo enorme por abrir los ojos y me vi rodeada de gente. Entre ellos, la enfermera de la productora de la que me despidieron, dos compañeros cámaras y Jonás, el ayudante de producción. Y, de pie, mi tía y Andrés con la cara descompuesta.

—Jonás, tráeme la camilla portátil de mi caravana —dijo la enfermera, a la que conocía porque siempre iba a los rodajes acompañando a Camilo Santander, la leyenda del cine del destape que estaba viviendo su segunda época dorada—. Menos mal que han fichado a Camilo, Julia —me dijo al oído con ironía Claudia.

Fue lo último que escuché, porque volví a sentir que todo se alejaba, y lo siguiente que vi fue a mi madre acariciándome el pelo en la habitación del hospital donde iba a pasar la noche.

—¿Dónde está papá? —pregunté sin saber muy bien por qué.

—Gracias, yo también me alegro de verte, hija — respondió mi madre.

—¿Qué me he hecho? —pregunté al tocarme la frente y notar un vendaje.

—Te has mareado y te has hecho una brecha. Seis puntos, pero con el flequillo ni se te va a notar, y una contusión en la rodilla, pero no parece grave, Julia.

No dije nada, estaba un poco confusa y empezaba a recordar pequeños instantes de cómo había llegado hasta el hospital con Claudia, Andrés y la tía Consuelo.

—Pero has tenido una subida de tensión. Tienen que hacerte algunas pruebas, así que vas a quedarte aquí esta noche.

—No —me quejé.

—Se va a quedar papá contigo, ¿vale? Yo tengo que coger un vuelo mañana muy temprano.

—Lo prefiero, la verdad. Tú no dejarías de quejarte del sillón — dije sin querer ofenderla.

—Menuda salida triunfal has hecho —comentó mi madre como si quisiera devolvérmela.

—¿Qué he hecho? No recuerdo nada, solo el golpe y a Claudia. Bueno, y a Jonás, a Andrés... —Y seguí haciendo memoria.

—Te han sacado en camilla. Han tenido que parar el rodaje para montarte en el coche del maestro, por lo visto. Creo que tus compañeros...

—Excompañeros —corregí.

—Tus excompañeros creo que han hecho un paseíllo, todos en silencio. Dice el tío Olmo que parecía de película, nunca mejor dicho —apostilló a pesar de saber la vergüenza que me haría sentir la situación.

No dije nada, me tapé la cara con las manos e intenté pensar en otra cosa. La *sponge cake* de Ruth. Tenía que buscar la receta, transformarla para los veinte invitados y decidir cómo decorarla. Y otra oleada de enfado superó el bochorno de haber salido en una camilla del obrador ante la mirada de mis excompañeros. Ruth había mandado esa foto. Iba a cantarle las cuarenta.

—¿Quieres que llame a la enfermera? Te estás poniendo muy roja, hija.

—No hace falta. Quiero que entre papá o la tía Consuelo.

—Vale, porque yo tengo que irme. Mañana me dices cómo has pasado la noche, cariño —me dijo dándome un beso y recogiendo su abrigo de piel blanco del sillón.

Me quedé sola en la habitación y volví a la *sponge cake*, eso me mantenía tranquila. ¿Qué llevaría? Huevos, harina, leche, levadura seguro... ¿Mantequilla, quizá?

—¿Se puede? —La voz de Andrés me sacó de mi cocinado imaginario de la tarta de cumpleaños más bonita de la historia, aunque Ruth no se lo mereciera.

—Ya estás aquí, así que... —dije yo sin poder evitar que mi orgulloso tomase las riendas de la conversación.

—Menudo susto has dado a tu tía. Bueno, a todos en realidad.

—Ya me lo ha contado mi madre: lo del rodaje, la camilla...

—Eso es lo de menos, Julia. Verte en el suelo, llena de sangre y tan desorientada fue un *shock* para mí. Nunca sé cómo reaccionar cuando hay un accidente. Me pasa con los niños también.

—Así que el maestro sabelotodo no sabe qué hacer algunas veces —dije sin pensarlo.

—¿Sabelotodo? —repitió, y yo solo pude asentir avergonzada—. Parece que sigues enfadada conmigo, y eso me fastidia.

—A mí también me molestó bastante tu actitud del otro día.

—Te pido disculpas si te ofendí de alguna forma, no era mi intención.

—Disculpas aceptadas —me resigné a decir, y vislumbré un esbozo de sonrisa.

—Por cierto, ¿dónde está mi padre? ¿Y mi tía?

—Bueno, es que... —dijo rascándose el remolino que tenía en el cabeza, sin saber cómo seguir aquella frase.

—¿Están fuera? ¿Ha pasado algo más? —pregunté asustada.

—Mira, no puedo mentirte, Julia. Me sabe fatal, pero estaban discutiendo con tu madre.

—La tía Consuelo no puede remediarlo —dije con exasperación —. Pero no es nada nuevo, siempre regañan.

Charlamos un rato más sobre cómo sus padres siempre discutían en la cena de Navidad y en casi todos los cumpleaños que recordaba; y también sobre la nueva situación de mis padres, Anik y la comida en la que descubrí todo y también acabé desmayándome. Una enfermera entró para tomarme la tensión y la temperatura, y Andrés aprovechó para despedirse y dejar entrar a mi padre y la tía, que debían haber tenido unas cuantas palabras con mi madre, porque se les veía todavía nerviosos. Pero esta vez no pensaba preguntar. Esta vez me iba a quedar al margen, no quería ser la pelota que va y viene de un campo a otro y siempre acaba magullada. Bastante magullada estaba ya por el golpe. Me dejé mimar, escuché el relato de mi tía de cómo había ocurrido todo, como si fuese una película de terror, y escuché el sermón de mi padre sobre cómo debía tomarme las cosas con más calma o me iba a pasar algo más grave. Sin embargo, aunque descubrir cómo hablaban de mí en el gremio me había hecho daño, y más aún saber que la foto la había hecho Ruth, no me había supuesto un disgusto tal como para caerme redonda al suelo. Aun así, no rebatí nada de lo que me dijeron. Estaba cansada y dolorida. Necesitaba dormir.

CAPÍTULO 41

Llegamos a casa con el ramo de flores de mis excompañeros a cuestas, una muleta, un montón de pastillas y una dieta para bajar el colesterol que me estaba causando la hipertensión. Al parecer, los mareos son normales cuando hay subidas de tensión, y mi dieta de las últimas semanas a base de precocinados había hecho subir mis niveles de colesterol drásticamente, lo que había provocado todo lo demás.

La tía Consuelo nos había provisto de frutas, ensaladas y verdura ya cocinada, para dos semanas, pero lo que realmente me tenía preocupada no era mi nueva dieta, sino que estábamos a viernes y no había empezado ni a buscar la receta para la tarta del sábado. Tampoco había hablado con Ruth, que no había dado señales de vida; eso solo podía significar que sabía lo que había hecho y no se atrevía ni a preguntarme.

Yo no necesitaba una explicación, ya sabía lo que había ocurrido, y Paula me lo había corroborado: Ruth le mandó una foto a Mateo Barrios por la razón que fuese, seguramente quejarse sobre mí, y este la había mandado a uno de esos grupos de rodaje, resentido por mi frialdad en el obrador. Lo demás vino solo y, sinceramente, por muy buena que fuese la explicación, ya me daba igual. Sin embargo, tenía que hablar con Ruth, no podía ser tan imprudente con las redes sociales, y mucho menos con desconocidos más mayores que ella. Además, debía aclarar lo de los robos en el obrador, por muy difícil que fuera la conversación. Pero tendría que esperar, al menos, a que pasara la celebración de su cumpleaños, aunque eso significara que ocurriría en la víspera del mío, del que, por cierto, nadie parecía acordarse este año. Ni siquiera la tía Consuelo.

Pasé la tarde buscando la receta perfecta. Parecía sencilla, los ingredientes eran de lo más común: huevos, mantequilla, azúcar, harina, leche, levadura, nata para montar y mermelada. Enseguida recordé las palabras de la tía Consuelo: «Si quieres sobresalir en algo fácil, hazlo con lo mejor que tengas». Es decir, ingredientes de calidad. Eso sería fácil, en el obrador todo seguía la máxima de la tía, así que solo tenía que escribir bien las cantidades, hacer un par de pantallazos de la receta y rezar para que mañana todo saliera bien. Madrugaría, y si todo iba como debía, antes de las diez estaría lista; al mediodía podría empezar a decorarla. Había pasado mucho tiempo buscando la decoración perfecta, especialmente en las horas eternas de hospital, y finalmente había dado con ella: una rosa gigante de pétalos enormes y rizados hechos con la boquilla Wilton 127D que los tíos tenían muerta de risa en un rincón del almacén. La receta de la crema de mantequilla la tenía más que pulida, solo tenía que teñirla de color rosa a juego con la mermelada que rellenaría la tarta. Iba a ser espectacular. Muy vistosa y exagerada, única en todos los sentidos. Acorde con la protagonista de la fiesta.

A la mañana siguiente, papá me ayudó a llegar hasta el obrador. Por suerte, el sábado no había rodaje y el pueblo volvía a estar igual de tranquilo que siempre. La rodilla seguía molestándome, estaba hinchada y me dolía al apoyarme, pero según el traumatólogo era efecto del gran golpe que me había dado al caer, y con analgésicos y antinflamatorios en quince días estaría bien. Comencé mi ritual de mezcla y amasado de la tarta, y el tiempo se diluyó. No sabría decir cuánto tiempo pasé en silencio, disfrutando de la soledad y la seguridad que me daba seguir una receta paso a paso. Sabía que iba a salir bien, y durante las dos horas que necesité hasta que las planchas de bizcocho aireado y jugoso salieron del horno, no existió nada más.

Andrés apareció justo cuando había comenzado a montar la crema de mantequilla con la que iría cubriendo la tarta a modo de grandes pétalos ondulados.

—Solo quería ver cómo estabas. Me ha dicho tu padre que estabas aquí. ¿Molesto?

—No, iba a empezar con la decoración. Siéntate, voy a estar un buen rato con ella.

Andrés se quitó el abrigo y se sentó a una distancia prudente de mí. Como un espectador, guardó silencio mientras cubría la estructura redonda de tres pisos de bizcocho y mermelada de fresa con la mezcla rosa brillante y empezaba con el centro de la gran flor que sería la tarta.

—Es impresionante —dijo con asombro al ver los primeros pétalos salir de la magnífica boquilla.

—Espera y verás —dije con una seguridad que no había sentido en mucho tiempo.

Trabajé en silencio bajo la atenta mirada de Andrés. Me sentía cómoda, muy cómoda en aquel obrador del que conocía casi todo y en el que podía ser yo misma.

—¿Quieres que te haga una foto? Estás preciosa ahora mismo. Deberías tener un recuerdo de este momento, yo quiero un recuerdo de este momento —dijo Andrés levantándose y acercándose a mí más de lo que lo había hecho nunca.

—Está bien —respondí, impresionada por la intimidad del momento. Y seguí con mi tarea, pues sabía que Andrés querría una foto natural y no una pose.

Tomó una única imagen y dejó el móvil sobre la mesa, boca abajo. Pensé en besarlo, pero me asustaba dar ese paso, así que pétalo a pétalo seguí haciendo crecer aquella flor descomunal. No pareció importarle, miraba con gran curiosidad el proceso y parecía disfrutarlo tanto como yo. Eso me hizo reflexionar sobre lo que vemos cada uno de nosotros en la misma imagen, y entonces le conté lo que había pasado con la foto que me hizo Ruth y cómo mis compañeros habían hablado sobre mí en aquellos chats, amparados por la distancia que dan las redes y la valentía de saber que yo no podía leer lo que decían.

—Tienes que hacer algo, Julia.

—¿Qué voy a hacer? ¿Darles el gusto de ver que me han hecho daño? —respondí muy al estilo de mi madre, que nunca se mostraba vulnerable ante nadie. Prefería parecer impasible.

—Al contrario. Tienes que demostrar que no pueden hacerte daño con eso. Avergüénzales, Tuli, que tomen de su propia medicina. —El maestro que siempre daba consejos a todo el mundo seguía ahí; no sé si me gustaba eso de él, pero tenía que reconocer que me gustaba la idea de darles una lección.

—¿Y si lo publico en mi cuenta de Instagram? — propuse.

—Me parece una gran idea, así también podremos poner cara a la hacedora de todas esas delicias —dijo, y pensé en Ruth y en la razón que llevaba cuando hacía burla a Andrés; a veces era un poco redicho.

—¿Y tú cómo sabes lo que comparto yo en redes? —pregunté curiosa. Parecía que se había tomado la molestia de buscarme, como mil veces hice yo con Darío en busca de alguna pista.

Andrés sonrió como toda respuesta, pues se supo descubierto y, por una vez, le daba igual. No necesitaba demostrar que siempre podía controlar la situación, ni que tenía todas las respuestas. Con Julia podía ser imperfecto como era, redicho, inquieto, curioso, protector...

Terminé la tarta. Andrés me ayudó a fotografiarla; subirme a la silla con mi rodilla en ese estado no era una gran idea, y cuando hubimos terminado era casi la hora de comer.

—¿Quieres comer en casa? Hay mucha comida. Toda sana —me excusé.

—Nunca se rechaza una invitación, menos aún si es comida sana —dijo con sinceridad.

Comimos la ensalada de judías verdes y huevo de la tía Consuelo y unas pechugas de pollo que mi padre preparó al ver que teníamos compañía. Fue una comida sencilla, amenizada con conversaciones de aquí y allá. Hablamos sobre cine, sobre la cuadra de Luis, de mi madre y Anik, de las aplicaciones de citas, de las que el maestro sabía menos que mi padre, lo que me pareció un punto a su favor; y también sobre la foto que mis compañeros habían criticado. Después del café, Andrés se despidió de mi padre y yo lo acompañé hasta la puerta; nos despedimos con un abrazo y con un beso torpe en la mejilla después de unos minutos más charlando en el frío de la sierra, parecíamos querer arañar hasta el último segundo de

conversación, de cercanía. Ambos deseábamos otra cosa diferente a un abrazo, pero la historia con Darío, la preocupación por Ruth, el revés que me había vuelto a dar el gremio televisivo con la maldita foto y todo lo demás nos mantenía a esa distancia prudencial que a mí, personalmente empezaba a dolerme.

Cerré la puerta y el calor de la chimenea me dio de nuevo la bienvenida al interior de mi madriguera, el sonido de la tele y la luz ya tenue de las tardes frías de invierno me reconfortó, aunque no pude evitar soltar un suspiro. Andrés me gustaba mucho. Estando tan cerca en la puerta de casa había imaginado tantas formas de perderme en el calor de su cuello, de hundir mis manos en la tibieza de su cuerpo fuerte bajo el abrigo que por un momento me sentí abrumada por mi propio deseo.

No había pasado ni un minuto desde que le vi salir cruzando el arco de piedra de la entrada, cuando el timbre sonó de nuevo.

—Hija, ¿abres tú? — preguntó mi padre desde el salón, mientras oía como buscaba nuestro programa de reformas favorito.

—Sí, debe ser Andrés que habrá olvidado algo.

Esta vez no sentí el frío de Montejo cortándome la piel, ni siquiera me llamó la atención la tormenta que empezaba a formarse en el fondo del valle. Esta vez, Andrés no dijo nada, se apresuró a subir los dos escalones que daban acceso a la casa y cuando estuvo a mi altura, sin mediar palabra, me miró con una intensidad que yo desconocía en él y me agarró por la citura para acercarme a su cuerpo con suavidad, aunque no podía disimular la desesperación que encerraba aquel gesto impulsivo.

Reposó su frente en la mía y oí su respiración entrecortada, me acercó un poco más y sentí el calor de su pecho contra el mío, sabía que para el maestro lo que estaba a punto de pasar significaba mucho más que el ansiado beso que hubiese querido recibir en el obrador. Y ante ese pensamiento, entorné la puerta tras de mí y me entregué a besarlo con la pasión de tantas tardes juntos en las que no podía parar de pensar lo atractivo que era, lo bien que sentaría despertarme abrazada a un hombre como él.

Al principio un torrente de fuerza nos hizo trastabillar hasta qu mi espalda quedó apoyada en la fría piedra y todo su cuerpo sobre

mí en un beso largo y apasionado. Después, poco a poco fuimos recuperando la compostura y se sucedieron decenas de besos cortos y tiernos que solo confirmaban que lo que estaba pasando estaba bien, me sentía como una adolescente en sus brazos, temí no poder controlar el deseo que sentíamos en ese instante.

—Vamos a tener que parar o haré un locura, Tuli.

Sonreí, esperé que un nuevo torbellino me llenara la boca de ese gusto dulzón que me dejaban los besos de Andrés y tuve que apretarme contra él con más fuerza para ver si así el hormigueo que me llegaba desde la punta de los pies hasta la nuca cesaba, pero solo se intensificó.

—Tienes razón. Tenemos que parar— me obligué a decir porque solo deseaba colar mis manos bajo su abrigo y rozar la piel de su espalda en busca de calor. Probar su cuerpo y perderme en él sin que importara nada más.

—Tenemos que hacerlo…— me dio un último beso tierno y se apartó de mí como si aquello fuese lo más difícil que había hecho nunca. Se colocó el abrigo, se pasó sus manos fuertes por el pelo, las mismas que hace un minuto exploraban mi cintura y la parte baja de mi espalda buscando el permiso de seguir en su travesía haciendo que cada centímetro de mi piel reaccionara a su paso.

—Nos vemos en la fiesta de Ruth — logré decir sin quitarle la vista de encima, era excitante ver a Andrés anhelar tanto algo y no poder disimular. Por primera vez, vi que no tenía el control de lo que sentía, de lo que deseaba.

—Esta noche.

Y aquella sencilla frase me supo a una promesa, encerraban tantas cosas aquellas dos palabras que tuve que ahogar un gritito de emoción. Al menos ahora la fiesta de cumpleaños tenía un aliciente más, no solo agasajar a Ruth con mi tarta, su fiesta era el preámbulo para lo que parecía iba a ser una noche de pasión con aquel hombre que se alejaba caminando de espaldas por la calle empedrada solo para verme.

¿De verdad acababa de besarme con él en el portal de mi casa como una quinceañera? ¿De verdad Andrés había vuelto solo para besarme?

Sí, y me había encantado.

Volví con una sonrisa boba dibujada en la cara al salón y me senté junto a mi padre intentando controlar el ejército de mariposas que saltaba contra las paredes de mi estómago solo de recordar ese momento en el que su boca se acercó a la mía.

—No digas nada —le advertí al ver que iba a decir algo sobre Andrés.

—No hace falta que diga nada. Hacía mucho que no te veía tan feliz con alguien.

—Para.

—Vale, vale —dijo mirándome de reojo mientras buscaba nuestro programa preferido en la tele.

Durante la reforma de una casa a las orillas de un lago, el beso con el maestro no dejó de dibujarse en mi mente, había sido tierno y excitante a partes iguales y la idea de denunciar públicamente la forma en que me habían ridiculizado por trabajar en el obrador empezó a ganar fuerza en mi cabeza. Me sentía poderosa. Era ridículo lo que un buen beso estaba haciendo conmigo.

De hecho, no era mi estilo, habitualmente prefería pasar desapercibida, pero un despido en directo no era exactamente pasar desapercibida. ¿Qué podía perder? Movida por una pasión incipiente, decidí usar la foto que Ruth me había hecho y contar en mi cuenta de Instagram mi historia. Todo. Bueno, lo personal no, solo cómo me habían despedido en directo, cómo me habían dado de lado al denunciar y cómo ahora me despreciaban por tener un trabajo de segunda categoría, según sus códigos.

—No te estás enterando de nada. Con la planta abierta que han construido, hija, ¡el salón-cocina parece una pista de baile! —dijo mi padre, interrumpiendo el torrente de pensamientos que se estaba materializando en un texto.

—Es increíble —dije mientras daba a publicar y silenciaba el móvil. La reforma era impresionante; comentarla con mi padre, más apasionante todavía. Y el beso con Andrés era un antes y un después en cómo se iba a escribir mi historia.

CAPÍTULO 42

Cuando salí de la ducha tenía más de tres mil me gusta, casi cuatrocientos comentarios y dos mil seguidores más. Los números me marearon por un momento y temí que fuera una subida de tensión; pero no. Era la emoción. Había mensajes y comentarios de apoyo en la foto.

También varios audios de Paula y un mensaje de Andrés:

Eres una mujer valiente y la mejor pastelera que he visto nunca. También ha sido el mejor beso de mi vida.

Con una sonrisa en los labios comencé a vestirme, aunque solo podía pensar en cómo me iba a desvestir Andrés después de la fiesta. Intenté centrarme, no podía perder el tiempo en imaginarme todo lo que quería hacer con Andrés bajo el edredón.

Todavía tenía que ir a recoger la tarta al obrador con mi padre y llegar a tiempo a la fiesta. Los audios de Paula tendrían que esperar, la muleta limitaba el uso del teléfono móvil que podía hacer mientras caminaba.

—¿Llegamos tarde? —preguntó mi padre cuando por fin aparcamos mi coche en la esquina de la taberna de Longino.

—Solo cinco minutos —respondí, y no pude evitar sentir cierto vértigo al ver que las notificaciones se sucedían en la pantalla. Siete mil seguidores y setenta y tres veces compartido. El alcance de aquella publicación se escapaba a mi control, nunca pensé que pudiera viralizarse de esa forma. Tenía una sensación extraña y emocionante, pero sobre todo, estaba deseando ver a Andrés.

—A ver si puedo sacar la tarta del maletero sin estropearla —dijo mientras yo salía a duras penas del asiento del copiloto con la muleta.

—Podíamos haberla traído andando. Yo estoy bien, papá, pero te has empeñado en mover el coche.

—Un coche parado es un coche estropeado. Me extraña que no te hayas quedado sin batería. Por cierto, ¿a qué huele?

—Eres un cascarrabias, papá —me quejé—. Aunque es verdad que huele como a canela y vainilla —admití.

—No seré tan cascarrabias cuando te llevo a una fiesta a pesar de todo lo que te ha pasado.

—Pero si no ha sido nada —exclamé molesta—. ¿Y que me llevas a una fiesta? Querrás decir que me acompañas. ¿Te recuerdo que tengo casi treinta? —puntualicé mientras tiraba de la puerta de la taberna, aunque en el portal de casa manoseando a Andrés no parecía más que una adolescente.

Y pasó lo que nunca me habría imaginado. Ruth, su padre, los tíos, mi madre y Anik, Paula y su novio, Florín, Adelina y su hermana, Luisa y su marido, Andrés, Clotilde la del estanco, Ubaldo, Julián, Mateo Barrios, ¿qué hacía aquí Mateo Barrios? Todos celebraban con entusiasmo mi llegada mientras sostenían un cartelón que decía ¡Felices 29, Julia!

—¿Y ahora qué hago yo con tu regalo, Ruth? —exclamé paralizada por la sorpresa y con la poca movilidad que me daba mi rodilla contusionada.

Ruth se apresuró a abrazarme antes que ningún otro invitado, y me dijo al oído:

—Los cumplo en un mes, así que será el primer regalo de mi mayoría de edad. ¡Qué fácil ha sido engañarte, Julia! —añadió con su habitual imprudencia.

—Tenemos que hablar tú y yo —le dije sin querer sonar enfadada.

—Sí —reconoció—. Aunque te has hecho famosa por mi culpa, al final no lo he hecho tan mal.

—Sabes que sí, Ruth, pero ya lo hablaremos —la reprendí con cariño, pues Paula y su novio me agarraron para darme un gran abrazo. Después no recuerdo muy bien nada más que besos y felicitaciones y mi muleta pasando de una mano a otra hasta llegar a Mateo, a quien saludé con dos besos en la mejilla y contesté con educados monosílabos a sus preguntas absurdas: cómo estaba, cómo me sentía cumpliendo un año más.

¿Qué diablos había venido a hacer? ¿Quién había tenido la brillante idea de invitarle? Iba a matar a Ruth, solo podía ser ella.

Como era de esperar, en la fiesta había mucha tensión acumulada. Mi madre y mi tía Consuelo; Mateo Barrios y Ruth, con quienes tenía que resolver algunas cosas, entre ellas por qué se enviaban fotos mías en sus conversaciones privadas. Pero todo eso no empañaba el esfuerzo que habían hecho todos por celebrar mi cumpleaños. Incluso había pedido a Longino que hiciese un menú *light*, como decía mi tío Olmo, con canapés de queso freso, brochetas de tomate y anchoas, tortillas de calabacín y patata, *hummus* y zanahorias... La tarta que yo había preparado se saltaba cualquier recomendación médica, pero había quedado espectacular e iba a comer un trozo por mucho que los invitados me recordaran que tenía que cuidar mi colesterol.

Y entre bromas, conversaciones sobre cómo se celebraban antes los cumpleaños en el pueblo y muchos abrazos de personas que me querían y a las que les daba igual mi profesión, la noche fue pasando y yo logré evitar tanto a Mateo como a Anik. La embajadora se sentía tan fuera de lugar entre los lugareños de Eresma que encontró en el actor un aliado perfecto, y por suerte o desgracia para mí, mi madre y su nueva pareja pasaron casi toda la celebración charlando con él.

Por muy cumpleaños mío que fuera, estaba claro que la protagonista de aquella fiesta era quien la había organizado: Ruth. Su vestido de terciopelo granate se movía por cada rincón de la taberna, llenándolo todo de ese halo místico que la acompañaba a todas partes. ¿Era el olor a sándalo o a la vainilla de sus *chai lattes*? Su melena se movía al ritmo del parloteo de los grupitos que se formaban alrededor de las mesas de comida que había preparado Longino con tanto cariño como extrañeza.

¿Verduras en un cumpleaños? ¡Lo que le faltaba por ver!

La tía Consuelo, Luisa, Paula y yo nos estábamos riendo muchísimo con las historias que contaba sobre el tío Olmo y sus ocurrencias, despistes y meteduras de pata. Casi todas las había oído ya, pero no dejaba de sorprenderme la ingenuidad de un hombre tan rotundo como el tío. Era capaz de decir cualquier cosa,

casi siempre la más inoportuna, y aun así era imposible enfadarse con él.

Me hacía muy feliz que Paula estuviese allí, compartiendo conmigo un cumpleaños tan inesperado y especial, sobre todo después de lo que había pasado. Había desoído su consejo sobre no denunciar a mi jefa, pero las notificaciones que sentía vibrando en mi móvil me indicaban que quizá hice lo correcto. Eché un vistazo rápido y vi que había superado los diez mil seguidores; el vértigo que me produjo ese número hizo que se me resolviera el estómago.

—Te vas a hacer viral, Tuli —me dijo Andrés al oído, y su cercanía hizo que se me erizara la piel ante lo que los dos sabíamos que pasaría esa noche.

—Eso parece —respondí borracha de su magnetismo; estaba segura de que a nadie se le escapaba la química que había entre nosotros—. Gracias por darme el empujón que necesitaba para hacerlo.

—No tienes que dármelas —dijo sonriéndome y con un brillo en los ojos que le delataba—. Si tu historia sirve para que otras personas paren los pies a gente sin escrúpulos como Amanda, habremos convertido algo tan traumático como tu despido en algo bueno.

—¿Siempre tienes que encontrar una moraleja en todo?

—Soy maestro, viene de fábrica... Aunque a veces encuentro otras cosas —añadió insinuándose y dándome un beso en el cuello que hizo que me olvidara de dónde estábamos, de la fiesta sorpresa y de mi foto y los comentarios que había suscitado entre los que creía compañeros.

Andrés me agarró por la cintura y yo, por segunda vez desde que llegué al pueblo, me dejé llevar. Esperaba un beso y me daba igual que estuviéramos rodeados de gente. Ahora mismo, solo existíamos él y yo.

Sin embargo, la mano delgada y ligera de Ruth sobre mi hombro rompió la magia del momento, y aunque solo fue un toque leve, de pasada, hizo que me girase absorta en sus movimientos. Sus pasos iban directos hacia Mateo.

El actor dio un paso atrás y vi cómo Ruth lo acorralaba desplegando una coreografía elegante y envolvente. No podía quitar la vista de ella, sabía que había algo más en aquel despliegue de encantos que exhibía con su presa. Sin embargo, después de darle un beso en la mejilla, vi cómo cogía su abrigo y, como si levitara, iba sorteándonos a todos y cada uno de los invitados con una sonrisa, un guiño o una palmadita hasta llegar a la puerta y escabullirse de la taberna sin ser vista por nadie, excepto por mí. Por mí y por el traidor de Mateo Barrios, que la seguía atolondrado entre los invitados. Era evidente que había bebido más de la cuenta. Quizá quería olvidar la jugada que me había hecho con la foto, pero, entonces, ¿por qué había venido?

Salió tras ella trastabillando, pero nadie se percató de su torpe persecución porque Darío irrumpió con su arrogancia y masculinidad habitual en el mismo momento que Mateo salía como una exhalación detrás de Ruth, llevándoselo por delante, lo que hizo que todo el mundo se girase y se percatara de quién era.

No podía creerlo. Noté cómo la garganta se me cerraba y las mejillas me ardían. Paula, que era mucho más diplomática y más valiente que yo, dio un paso hacia delante seguida por mi tío Olmo, que arengado por mi tía Consuelo fue hasta la puerta para hablar con él, seguramente para invitarle a irse, pero no me quedé a verlo. Aprovechando el revuelo, los murmullos y la confusión que se produjo, salí por la puerta ayudándome de mi muleta, con la esperanza de que la cojera no me impidiera encontrar a Ruth y a Mateo. Quería comprobar que se encontraba bien y que no iba a desaparecer como había hecho otras veces. También quería decirles un par de cosas.

No fue difícil encontrarlos. Los gritos me guiaron hasta ellos. Deshice el camino que había hecho con mi padre para traer la pesada tarta, y allí estaban. Ruth, sentada en el asiento de mi coche, y Mateo interpelándola desde fuera, dando golpes a la ventanilla. Por un momento pensé que intentaba huir de él, pero cuando me acerqué oí que le pedía que se bajase del coche, una y otra vez.

—Ruth, no hagas tonterías. ¡Te vas a arrepentir!

Metí la mano en mi bolsillo trasero en busca del mando del coche y, nada más tocarlo, oí cómo se abría el cierre centralizado, y aproveché que Ruth no me veía para colarme en el coche por la puerta trasera.

—Ruth, ¿qué haces?, ¿por qué tienes las llaves de mi coche?

—Bájate, Julia —me pidió mientras yo intentaba llegar a la parte delantera del habitáculo; pero era tarde, Ruth había conseguido arrancarlo, y cuando quise mirar al frente estábamos planeando por las callejuelas de piedra en primera. El ruido del portón me aturdía. Cuando me giré vi que Mateo luchaba por subirse al maletero.

—¡Cierra eso, Mateo! —grité asustada.

—Vais a estropear todo —se lamentaba Ruth mientras echaba un brazo para impedir que yo lograra entrar al asiento del copiloto.

—Ruth, nos vamos a estrellar —sollocé—. ¡Para el coche! —gritaba presa de un miedo desconocido para mí; no podía hacer nada por controlar aquella situación—. ¿Por qué hay una maleta aquí? ¿A dónde quieres ir? —pregunté nerviosa al ver que tomábamos la carretera de salida dando bandazos y acelerones.

—Me voy a Londres con mi tía. Con o sin vosotros —exclamó a la vez que un relámpago hacía centellear el cielo inmenso de la sierra del Eresma.

CAPÍTULO 43

Mateo vomitaba sin parar dando tumbos en el maletero del coche por los bruscos movimientos que hacía la chica; yo no dejaba de gritar a Ruth que parase, que nos íbamos a matar; pero Ruth agarraba con fuerza el volante y con una determinación que me dio miedo.

Zigzagueábamos en las curvas y en varias ocasiones sentí cómo las dos ruedas del lateral izquierdo se levantaban del suelo impulsadas por la velocidad desmedida y una marcha más corta de lo que la carretera pedía. Apenas había agarre sobre el suelo.

Podía sentir cómo el coche despegaría de un momento a otro, y no podía impedirlo; si pasaba al asiento delantero, Ruth me lo impediría con un manotazo o, lo que es peor, perdería el poco control que tenía sobre el pequeño automóvil.

Los árboles se echaban sobre nosotros a una velocidad de vértigo, Mateo gruñía sin poder articular nada coherente más allá de «¡Para, para, me mareo!», y de repente, en el tumulto de gritos que Ruth y yo nos profesábamos, se hizo el silencio. Las luces amarillas de otro coche se nos echaron encima y yo solo pude cerrar los ojos.

—Ruth, para —supliqué, pero la chica no parecía oírme. Se aferraba al volante con la mirada fija en la carretera como si estuviese asomándose a un precipicio.

Pensé que tenía que cambiar de estrategia, no iba a conseguir nada de Ruth pidiéndole que parase. Oí vomitar a Mateo en el maletero y el chirriar de las ruedas de mi coche sobre la pintura de las líneas continuas.

Hice un esfuerzo por mantener la calma y me agarré con fuerza a la trasera del asiento del copiloto. Mi cabeza me estaba jugando una mala pasada, no dejaba de bombardearme con preguntas: ¿Cómo habíamos llegado a esto? ¿Hace cuánto que Ruth tenía las

llaves de mi coche? ¿Cómo pensaba llegar hasta Londres? ¿El dinero que robaba era para su fuga?

Tragué saliva, cogí aire y decidí que iba a ser como el maestro: tenía que llevármela a mi terreno; tenía que conseguir que parase aquel coche si no queríamos acabar estrellados. Saldríamos en todos los telediarios: Mateo Barrios, secuestrado por una menor y una panadera.

—Ruth, ¿tu tía Sara sabe todo esto? —pregunté cautelosa.

—¡No me ha ayudado, si es lo que quieres saber! — se defendió la chica.

—Vale, vale. Es solo que me imagino que tendrá ganas de verte y a lo mejor esta no es la mejor manera.

—Mi padre me ha obligado a hacerlo así —se quejó colérica.

—¿Y qué pasa con las prácticas que te ha conseguido Mateo? — Al girarme para ver cómo seguía el pobre hombre, tuve que girarme movida por la náusea. El actor no dejaba de dar arcadas y apenas podía incorporarse en el asfixiante espacio de mi utilitario.

—¿Prácticas? Julia, debes de estar muy loca para querer trabajar cincuenta y cinco horas semanales con esas condiciones y ese sueldo. ¡Es una explotación!

No podía quitarle la razón, yo también había empezado trabajando gratis solo para añadir una línea más a mi currículo, a cambio de nada que no fueran experiencia y horas de plató. Me temía que la generación de Ruth no estaba dispuesta a pasar por aquellas condiciones leoninas de un becario de la tele. Eso me alegraba, sabrían luchar por sus derechos más de lo que yo lo hice.

—Pero es una gran oportunidad —mentí.

—¿Oportunidad para qué? Para que me exploten. No soy tan tonta, ¿me oyes? —dirigió toda su furia a Mateo, pero el pobre era un despojo.

—No creo que pueda contestarte. Deberías parar, se va a deshidratar, Ruth.

—Os dejo en la siguiente gasolinera, pero me dais vuestros móviles. No quiero que llaméis a mi padre en cuanto arranque el coche.

—Yo no llevo móvil; ni móvil ni nada —apunté agarrándome los brazos en un gesto que evidenciara que ni siquiera llevaba abrigo.

—Bien, pues el de Mateo. ¿Por qué has tenido que salir detrás de mí, Julia? —preguntó mientras metía una marcha más larga y aprovechaba la bajada de la carretera para aumentar la velocidad.

—Porque estaba preocupada —sentencié—. Mateo es muy mayor para ti, Ruth, y anda metido en cosas que te quedan grandes. —Noté cómo el coche se distanciaba del suelo y botaba toscamente al volver al pavimento rugoso. Si no reventábamos una rueda, tendríamos suerte.

—No es verdad —exclamó lastimosamente el actor desde el maletero.

—Entonces, ese rollo que os traéis los dos, todo el día con los mensajes, y el dinero que estás quitando de la caja del obrador, ¿para qué es? ¡Y no me digas que ya no consumes! —regañé a Mateo sin atreverme a mirar, pues había empezado a vomitar de nuevo.

—Así que ahora me drogo, ¿no?

—¿Para qué si no vas a necesitar todo ese dinero, Ruth?

—¿Para pagar el billete de avión a Londres, quizá? —dijo con un tono que solo pretendía ridiculizarme.

—¡Eres menor, Ruth, no puedes volar sola!

—¿Quién lo dice? Porque yo volé a cargo de una azafata el verano que mi madre murió.

Lo había vuelto a hacer.

—Está bien. En el caso de que llegues a Londres volando sola, ¿crees que tu tía Sara no va a llamar a tu padre en cuanto sepa que estás allí?

—Mi tía me quiere mucho más que ninguno de vosotros y estará de mi parte.

—Te vas a llevar una decepción enorme. ¿Quién se va a hacer cargo de una adolescente que se ha escapado de su casa y roba dinero a su familia? —Claramente, mi propósito de ganarme a Ruth como lo habría hecho Andrés estaba resultando poco efectivo.

—¡No todo el mundo es tan egoísta como tú!

—¿Egoísta yo? —pregunté con rabia, viendo cómo cogíamos un desvío hacia el área recreativa del río Eresma. Empecé a pensar que nos iba a dejar en el merendero que había a pocos kilómetros.

—No, pobre Julia, que está muy triste porque la han echado de su trabajo glamuroso. Pobrecita, que su familia perfecta se ha roto y lo está pasando muy mal. Qué mala suerte, Julia, que Darío no te quiere. Ah, espera, que Andrés está loco por ti y Mateo también.

—No es verdad —volvió a replicar Mateo, con una voz de ultratumba.

—Ruth, eres muy injusta conmigo —dije intentando mantener la calma y respirar, a pesar de que me sentía como una niña mimada.

—No como tú conmigo. Total, yo solo he perdido a mi madre, he cambiado de colegio, vivo en un pueblo que está muerto y mi padre no me entiende.

—Lleva razón —balbuceó Mateo.

—¡Tú, cállate! —gritamos las dos.

—Eres un sinvergüenza. Por tu culpa mi foto está en todos los grupos de WhatsApp.

—Julia, no pensé que la iba a reenviar —dijo como disculpa—, pero vamos, que también te ha salido la jugada redonda; gracias a mí la pobre Julia se ha convertiado en una influencer —dijo volviendo a su sarcasmo, y de repente una luz cegadora iluminó la ventanilla de Ruth y vimos como una descarga eléctrica partía un árbol.

—¡Cuidado! —grité.

Ruth apretó sus manos sobre el volante y dio un bandazo al lado izquierdo de la carretera, y vi caer una rama sobre la cuneta con un estruendo terrible. Sin embargo, no pude respirar aliviada, porque los faros de un coche aparecieron de la nada.

Solo pude cerrar los ojos y pensar que no quería que todo acabase así. Quería estar con mi padre en casa, bajo la manta. En el obrador con mi tía. En el piso de Madrid visitando a mi madre. Sentada con Andrés en el suelo del escenario.

CAPÍTULO 44

Oí gritar a Ruth con un rugido que no supe si venía de su garganta o del fondo mismo de la tierra, y después, el silencio. El aire y nuestro aliento, rebotando contra los airbags que lo llenaban todo allí dentro.

—¿Estáis bien? —El eco de la voz de Ruth se coló hasta los asientos de atrás por las exiguas rendijas que dejaban las dos bolsas de aire.

—Sí —acerté a decir yo, todavía perpleja por la conmoción. Estaba confundida, no hubo golpe y, sin embargo, el coche había esquivado árboles y socavones y había acabado de costado y yo, sobre la maleta de Ruth, dolorida por las contorsiones que había hecho en el intento desesperado de agarrarme a asientos, reposacabezas, a cualquier cosa que mantuviese mi peso unido al vehículo. Me dolían las manos y sentí la sangre corriendo por mi cara. Pero Mateo no respondía.

—¡¿Mateo?! —gritó Ruth.

Solo el pitido de mis oídos en la oscuridad de la noche y el tamborileo de las gotas de lluvia.

—¡Mateo, contesta! ¡Mateo! —supliqué sin fuerzas para girarme.

Entonces un ruido gutural nos alertó de que algo no iba bien atrás. Oí como Ruth luchaba contra la asfixiante masa de aire blanca y como forcejeaba para quitarse el cinturón; después, un golpe, y otro al desequilibrarse el peso del vehículo. Caí de bruces contra la ventanilla y sentí que mi centro de gravedad volvía a estar en su sitio, pero no tuve tiempo de acomodarme a esa situación. Abrí la puerta como pude y seguí a Ruth para abrir el portón trasero. Mateo parecía convulsionar en el estrecho espacio del maletero.

—Julia, se está ahogando —dijo Ruth acercando su oído al pecho del hombre.

No supe qué hacer. Durante unos segundos que parecieron siglos, Ruth y yo sollozamos agarradas frente a los movimientos crispados de Mateo, en la penumbra del bosque al que habíamos ido a parar, empapándonos bajo la lluvia.

Recordé cómo Claudia me tranquilizó cuando me desmayé en el obrador, y empujé a Ruth hacia él.

—Háblale, dile que todo va a ir bien.

Me subí al maletero y le agarré la cara, y vi cómo sus ojos ya no me veían. Le limpié los restos de vómito con la manga de mi jersey, y con la ayuda de la chica lo incorporé. Mateo estaba sentado, luchaba por coger algo de aire, y de repente no era más que un animalillo agonizante entre mis brazos.

—Vamos, háblale, cógele las manos —ordené a Ruth, y empecé a darle golpes con mis manos unidas sobre su pecho en un abrazo violento. Un golpe, dos golpes, gruñidos, un quejido gutural, y cuando iba a propinar el tercer golpe con mi puño ya dolorido por el esfuerzo, un quejido áspero y doloroso salió desde sus entrañas, junto con un espumarajo espeso que segundos antes le estaba quitando la vida. La salida arrebatada de esa masa viscosa de su garganta trajo aire a los pulmones del pobre Mateo, que abrió los ojos, anegados en lágrimas, y resolló con una fuerza sobrehumana, devorando más aire del que había en el bosque.

Ruth se abalanzó sobre el actor y, con la cara perlada de lágrimas, lo abrazó y lo acarició como una madre habría hecho y como yo no lo pude hacer porque los nervios habían consumido hasta la última brizna de mi energía y sentía que mi cuerpo, que hace unos minutos rebotaba contra en el habitáculo del coche, se hundía en la tapicería.

Entonces creí ver luciérnagas acercándose, oí cantos de sirena, alguien tiró de mí y sentí que emergía del subsuelo y que el calor de un hogar familiar me envolvía. Pasé décadas acurrucada allí, o quizá un par de minutos. Había perdido la noción del tiempo y de mi propio cuerpo. Tres siluetas alumbraban con sus móviles y se apresuraban a dar aviso a emergencias.

Oí a alguien hablar por teléfono, el murmullo de palabras me extenuaba, pero entre el rumor agitado de voces «accidente»,

«corte», «cuneta», «malherido», «tormenta» me recordaron dónde estaba y lo que acababa de pasar. Entonces, abrí los ojos y allí estaba la sonrisa de Andrés dándome la bienvenida. Quise abrazarlo, extendí una mano, pero el abrazo que me sostenía se hizo más angosto. Me giré y vi dos ojos azules brillantes que me miraban con lástima. Descubrí que mi relación con Darío se basaba en esa compasión que yo pensaba merecer de un hombre como él. Qué equivocada estaba.

Y cuánto deseé desembarazarme de su cercanía.

¿Qué hacía allí?

Ruth se acercó a mí, intuí cómo les explicaba lo que había ocurrido, por sus gestos vagos que emergían en el crepúsculo, y al ver cómo alzaba el puño para recrear lo que había sucedido, el peso inmenso de la noche me derribó de nuevo.

Me desperté en la ambulancia. La luz blanca me permitió ver que Ruth, en mejor estado que yo, ocupaba la otra camilla, casi incorporada, y a Andrés sentado a su lado con rictus serio. Volví a notar el calor de otra mano sobre la mía y el aroma de Darío inundando todo, hasta mis pensamientos.

—¿Ruth? ¿Estás bien? —farfullé.

—Sí. ¿Y tú?

—¿Mateo dónde está? —quise saber.

—Va en la otra ambulancia. Le has salvado la vida, Julia —dijo Darío apretando mi mano, lo que me hizo revolverme en la camilla como una lagartija.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté mirándolo a los ojos a pesar de la luz cegadora del vehículo.

—Me invitó la cría esa, me dijo que era tu prima —me susurró Darío, pero eso no hizo que Ruth no lo oyera.

—Vas a llamar «cría» a tu madre, imbécil —gritó Ruth con sus labios rojos de terciopelo, intactos, y eso hizo que un sanitario, al que ni siquiera había visto, se pusiera de pie y nos mandara silencio como si fuésemos unos colegiales; aunque, bueno, Ruth casi lo era, por mucho que no estudiara ni siguiera ninguna norma, robara dinero, coches y se quisiera fugar con su tía sin decir nada a nadie.

—No te preocupes, Julia. Ese chico, Andrés creo que era, ya ha llamado a tu padre, van de camino al hospital.

Asentí. Lo único que deseaba era que Andrés se sentara a mi lado; no quería hablar con Darío, no me interesaba lo más mínimo lo que tuviera que contarme, pero Darío sí quería algo de mí.

—Por cierto, necesito que me aclares lo del *kilim* de la expo, Julia. Esa alfombra es una obra de arte única —me dijo al oído, intentando evitar que Ruth le oyese.

—No me lo puedo creer —mascullé con indignación, incorporándome para mirarle a la cara y soltarle todo lo que pensaba de él; pero el dolor de cabeza me lo impidió.

—La cosa es que no aparece por ninguna parte... Pero bueno, que cuando te recuperes lo hablamos —dijo Darío intentando no parecer impaciente.

—¿Puedes dejarla en paz? —oí la voz de Andrés acercándose.

—¿Y a ti qué te importa lo que tenga yo que hablar con ella? —dijo poniéndose de pie Darío.

—O se sientan y se comportan como adultos, o paro la ambulancia y les hago bajar —amenazó el sanitario.

—Está bien, está bien —dijo Andrés dando la espalda.

Estaba a punto de empezar a decirle cuánto lo despreciaba, cuando oí un gritito de emoción de Ruth y vi cómo Andrés se giraba y sin mediar palabra le daba un puñetazo a Darío que hizo que se golpeara contra la pared de la ambulancia y, acto seguido, un torrente rojo manchó todo lo que había a mi alrededor.

—¡Andrés, ¿qué has hecho?! —grité, y no pude evitar que se me escapase una risita al oír lamentarse a Darío mientras el sanitario intentaba controlar la sangre de su nariz rota.

—Nunca sé cómo actuar en estos casos, Julia, ya te lo dije. Me he pasado, ¿verdad?

EPÍLOGO

Respiré el aire cálido del mediodía. La primavera había llenado Madrid de flores, asomaban las salvias rojas y las margaritas en los parterres de la Castellana, y en el taxi que había cogido al salir del juzgado sonaba Leiva y mis pies se movían solos intentando llevar el ritmo. Me gustaba esa canción. Agarré la mano de Andrés con fuerza y él me rodeó con su brazo.

—Ya está, Tuli. ¿Has visto cómo todo iba a salir bien? Tenía que ir bien —se repitió para sí mismo Andrés mientras me daba un beso reposado en la sien—. Amanda no podía salirse con la suya.

—¿Has visto su cara cuando el juez le ha mandado callar? —pregunté sintiéndome victoriosa—. Y al salir, cuando se han acercado esas tres chicas a hacerse la foto conmigo, casi podía oír cómo le rechinaban los dientes de tanto apretarlos.

—Estaba furiosa, y el pobre Roberto, qué paciencia aguantando su mal humor. Deberíamos rescatarlo de ese trabajo, está esclavizado.

—Andrés, tienes que dejar de intentar salvar a todo el mundo. Andrés se rio.

—Eso me recuerda que tienes que escribir a Ruth, han saltado cien notificaciones en tu teléfono durante el juicio. Creo que quiere ser la primera en saber qué vas a hacer con el dinero de la indemnización.

—Querrá que vayamos a verla.

—¿Otra vez? —se quejó Andrés—. Me gusta Londres, pero hay muchos sitios que visitar... Y Sara es muy rara.

—No te lo puedo negar. Y Sara y Ruth juntas son desesperantes. ¿Cómo pueden parecerse tanto?

—¿Pero?

—Pero tengo que visitar un par de pastelerías y así me reúno con el patrocinador que lleva semanas detrás de mí. Ese que te comenté, ¿lo recuerdas?

—Ahora mismo no sé, Tuli. Este último año ha sido una locura de eventos, fotos, reportajes...

—Vamos a llegar tarde —dije apurada.

—La razón lo justifica, ¿no crees?

—Ganar el juicio a Amanda Muela y su productora. Hay que celebrarlo por todo lo alto —me regodeé complacida.

La gran mesa repleta de aperitivos que se enfriaban sin remedio y preparada con todo el mimo del que Longino era capaz nos esperaba intacta y vacía de comensales bajo el sol templado de la sierra.

En la puerta de la taberna, mis padres charlaban animadamente; la tía Consuelo no dejaba de dar instrucciones al pobre Longino sobre el orden de los platos que iban a servir, y de atosigar al tío Olmo para que dejara de escamotear los frutos secos que la taberna ofrecía a sus parroquianos. Nada más poner un pie en la plaza, todos se volvieron y estallaron en vítores y aplausos.

—¡Teníais que haberla visto! ¡Los ha machacado! — gritó Andrés.

—No es para tanto —dije. El abrazo de la tía Consuelo apenas me dejaba respirar.

—Estoy orgulloso de ti. ¡Quién me iba a decir a mí que tendría una sobrina famosa! —exclamó mi tío con los carrillos llenos y dándome una palmada en la espalda que hizo que chocara contra alguien que no conocía.

—Debes de ser Julia —me dijo.

—Perdona, ¿nos conocemos? —pregunté con timidez, pues la mujer de unos cincuenta años y pelo gris estaba en mitad del pintoresco grupo que formaba mi familia.

—¡Es Eli, cariño! —se adelantó mi madre a decir, y me plantó un beso en la mejilla, tirando de Anik, que se vio obligada a darme un abrazo firme pero fugaz—. Enhorabuena, hija.

—Encantada, Eli —respondí sin saber muy bien si era familia de Anik o alguna de sus nuevas amistades—. Papá. —No tuve que

añadir nada más, mi padre me abrazó con ternura y sentí que las tardes juntos viendo programas de televisión habían sido un gran tesoro que recordaría toda la vida.

—¿Nos sentamos? —preguntó mi tía en un tono que era más una orden que otra cosa, así que obedecimos sin decir nada.

Enseguida supe quién era Eli, la nueva conquista Tinder de mi padre. Últimamente mi cabeza no conseguía retener los nombres y diversas edades de sus citas. Con suerte salían un par de meses y, cuando empezaba a conocerlas, decían algo, descubría alguna manía que daba al traste con la relación, y otra vez a empezar. Después de Cristina, Lourdes, Rosario, Helen y Karina perdí la cuenta. Sin embargo, parecía feliz. Se ilusionaba con el proceso de conocer a alguien, y aunque él sabía mejor que nadie que no estaba preparado para compartir su vida a un nivel más profundo, disfrutaba de compartir su tiempo con alguien que sabía a promesas de buenos momentos y una vida limpia de resentimientos y rutinas. Se había hecho adicto a la felicidad de las primeras veces.

Y lo entendía. Lo entendía a él, y a su eficiente perfil en Tinder, y entendía a mi madre y Anik siempre juntas construyendo la vida en pareja que tanto habían anhelado y que por las razones equivocadas habían escondido durante décadas.

—Dejadme que diga unas palabras —se ofreció el tío Olmo mientras Longino seguía trayendo bandejas con comida caliente. Raciones, tostas, pinchos..., el tipo de comida que por prescripción médica debía evitar; pero el día que ganaba el juicio a mi exjefa bien se merecía un extra de grasa y sal.

—Pero no te enrolles, cuñado, que yo también quiero decir algo —se quejó mi madre.

—Te estás ablandando. Con lo poco sentimental que tú has sido... —observó mi padre, que siempre estaba dispuesto a dar una oportunidad a mi madre de demostrar que no era tan fría como se mostraba con los demás.

—Con una hija como Tuli, normal que se ablande —añadió mi tía con sinceridad—. ¡Hasta yo me volví una blandengue en el obrador con ella! Le dejaba que hiciera lo que quería con las decoraciones.

—Y mira dónde ha llegado —interrumpió Longino—. La vecina más famosa de todo Montejo.

—¡No me vais a dejar hablar! —El tío Olmo se puso de pie intentando poner orden en el bullicio de la mesa—. Todos sabéis que, para Consuelo y para mí, las niñas han sido nuestra debilidad —dijo refiriéndose a Ruth y a mí—. Las hijas que no pudimos tener. Y aunque nos han dado muchos disgustos, como cuando se estrellaron y casi matan al actor ese venido a menos —la tía Consuelo le dio un codazo sin disimulo—, o cuando Tuli apareció aquí llorando por el Darín ese que solo quería su alfombra...

La tía se levantó ante la mirada de todos, que casi no podían contener la risa al ver los derroteros que había tomado el discurso de su marido. Incluso yo contenía una carcajada cuando recordaba la noche del accidente. Sobre todo, porque todo acabó bien, Ruth no se fugó, Mateo no se fue al otro barrio, nunca mejor dicho, y aunque la costilla fracturada lo mantuvo un mes en la cama, todo quedó en un susto. Fue un final abrupto para un nuevo comienzo.

—Lo que Olmo quiere decir es que estamos muy orgullosos de Julia; de cómo ha aprendido el oficio familiar y nos ha superado en menos de un año. Nos hace muy feliz verte triunfando en las redes, ¿lo he dicho bien? —preguntó con la gracia innata que tenía—. Y, sobre todo, nos hace felices verte sonreír y llorar solo de la risa.

—Andrés, tienes suerte de que esta mujer se fijase en ti —vociferó el tío Olmo, sabiendo que la tía lo iba a regañar.

—Brindo por Andrés y Julia —exclamó mi padre con su tono pausado y sonriendo a Eli, que parecía estar encantada formando parte de aquella mesa de familiares y ex.

—¡Queremos boda! —dijo inesperadamente la mujer, sacando una sonrisa a todos los comensales, especialmente al tío Olmo, que había estado tentado varias veces de decirlo.

—Me gusta esta mujer para ti, León —le dijo guiñándole un ojo, lo que hizo que todos se rieran, incluso mi tía Consuelo.

—Eli, si tú quieres ir de boda, estás invitada a la nuestra. ¡Anik y yo nos casamos! —anunció mi madre con una alegría inusual en ella.

Todos nos levantamos a darles la enhorabuena y celebrar el momento, y yo me alegré de no haberme puesto el anillo de

compromiso que me había regalado Andrés hacía menos de una semana, mientras trabajaba en el obrador y él corregía exámenes, un plan que se repetía habitualmente.

Había encontrado un equilibrio maravilloso entre las tardes de horno y el deslumbrante mundo de las redes sociales, en el que, sorprendentemente, me había hecho un nombre. Montejo de Eresma era mi refugio, mi familia, un talismán; y el amor que sentía por Andrés, la mayor inspiración que había tenido nunca. El sol me deslumbró y noté cómo un calor intenso y eléctrico me recorría el cuerpo; el destello desapareció y, como ya me imaginaba, una llamada de Ruth terminó con las felicitaciones por el nuevo enlace.

—Es una videollamada de Ruth —anuncié, y todos se arremolinaron en torno a mí.

—*Hello!* —saludó Ruth alargando la o como si estuviese cantando, aunque solo pudimos ver sus rizos llenando la pantalla.

—¡Hola! —respondimos a coro, emocionados por ver a la Ruth que tantos quebraderos de cabeza nos había dado a todos, pero de la que todos estábamos un poquito prendados.

—¡Bien hecho, Julia! —gritó — ¿No vas a compartirlo en Instagram?

—No creo, Ruth. Lo de Amanda es agua pasada —respondí.

—Ya, claro...

—Bueno, un poquito sí que me apetece darle de su propia medicina.

—¡Así se hace! —voceó el tío Olmo.

—¡Qué guapa estás! ¿Cómo llevas el curso? —preguntó la tía Consuelo.

—Bien, tía, la semana que viene empiezo las prácticas.

—Lo sé, hija, en la revista esa de moda. ¿Cómo es el nombre?

—Vogue, tía —dijo con cariño—. Venga, dadme envidia, ¿qué os ha preparado Longino?

—Mira —dije enseñando la mesa y haciendo una pasada por las bandejas llenas de comida.

—Pagarás tú, ¿no, Julia? —bromeó.

—Eso o ir a verte, tú dirás —respondí con ironía.

—Espera, que está por aquí mi tía Sara —dijo con un golpe de melena que hizo que la imagen se congelara un segundo—. ¡Saluda, tía!

—*Hello!* —exclamó, exactamente igual que había hecho Ruth hacía unos minutos.

—¡Hola, Sara! —respondí en primer plano, y giré la pantalla para que pudiera vernos a todos.

—¿Celebrando la boda? —preguntó sonriente.

—Sí —respondí yo, sorprendida de que estuviera al tanto de la vida de mi madre.

—¡Menudo bodorrio van a montar Julia y Andrés! ¡Yo ya tengo vestido! —dijo con total naturalidad, y Ruth le arrancó el teléfono de las manos y solo pudimos oír «Lo siento, Tuli, ¡tenía que contárselo a alguien!», mientras una sinfonía de golpes producida por el teléfono estrellándose contra el suelo quedaba silenciada por la algarabía que la inesperada noticia había causado en mi familia.

—¡Ruth! —exclamamos Andrés y yo.

—Por lo menos no se lo ha contado a Mateo Barrios —bromeó mi padre, que intuía desde hacía meses que el momento de acompañar a su única hija al altar estaba cada vez más cerca. León había entendido que Julia había encontrado todo lo que anhelaba. Se había encontrado a sí misma en el obrador, en el calor del horno de leña y en el frío gélido del invierno de Montejo de Eresma. También, al abrigo de una familia que, habiéndose roto, logró reconquistarse.

¿Te ha gustado esta historia?
Tu opinión es muy importante para mí.
Deja una reseña en Amazon y ayúdame a que este libro llegue a más lectores. Cada palabra tuya suma muchísimo: me da visibilidad, me impulsa y me permite seguir escribiendo.



¿QUIERES ASOMARTE A LAS IMÁGENES QUE HAN INSPIRADO ESTA NOVELA?

Escanea este QR y descubre cómo
me imaginado yo Dulce PLAN B.